

Voces de personas con discapacidad visual que entretejen el andar en el territorio de Ibagué

(IAP)

Erika Yamile Caballero Sosa

Alejandra Castaño Feria

Asesor: José Armando Ruiz Calderón

Universidad Pedagógica Nacional

Centro Internacional de Desarrollo Humano

Facultad de Educación

Maestría en Desarrollo educativo y social

Línea de investigación: Desarrollo social-comunitario y políticas públicas

Macroproyecto político, conflicto y comunidad

Bogotá, Colombia

Noviembre 2025

Agradecimientos

A la vida, a Dios, al universo, a mis ancestras y raíces que me sostienen como un árbol en su tierra fértil; a mi familia y a cada persona que se hizo presente en este camino, les abrazo en gratitud infinita. Gracias por permitirme ser y hacer en este mundo de posibilidades, por acompañarme con su presencia y su fuerza, por ser refugio y respaldo en cada instante. Cada experiencia compartida y cada aprendizaje se convirtieron en hilos que tejieron sueños, sueños que hoy se siguen bordando en la memoria y en la esperanza.

A ti, Erika, gratitud profunda por tu sensibilidad, por atreverte a vivir y sentir este proceso desde lo más humano y lo más tierno. Gracias por ser apoyo y aliento, por caminar a mi lado con la certeza de que los pasos compartidos siempre se disfrutan más.

A las personas con discapacidad visual del territorio de Ibagué, a sus cuidadores y familias, que con la luz de sus voces y la fuerza de sus experiencias se unieron a este tejido colectivo. Gracias por poner el alma en cada encuentro, por abrir caminos con su disposición y sus ganas, por sembrar esperanza en esta apuesta común.

A José Armando, cuya presencia silenciosa acompañó y sostuvo cada paso, guiándonos con la serenidad de quien sabe andar sin alardes, pero con la fuerza de la constancia.

Gratitud profunda a la gloriosa Universidad Pedagógica Nacional, mi alma mater, que me abrió las puertas del conocimiento, me retó con su rigor y me sostuvo con su grandeza. A la educación pública, que ha sido semilla y vuelo permitiéndome crecer, creer en la fuerza transformadora de la palabra y del saber compartido y soñar con un mundo tejido de justicia y dignidad.

Alejandra Castaño Feria

Honro desde el fondo de mi ser sensible a cada una de las personas que aportaron en la construcción de esta intención colectiva. Agradezco grandemente la humilde generosidad de la gente con la que me encontré en el camino, aquellas voces, manos y afectos que construyeron memoria y confianza para que esta investigación no fuera únicamente un ejercicio académico.

Reconozco que, esto no habría sido posible sin la complicidad amorosa de Alejandra, pues habitamos juntas los silencios, las dudas y las certezas, recordando siempre que este proceso fue un acto compartido, vinculante y paciente. Me enseñaste tantas cosas, que no logro dimensionar todo lo vivido y recorrido.

Gracias también a quienes atesoran mis afectos por sostenerme con su amor genuino y desinteresado mientras aprendo del mundo.

Siento una gratitud desbordante por haber accedido a la educación superior en un país donde para la mayoría estudiar es un privilegio y agradezco cada paso que la universidad pública me ha permitido dar, reconociendo de dónde vengo y honrando mis orígenes para no olvidar el rumbo.

Finalmente, reconozco la inmensa fortuna que tengo de poder redactar estas palabras en un mundo desgarrado por genocidios, en el que muchas vidas fueron arrebatadas o silenciadas mientras escribía.

Erika Yamile Caballero Sosa

Dedicatoria

A los niños y las niñas del mundo,
a quienes aún sueñan entre el estruendo del metal y el polvo de las ruinas.
A los que, en Colombia, Palestina, Sudán, Ucrania o cualquier rincón del planeta
crecen entre el miedo y aún conservan la esperanza.

A las madres que acunan el silencio porque ya no hay palabras,
a los padres que siembran vida en tierra herida,
a los jóvenes que se niegan a repetir la historia del dolor,
a los cuerpos que resisten desde la ternura y la dignidad.

A los pueblos que, pese a la guerra, insisten en vivir,
que reconstruyen sus casas, su fe y su memoria
entre la ceniza, el barro y la ausencia.

Esta voz es un grito que no se apaga,
una lágrima que se hace palabra para no permitir el olvido.
Porque cada mirada truncada,
cada nombre borrado por la violencia,
cada casa convertida en sombra,
es una herida abierta en el corazón del mundo.

Que esta dedicatoria sea un abrazo extendido,
un manto de memoria que denuncie la guerra, el desplazamiento y el olvido,
un canto que atraviese montañas y fronteras,
y proclame, con firmeza y amor,
que la infancia no debería conocer el sonido de las balas,
ni la humanidad debería acostumbrarse a la muerte.

Mientras exista una voz que recuerde,
una mano que escriba,
una mirada que se niegue a la indiferencia,
habrá futuro.

Porque los pueblos que resisten —en Colombia, El Sur Global y en el mundo—
seguirán nombrando el milagro de existir,
tejiendo vida entre los escombros,
y recordándonos que la paz no es un sueño, sino un derecho que aún respira.

Resumen

Este proceso investigativo nació del encuentro con las voces de personas con discapacidad visual en Ibagué, así como de familiares y cuidadoras que, desde sus vivencias, construyeron formas particulares de habitar el territorio. Se trató de una investigación cualitativa, con enfoque sociocrítico y desde la Investigación Acción Participativa (IAP), en la que el diálogo, la escucha activa y el reconocimiento mutuo constituyeron los pilares centrales. El propósito general fue tejer los saberes, sentidos, vivencias y formas de vinculación que emergieron de estas voces, con el fin de aportar colectivamente a la construcción de territorios más justos, inclusivos y dignos.

La técnica central utilizada fue el convite, entendido como espacio de encuentro, conversación y construcción conjunta. Estos espacios fueron explorados, grabados y transcritos, lo que permitió identificar tensiones, resistencias y posibilidades de agencia frente a las dinámicas de inclusión y exclusión que atravesaban a esta población.

Más allá de la producción de datos, esta investigación constituyó una experiencia de juntanza, donde la discapacidad visual no se vivió como límite, sino como otra forma de narrar el mundo. El territorio emergió no solo como lugar físico, sino como espacio de vida, memoria y denuncia. Las voces participantes, históricamente silenciadas, se posicionaron como protagonistas de sus propios relatos. Esta investigación, más que concluir, dejó abiertos caminos e invitó a imaginar futuros posibles donde la diferencia fuese reconocida como potencia transformadora.

Palabras Clave: Investigación Acción Participativa IAP, Discapacidad visual, pluriverso de sentido, territorio, convite, vínculo.

Abstract

This investigative process was born from the encounter with the voices of people with visual disabilities in Ibagué, as well as family members and caregivers who, from their lived experiences, built particular ways of inhabiting the territory. It was a qualitative study, with a socio-critical approach and a Participatory Action Research (PAR) methodology, in which dialogue, active listening, and mutual recognition constituted the central pillars. The general purpose was to weave together the knowledge, meanings, experiences, and forms of connection that emerged from these voices, in order to collectively contribute to the construction of fairer, more inclusive, and more dignified territories.

The central technique used was the *convite*, understood as a space of encounter, conversation, and joint construction. These spaces were explored, recorded, and transcribed, which made it possible to identify tensions, resistances, and possibilities of agency in the face of the dynamics of inclusion and exclusion experienced by this population.

Beyond data production, this research constituted an experience of *juntanza*, where visual disability was not lived as a limit but as another way of narrating the world. The territory emerged not only as a physical place but as a space of life, memory, and denunciation. The participating voices, historically silenced, positioned themselves as protagonists of their own narratives. This research, rather than concluding, left open paths and invited the imagination of possible futures where difference is recognized as a transformative power.

Keywords: Participatory Action Research (PAR), Visual disability, Pluriverse of meaning, Territory, *Convite*, *Bond*.

Camino por recorrer

Agradecimientos	2
Dedicatoria	5
Resumen.....	7
Abstract	8
Camino por recorrer	9
Lista de Figuras.....	11
¿Cómo emerge esta travesía?.....	13
¿Por qué este camino?.....	16
El convite como telar de vínculos y juntanzas	21
El andar acompañado: rostros y voces de quienes participaron	30
Tramas del territorio vivo	42
Convites y pasos colectivos de vivencias compartidas.....	51
Puntadas previas al compartir (planeación de los convites).....	52
Primer convite. Hoy vemos, mañana no sabemos.....	53
Segundo convite. Nos falta vista, pero nos sobra risa.....	65
Tercer convite. Anudando ideas.....	78
Comprender los decires: sentidos y voces	90
Discapacidad visual: huellas del andar.....	92
La discapacidad como pérdida: el eco de una vida interrumpida.....	93
La discapacidad como reto, adaptación y resignificación	95

	10
La discapacidad como construcción social: barreras externas, no internas.....	97
Pluriversos de sentido.....	99
Decires que aclaran el sendero	99
Semillas de organización.	103
Trenzando la siembra de horizontes	111
Sentipensar las andanzas.....	118
La IAP como faro en el andar	119
Tejiendo: puntos de referencia y teóricos.	121
Saberes que dialogan y resistencias que se tejen (reflexión académica y política).....	125
La acción colectiva que transforma.....	127
Referencias.....	131
Anexos	136

Lista de Figuras

Ilustración 1 Participantes del proceso investigativo, tercer convite	23
Ilustración 2 Zapatos y bastones de participantes del proceso de investigación. Segundo convite.....	27
Ilustración 3 Mujeres participantes cruzando la calle para llegar al convite	31
Ilustración 4 Cañón del río Combeima. Corregimiento juntas de Ibagué, Tolima.	42
Ilustración 5 Participantes del proceso de investigación. Balcón posterior de House Music ...	49
Ilustración 6 Primer convite, participantes del proceso investigativo	57
Ilustración 7 Mercado de la plaza de la 21. Cata de los diferentes bizcochos que realizan y venden en los municipios del Tolima	60
Ilustración 8 . Participantes en el primer convite, diálogos entre personas con discapacidad visual (PcD) y cuidadoras frente a lo que el territorio les comunica.	63
Ilustración 9 . Desayuno compartido por las investigadoras. Migao, plato tradicional y con fuerte arraigo campesino.....	64
Ilustración 10 Círculo de la palabra en el segundo convite con los participantes del proceso investigativo.....	69
Ilustración 11 Cuidadora compartiendo dulces con participantes del segundo convite	73
Ilustración 12 Cuidadora abriendo cacahuates para comer mientras se escuchaba a quienes hablaban	75
Ilustración 13 Segundo convite en House Music compartiendo ideas y alimentos.	77
Ilustración 14 Tercer convite, Investigadora realizando grabación de voces	80
Ilustración 15 Tablero con ideas que florecieron durante el intercambio de saberes.	82
Ilustración 16 Tercer convite, diálogo dado entre una de las investigadoras y uno de los comités que surgieron.	84
Ilustración 17 Tres participantes del convite, están aprendiendo y jugando ajedrez adaptado.	85

Ilustración 18 Julio y Nilson van caminando por la carrera tercera peatonal del centro de la ciudad musical de Colombia.....	95
Ilustración 19 Circulo de personas compartiendo ideas que fortalezcan el vinculo	107
Ilustración 20 . Participantes dialogando, intercambiando chistes, risas e ideas.	126
Ilustración 21 Convite tres, ideas y reflexiones	128
Ilustración 22 Matriz de registro documental	136
Ilustración 23 Pantallazo de transcripciones de las voces de los participantes del proceso investigativo.....	137
Ilustración 24 Matriz de organización de las voces de los participantes	138

¿Cómo emerge esta travesía?

*¿De qué sirve tu clase social, tu educación,
todo lo que has leído, si no haces nada por tu país,
por tu gente, por este pueblo que aguanta
hambre desde el amanecer hasta el anochecer?
¿Para qué ser inteligente si esa inteligencia
no es capaz de enfrentarse a la injusticia y
a las estructuras que detentan el poder de manera inmoral?
¿De qué sirve tanta cultura si uno no es capaz de echarle una mano al otro?*

Mario Mendoza, Diario del fin del mundo.

Un día estás sentada frente al mar, contemplando el horizonte mientras reflexionas sobre la labor que realizas en distintos territorios. Hay un nudo en la garganta, una mezcla de impotencia y esperanza, conmovida por la injusticia que atraviesa el país —ese país que se proclama como el más feliz del mundo. Anhelas cambiar el mundo, o al menos algunos de esos mundos posibles. Mundos en los que la luz se ha desvanecido, o donde apenas queda una tenue percepción de ella. Mundos que rara vez se han pensado desde la experiencia de vivir sin observar —y no me refiero únicamente a la vista. Vivimos ajenos y ajenas, poco empáticos y empáticas con realidades que sentimos lejanas, hasta que un día algo nos sacude, nos despierta, y nos invita a transformar desde lo profundo.

Un día, simplemente estás ahí, en un salón de clase. Rodeada de personas que, con corazón y coraje, han decidido aportar a la transformación de esos mundos posibles. Cada quien con su historia. Y en ese encuentro de miradas, de vivencias compartidas, esta investigación tomó forma. Se tejió desde lo sensible, desde lo humano, conmovida por la fuerza de las experiencias que emergieron en el andar. Se juntaron los caminos que llevaron a conversaciones alrededor de lo que la vida hasta el momento había traído.

Muchas veces, esos sacudones tienen que tocar la puerta de tu casa para contarte que finalmente no son tan lejanos, que no son tan ajenos. Empezó la vida a moldearse de

caprichosas y crueles formas. Quien cuidó de ti por muchos años ahora necesita ser cuidada porque un día, estando en la Plaza de Bolívar de Tunja, caminando tranquilamente y de manera independiente empezó a ver como unas manchas aparecían en su camino y no entendía el por qué, no sabía que había detrás de estas brumas y nebulosas que opacaban su visión, se asustó mucho y creyó que sería algo pasajero. Lo siguiente; pasar por muchas citas médicas y con especialistas porque esos hilitos que se enredaban cuando miraba a contraluz eran un diagnóstico de glaucoma, el famoso ladrón silencioso de la visión, porque cuando lo descubren el daño ya es avanzado y solo puede atenderse para hacer más lento su progreso.

Empezó la rutina de cuidar los ojos como antes no se hacía; láser, gotas, citas, viajes... la rutina simplemente fue otra; gafas oscuras, evitar salir, quitar cualquier obstáculo que pudiera haber en el camino, caminar tomadas de gancho, probar bastones que no delataran lo que estaba pasando, contar los pasos porque son guía, cambiar la casa para que fuera fácil habitarla... relatar como las manchas aparecen y desaparecen como si de una danza ilusionista se tratara. Pero no se iban y tuvimos que aprender a vivir con eso, al principio fue un tema muy difícil de tocar, pero ahora se hacen chistes al respecto; *“usted ve lo que le conviene”*, *“no ve ni por la familia”* y todos sus derivados de humor ácido, ese humor oscuro que solo pueden practicar quienes aceptaron que no hay retorno y que se tiene la risa como arma de batalla ante lo que dejó de ser.

Y como estas circunstancias atraviesan la vida, el interés por saber cómo seguir apoyando a quien amas hace que quieras saber un poco más. Y como puesta por el destino puedes inscribir la electiva de tiflogía en tu pregrado, ahora sabes qué es una regleta, qué es un punzón, comprendes que hay mucho que puede hacerse porque un universo de posibilidades se presenta para ti. Y ese interés no caduca, continua la llamita encendida, aunque tenue se mantiene viva, quieres seguir explorando estos saberes, estos sentires

alrededor de las personas que, igual que ese ser amado, han ido presenciando como protagonistas todas las situaciones que derivan del hecho de que sus ojos no recepcionen la luz.

Continuando con los caprichos del andar, la vida que busca siempre cómplices permitió que dos almas soñadoras se encontraran en ese salón de clase, una educadora especial y una psicopedagoga se dieron cuenta que podían juntar voluntades, llegar a acuerdos y continuar por el camino de los posibles.

Ahí comenzó todo. Las ideas, como hilos invisibles, empezaron a entretorse hasta cobrar forma y sentido en la ciudad de Ibagué: una urbe escondida entre montañas, abrazada por el río Combeima y custodiada por el majestuoso Dulima —el Nevado del Tolima—, que observa desde la altura el pulso de la vida. Ciudad de ocbos rosados, blancos y morados, donde el aire se llena de música, de sanjuaneros que laten en las calles y de voces que narran lo cotidiano.

En este territorio, que alberga cerca de 542.046 personas y un 0,5% de ellos con discapacidad visual según el DANE (2020), germinó esta investigación. Allí, un grupo de personas decidió caminar juntas el propósito de pensar y pensarse, de compartir sus vivencias y su manera de mirar sin ver, de habitar el mundo con otros sentidos. A través de convites abiertos, se reunieron para conversar sobre sus formas de andar, de nombrar la vida y de tejer significados.¹

¿Por qué este camino?

“El camino solo existe porque alguien se atreve a andarlo”.

José Saramago

La investigación que dio vida a esta tesis surgió de la necesidad de escuchar y reconocer a las personas con discapacidad visual en el territorio de Ibagué, no desde estadísticas frías ni discursos ajenos, sino desde sus propias voces y vivencias. Por ello, en el camino metodológico se optó por una investigación cualitativa con enfoque sociocrítico, que permitiera comprender la realidad no solo para describirla, sino también para transformarla junto a quienes la habitan.

Desde lo teórico, el enfoque sociocrítico reconoció que el conocimiento se encuentra atravesado por intereses sociales y que su producción implica necesariamente un compromiso ético y político con la transformación. Habermas (1987) señaló que este enfoque busca la emancipación y la justicia social, promoviendo que los sujetos participantes se reconozcan como agentes de cambio en sus contextos. Así mismo, Freire (1970) planteó que la investigación debe ser un proceso dialógico, donde los participantes no son objetos pasivos de estudio, sino protagonistas de una praxis liberadora.

Entonces, elegir una investigación cualitativa se justificó, ya que este paradigma orientó la comprensión de fenómenos sociales desde las experiencias y significados que las personas les atribuyeron. Según Denzin y Lincoln (2012), lo cualitativo no se limita a describir la realidad, sino que busca interpretarla en su complejidad y diversidad, otorgando valor a las voces que han sido históricamente silenciadas. Así, en el caso de las personas con discapacidad visual, esta perspectiva permitió visibilizar sus formas particulares de habitar el territorio y de construir sentido a partir de sus vivencias.

Desde que se dieron los primeros pasos del proceso, se comprendió que no bastaba con observar desde afuera, ni con aplicar herramientas diseñadas en otros contextos o pensadas para recoger información que solo la vista percibe. Fue allí donde se consideró pertinente la implementación de una metodología de investigación acción participativa (IAP), inspirada en las propuestas de Fals Borda (1985) y Freire (1970), la cual exigió un compromiso genuino y constante con la escucha activa, la empatía y el reconocimiento del otro y la otra como un ser sentipensante. Esta apuesta metodológica resultó coherente con el enfoque sociocrítico, pues buscó la construcción colectiva del conocimiento y la transformación de las realidades sociales.

La IAP permitió establecer relaciones horizontales, basadas en la confianza mutua y en la validación de las vivencias cotidianas de cada una de las personas con discapacidad visual que participó. Se convirtió en una práctica de encuentro, donde la palabra, el cuerpo y el territorio se entrelazaron para dar lugar a narrativas cargadas de sentido. En este proceso, los convites se transformaron en espacios de diálogo, reflexión y acción colectiva, donde los participantes compartieron vivencias, pensamientos y sentires. Dichos relatos fueron grabados, transcritos (Anexo 2) y sometidos a un análisis crítico en el sentido propuesto por Fairclough (2001), quien plantea que el análisis debe develar las relaciones de poder, los discursos dominantes y las formas de exclusión presentes en los contextos sociales que requieren de su transformación social.

A lo largo del proceso, los encuentros permitieron que emergieran saberes locales, estrategias de resistencia y formas propias de habitar el territorio, que muchas veces son invisibles para quienes no comparten esas características. Las voces de los y las participantes comenzaron a marcar el rumbo de la investigación: identificaron los temas prioritarios, propusieron acciones y evaluaron los avances. Esta participación activa resignificó el rol de

las investigadoras, recordando que no se trata de intervenir desde el saber técnico, sino de caminar juntos y juntas, acompañando a las personas con discapacidad visual participantes de los procesos que ya existen, pero que muchas veces han sido ignorados o deslegitimados, siendo parte protagónica de sus propias realizaciones.

La IAP permitió comprender que investigar no es solo producir datos o escribir informes que relatan lo que se “observa”, como si se estuviera frente a monolitos, sino también generar vínculos transformadores, reconociendo que no existe una fórmula mágica ni un camino lineal. Fue un proceso complejo, lleno de tensiones, aprendizajes y negociaciones. Sin embargo, su riqueza radicó precisamente en esa capacidad de adaptarse a lo vivo, a lo cambiante y a lo colectivo. Inclinarsse por esta metodología es también un acto político: se decidió hacer investigación de otras maneras, poniendo en el centro la dignidad, la autonomía y el derecho de las personas con discapacidad visual a ser escuchadas, interpretadas y representadas por sí mismas. Porque solo desde allí fue posible construir territorios más justos, más cercanos y profundamente humanos.

Por otro lado, la escritura de esta tesis también respondió a ese espíritu transformador. Los títulos, la estructura y la narrativa fueron pensados para mantener la fidelidad a las voces de los y las participantes. No se trató de hablar sobre ellos, sino de hablar con ellos, dejando que sus ideas y vivencias fueran el centro del relato. De esta manera, la investigación se convirtió en un tejido de memorias, luchas y sentidos que trasciende de lo individual para abrir caminos colectivos en torno a la inclusión, la dignidad y el derecho a habitar el territorio.

Así mismo, esta tesis fue concebida desde una apuesta ética por la accesibilidad a la información. Cada imagen ha sido acompañada de una descripción pensada para quienes leen a través de lectores de pantalla, permitiendo que el contenido también se narre con palabras. Asimismo, se realizaron las aclaraciones necesarias y con el propósito de que el conocimiento

aquí presentado pueda ser recorrido sin barreras, de manera clara, digna y accesible para todas las personas.

Cabe señalar que, a lo largo del desarrollo de este proceso investigativo, se contó con el consentimiento informado verbal de todas las personas participantes. De manera libre y consciente, autorizaron el uso de sus voces, nombres, imágenes y aportes, con fines académicos, pedagógicos y de visibilización. Antes de otorgar su consentimiento, se les explicó detalladamente los propósitos, el destino del material recolectado y las medidas adoptadas para resguardar su identidad, privacidad y dignidad, con las que estuvieron de acuerdo. La participación fue completamente voluntaria, y en todo momento se garantizó su derecho a retirarse del espacio, a que su voz o su imagen no fuese pública y a retractarse sin que esto implicase consecuencia alguna.

Teniendo en cuenta lo anterior, el propósito general de este proceso investigativo es tejer los saberes, sentidos, vivencias y formas de vinculación que emergen de las voces de las personas con discapacidad visual de Ibagué convocadas de manera abierta a través de redes sociales, con el fin de aportar colectivamente a la construcción y transformación de territorios más justos, inclusivos y dignos.

Y los propósitos específicos son:

Identificar los saberes, sentidos, vivencias y formas de vinculación expresadas por las personas con discapacidad visual en el territorio de Ibagué de manera colectiva.

Hilvanar los aportes de estas voces de las personas con discapacidad visual en relación con las dinámicas de inclusión y exclusión presentes en el territorio, develando tensiones, resistencias y posibilidades de agencia.

Construir colectivamente con las personas con discapacidad visual convocadas de manera abierta a través de redes sociales, aprendizajes y aportes que impulsen el fortalecimiento de territorios más justos, inclusivos y dignos.

El convite como telar de vínculos y juntanzas

"Creo que todo lo verdaderamente importante no se hace en soledad. Se hace siempre con muchas manos entrelazadas "

Sara Victoria Alvarado Salgado

Los caminos se fueron uniendo, se toparon y sin querer empezaron a entretrejerse desde el vínculo, desde el ensamble de alientos, desde las acciones que nacen de las palabras que evocan horizontes de posibilidades. Se entendió el vínculo como la base ética sobre la cual se construye todo el proceso. Y desde una perspectiva de Levinas (1961), este no es un lazo simétrico ni condicionado por la reciprocidad. Es, en cambio, una responsabilidad infinita del yo frente al otro, una apertura radical hacia la alteridad que exige responder, no desde el saber, sino desde la humanidad compartida.

En este camino lo vinculante se entrelazó en la escucha, en el reconocimiento de la diferencia, pero también en la creación conjunta de sentido. Fue un espacio donde las jerarquías tradicionales del conocimiento se desdibujaron y emergieron nuevas formas de comprender, sentir y actuar. Aquí, el otro y la otra no son objetos de estudio, sino sujetos activos, cocreadores del proceso. El vínculo se volvió entonces una forma de relación ética que desafió los modelos convencionales de investigación. No se impuso, sino que se construyó desde la confianza, la empatía y, sobre todo, desde la apertura a ser transformado y transformada por el encuentro.

Este vínculo fue también un acto político. En una sociedad que históricamente ha marginado a las personas con discapacidad, construir relaciones horizontales basadas en la escucha activa y el reconocimiento pleno son gestos de resistencia. Es rechazar las lógicas asistenciales y/o de condescendencia, y afirmar que todo conocimiento verdadero nace del

diálogo, de la colaboración y del reconocimiento del otro y la otra como igual en dignidad, aunque distinto y en experiencia.

El vínculo emergió del encuentro de la palabra, de escuchar atentamente y sin pretensión al otro y la otra; estuvo en las risas y las contradicciones que fueron atendidas desde el respeto y en las ganas de construir a través de lo que al común le atraviesa la vida. Se dio en el empate de horarios para confluir en el alimento, en la charla banal y en la importante, en la escucha atenta que se da tiempo de interpretar el discurso ajeno sin juzgar de ninguna manera y permitiendo ser, sin intenciones individuales de reconocimiento o uso de los espacios para su beneficio. Las conexiones y juntanzas se dieron a través de convites que gestaron nuevas formas de relacionamiento, formas que como organismo vivo mutaron pero se mantuvieron con la convicción clara de continuar reuniéndose.

El convite como práctica reconocida por quienes participaron, se configuró en el medio investigativo para llegar a conversaciones profundas orientadas a construir posturas comunes, en este sentido González lo describe como:

Un encuentro liberador en el que quienes acuden lo hacen de manera autónoma y como tal se comportan. No siempre el “pretexto” será comer; en ocasiones será danzar, leer, ayudar, construir o reflexionar, lo que permitirá resignificar la noción de la identidad tanto individual como colectiva.

(González, s. f., p. 1)

En el departamento del Tolima, las prácticas mencionadas fueron acuerpadas de tal forma que permanecen en el repertorio vivencial de las personas, por lo que, es a través de sus voces que algunos y algunas tolimenses encuentran en el convite una práctica en donde se prepara y comparten alimentos, pero también como un espacio para celebrar logros, como la construcción de una casa o la siembra de cultivos. Por ejemplo, un testimonio anónimo

describe el convite como "la reunión de varias personas donde se hace algún alimento, se prepara una comida, reparten y todos participan de ese convite" (comunicación personal 1, 5 mayo 2025).



Ilustración 1 Participantes del proceso investigativo, tercer convite

Nota. Registro fotográfico del equipo investigador (2025)

“Estos eventos, que datan de tiempos precolombinos, son más que simples reuniones; representan una manifestación palpable de la identidad cultural y el tejido social” (Cortés Urquijo, 2020). Entonces, no es en vano que estas maneras de encontrarse sigan vigentes, pues las realidades individuales invitan al vínculo, a acortar distancias configurando espacios donde las sospechas abundan y encuentran resonancia, resumido en lo que piensa la población, "para mí es como trabajar en cooperación, de pronto intercambiando ideas" (comunicación personal 2, 24 mayo 2025), porque son las intenciones las que avivan y materializan la transformación, trazando rutas para seguir y dando pasos hermanados porque se está con el otro y la otra.

Este acto de entretejer no solo alimenta el cuerpo, sino también al espíritu conversador comunitario, pues alude directamente a lo que Báez (2024) menciona:

“Convidar para dialogar, para escuchar y ser escuchado, instalar una mesa en la cual cada invitado pueda poner sus palabras y servirse de la conversa de los otros para significar, tomar distancia, encontrarse o aprender” (p. 91).

una mesa que es símbolo de la organización y creación de espacios que validan vínculos generosamente poderosos y palabras que fluyen, se desvían o encuentran el rumbo sin que se pierda lo valioso de su pronunciación y existencia.

Podemos incluir que, a lo largo de la historia cultural y por medio de la tradición oral, se ha reconocido al convite como una práctica de vida y encuentro común: un acto de solidaridad, cooperación y construcción colectiva que trasciende generaciones, adaptándose al contexto y a las necesidades. Además, posibilita escenarios de diálogo, trueque y multiplicación de saberes y prácticas que, aunque han estado arraigadas principalmente a las comunidades rurales de Colombia, también han sostenido procesos comunitarios concretos; en este sentido, Cely Forero (2022) señaló que “A través de los convites y los grupos de hecho las comunidades campesinas agenciaron la construcción de la infraestructura de escuelas basadas en principios comunitarios” (p. 145). Con ello, el convite cobra relevancia en otros espacios donde se repiensen los lugares de enunciación y la producción de conocimientos, dando cabida y poniendo en altavoz las manifestaciones de quienes participan en estas invitaciones.

En cada convite, en cada conversación y en cada ejercicio colectivo, se iban tejiendo otras formas de pensar y de hacer, tanto para quienes viven con una discapacidad visual como para quienes les acompañan. Esta interacción constante abrió la posibilidad de construir conocimiento situado, es decir, anclado en los contextos reales, en las calles, en las emociones, en las barreras, pero también en las potencias, que configuran el día a día de esta población en Ibagué y los lugares desde donde se enuncian.

Así, encontrarse con o sin pretexto facilitó la reflexión, hizo que fluyeran los diálogos de sentires y aclararan la visualización de horizontes de sentido comunes que abrazan y articulan otras formas de estar con él o la otra. En consonancia con lo anterior, resulta pertinente retomar los aportes de Suárez Ortiz (2022) en relación con la vigencia histórica de los encuentros colectivos, los cuales han transitado diversos momentos y contextos, permitiendo reconocer su valor social y comunitario. En esta misma línea, Pérez Rodríguez (2024) señala:

Los convites comunales no solo son una tradición arraigada en el pasado, sino también una práctica viva y dinámica que sigue siendo relevante en el presente, ofreciendo lecciones valiosas sobre la importancia de la comunidad, la solidaridad y el cuidado del entorno para construir un futuro más justo y sostenible. (p. 12)

Un futuro donde la posibilidad sea el territorio más habitado y la confluencia de universos encuentre resonancia, ya que, las expresiones y los sentires reconocen al convite como una práctica ancestral y política de producción colectiva del conocimiento, que articula lo relacional, lo afectivo, lo territorial y lo epistémico, en clave de resistencia y transformación, como engranaje idóneo para sentir y pensar con la comunidad. La finalidad, tal como lo señala Villa (2019) en su texto es:

Asumir la realidad como sentipensante, con una nueva mirada a la historia, para ubicar las problemáticas a las que se enfrenta nuestra sociedad, entendiendo la condición dialéctica de la realidad, que es cambiante, contradictoria. (Pág. 460)

Ubicar espacialmente los lugares donde los convites pudieran florecer resaltó el carácter social, comunitario y sin ánimo de lucro de la JAC del Barrio La Pola, fundada en 1980 y quienes para el encuentro realizado en mayo del 2025 estaban cumpliendo 45 años. El salón comunal se convirtió en eso, algo comunal y de convergencia para lograr escuchar,

conversar y compartir alguna bebida y comer para alimentar no solo el cuerpo, sino también el espíritu que habita las conversaciones profundas y sentidas de quienes han tenido que transitar caminos obstaculizados de maneras físicas y simbólicas.

Otro panorama desde las voces de personas de la ciudad de ibagué a quienes se les indago ¿Qué era un convite para ellos? deja dilucidar que el convite puede ser "una comida, un refrigerio que se hace con la comunidad, un conjunto de personas para dialogar sobre un tema o un acontecimiento que se está dando en ese lugar" (comunicación personal 3, 5 mayo 2025). Así, el convite se configura como un espacio de encuentro y reflexión colectiva en torno a un suceso, experiencia, anhelo o deseo de transformar. Desde una perspectiva más personal, Ramírez, también tolimense, expresa que el convite es "más como una invitación a comer, como un compartir, como una invitación a un festejo, pero más amena, más sencilla, más hacia lo familiar, más hacia lo vecinal" (comunicación personal 4, 5 mayo 2025). Aparece así un elemento trascendental que alimentó las nociones del convite y fue la importancia de la cercanía en el desarrollo de estas juntanzas.



Ilustración 2 Zapatos y bastones de participantes del proceso de investigación. Segundo convite

Nota. Registro fotográfico del equipo investigador (2025)

“En Colombia el término Juntanza hace referencia, justamente, a la acción de reunirse con otras personas, el encuentro con un propósito común, en la mayoría de los casos vinculado a la solidaridad y a la lucha social y política” (Martínez Reyes & Garcia Gualda, 2024). Permitiendo describir la juntanza de las personas ibaguereñas como el abrazar distancias en búsqueda de acortarlas para toparse con realidades distintas. Es la convocatoria para encontrarse en lo propio y en lo ajeno con la intención de vincularse, hacer nudos y deshacerlos por el rumbo del camino común, porque ese común encuentro de voluntades es el abono para que las raíces se entrelacen, tomen fuerza y fisuren por el crecimiento continuo de las acciones colectivas de quienes hacen parte de lo mirado de reojo y sin detenimiento concienzudo, pues ante los ojos indiferentes de muchas personas lo diferente causa escozor,

exclusión y olvido solo por percibir al mundo desde otros sentidos y propuestas de habitar el territorio y los espacios sociales.

En sintonía con lo anterior, esta investigación hace uso del *convite* como forma de romper lo típico del encuentro que divide más que acercar y permitir que las personas con discapacidad visual dialoguen y reflexionen alrededor de los sentipensares de habitar el territorio, convivir en él y transitarlo a diario, para dar la vuelta hacia procesos transformadores de la realidad, donde cada saber es válido porque está guiado por las intenciones de aportar, por lo que:

Defendemos que el sentipensamiento es un saber, un sentir, un crear sentido a partir del cuerpo. Un saber que, como enfatiza el colombiano Orlando Fals Borda (1984), es legítimo en tanto que surge de una habilidad más próxima al proceder sensible y aprendido de la artesana que no sólo esculpe la madera, sino que permite revelar lo que ya contenía en potencia (González-Grandón & Suárez-Gómez, 2023, p. 294).

En esta investigación, el convite fue una práctica situada de convocatoria, trabajo colectivo y producción de sentido, donde la acción y la reflexión ocurrieron en un mismo movimiento: hacer juntos y juntas para comprender y decidir. El convite fue entonces, la construcción común de la democratización del conocimiento desde la participación, que fortaleció las prácticas organizativas en la comunidad de personas con discapacidad visual.

El convite movilizó y permitió neutralizar la dinámica tradicional de sujeto-objeto, buscando la participación genuina de las personas; un concepto de participación que para Fals Borda & Rahman (1991), "está enraizado en las tradiciones culturales de la gente común y de su historia real", por lo que, el convite facilitó la

praxis y el reconocimiento de las vivencias reales de quienes participaron, porque forma parte de la historia y tradición cultural y organizativa de la región.

Lo situado, lo propio y lo genuino de los recorridos de vida de las personas con discapacidad visual, representaron una importancia suprema, pues fue por medio del reencuentro de sus voces que se dio la cercanía a sus percepciones del mundo para poder entenderlas y vislumbrar, de alguna manera, lo que son. No hubo sombra de duda de que en aquellas reuniones lo relacional se fue construyendo en la coincidencia de escucharse; de hecho, “los convites han servido como una expresión de solidaridad y colaboración entre los miembros de la comunidad” (Universidad de Boyacá, 2024, p. 18), lo que facilitó el establecimiento de redes de apoyo mutuo que anudaron otras formas de convivir, propias de las personas con discapacidad visual de Ibagué.

En este horizonte, la juntanza y los vínculos que emergieron en los convites se revelaron como hilos inseparables de un mismo tejido que desafió la marginación histórica. El vínculo se reconoció no solo como una relación interpersonal, sino como la responsabilidad hacia el otro y la otra, abriendo horizontes de dignidad compartida. La juntanza, a su vez, se constituyó en un gesto político frente a la fragmentación social, al afirmar la potencia de lo común frente a las lógicas segregadoras. Por su parte, los convites, comprendidos como prácticas vivas de colaboración y cuidado mutuo, se materializaron en acciones colectivas que encarnaron la apuesta por un relacionamiento horizontal donde la palabra y el hacer se encontraron. Así, vínculos, juntanza y convites no fueron únicamente relacionamientos someros, sino vivencias encarnadas que sostuvieron la posibilidad de construir desde la colectividad.

El andar acompañado: rostros y voces de quienes participaron

“La comunidad no se hereda: se construye con manos compartidas.”

Eduardo Galeano

El propósito de este apartado es reconocer a los actores que participaron en el proceso investigativo, haciendo énfasis en reconstruir, desde una perspectiva histórica y crítica, los principales enfoques con los que se ha comprendido y acompañado la discapacidad, para evidenciar cómo dichas miradas han configurado prácticas, discursos y formas de relación que impactan la vida cotidiana de las personas con discapacidad visual. Esta ruta se justifica porque no busca únicamente describir cambios en el tiempo, sino comprender qué se mantiene, qué se disputa y qué se transforma cuando la historia se ancla en la palabra de quienes han sido frecuentemente hablados por otros.

En este proceso se juntaron personas con discapacidad visual, oriundas y residentes de la ciudad de Ibagué, cuyas vivencias y saberes enriquecieron profundamente cada encuentro. Junto a ellas, sus familiares y cuidadoras sostuvieron con compromiso los lazos que permitieron avanzar. También formaron parte de esta travesía el presidente de la Junta de Acción Comunal, las investigadoras y sus familias. Cada quien, desde su lugar, aportó con convicción, con intención clara, con el anhelo de formar parte de algo que buscó trascender lo individual.

Durante esta travesía, la juntanza convocada a través de los convites fue mucho más que una serie de encuentros puntuales: este camino se tejió paso a paso, con una trama de afectos, voluntades y esfuerzos silenciosos que hicieron posible esta travesía. No se trató solo del acto de reunirse, sino de la fuerza que se movilizó: el deseo compartido de transformar, de construir otros mundos posibles desde lo cotidiano.

¿Quiénes caminaron este sendero?

Se contó con un grupo de personas que, por iniciativa propia, decidieron participar activamente en los convites. Este grupo comparte una característica particular: está conformado por personas con discapacidad visual —ya sea cieguera o baja visión—, quienes han desarrollado múltiples habilidades y potencialidades fortalecidas por la memoria de transitar la vida desde una percepción distinta. Su presencia no solo enriqueció los espacios de encuentro, sino que invitó a repensar las nociones tradicionales sobre la discapacidad.

En ese sentido, resultó fundamental comprender, desde una perspectiva histórica, cuál ha sido la trayectoria de las personas con discapacidad visual y cómo están situadas en la actualidad. Por un lado, es necesario reconocer que la discapacidad no es un asunto que concierne únicamente a quienes la viven, sino que exige un ejercicio colectivo de sensibilidad histórica y ética por parte de toda la sociedad. Por otro lado, es importante entender que, a lo largo del tiempo, las civilizaciones han construido significados sobre la discapacidad que hablan más de las estructuras sociales, culturales y políticas que los generan, que de las personas que lo viven.



Ilustración 3 Mujeres participantes cruzando la calle para llegar al convite

Nota. Registro fotográfico del equipo investigador (2025)

La diferencia corporal o sensorial ha sido, en numerosas ocasiones, condenada al silencio, al sacrificio y a la discriminación: desde los clanes nómadas que negaban la vida a quienes nacían fuera del ideal, hasta territorios urbanos de hoy que aún no se construyen para todos y todas. La exclusión ha tomado múltiples formas: educativas, sociales, culturales, laborales, entre otras. Este apartado propone un recorrido entre épocas, geografías y creencias, con el fin de desentrañar cómo la discapacidad visual ha sido entendida, temida, marginada y, en ocasiones, resignificada.

Desde una mirada crítica —sí—, pero también desde una palabra que buscó dignificar: aquella que reconoció que la ceguera no es ausencia, sino otra forma de presencia; que el cuerpo no es falla, sino diversidad; que eliminar o mitigar barreras no es un favor, sino un derecho. Porque solo al vislumbrar los relatos del pasado y escuchar las voces del presente se podrá construir entornos donde la dignidad humana no dependa de lo que se ve, sino de lo que se comprende.

Por ello, es fundamental analizar las prácticas actuales y las ideas que circulan en torno a la discapacidad, sin perder de vista el peso de la historia: las huellas de exclusión, estigmatización y silenciamiento siguen repercutiendo en el presente. Reconocer este entramado permite imaginar otras formas de habitar, convivir y construir colectivamente.

Trasladémonos a la época de los grupos nómadas europeos. Durante esa época, los niños que nacían con alguna deformidad, enfermedad o discapacidad que los alejaba del ideal social eran objeto de discriminación, marginación, encierro e, incluso, eran asesinados. Se consideraba que no debían ser expuestos ante la sociedad, ya que no cumplían con los estándares establecidos para ser aceptados. Como señala Madrid (1989): “Los niños que nacieran deformes, enfermizos... se les daba muerte o bien solían morir de forma involuntaria

ante la carencia de cuidados y remedios curativos” (p. 251). Estos grupos, organizados políticamente en clanes o fratrías, sostenían la creencia de que las personas con diferencias físicas o cognitivas eran seres inferiores, por lo que no merecían ser integrados en la comunidad. En palabras del mismo autor: “La racionalidad en el orden de las decisiones y costumbres de estas culturas se antepone a la aceptación de unos seres ‘inferiores’ que, más bien, precisara un tratamiento propio de una sensibilidad social inspirada en el derecho y la justicia” (Madrid, 1989, p. 256).

Este rechazo también estaba vinculado a factores económicos y de supervivencia. La escasez de alimentos, el nomadismo y la hostilidad del entorno eran condiciones que favorecían la práctica del infanticidio como un acto frecuente. Aquellos individuos que no podían colaborar con la caza o la recolección de alimentos eran vistos como una carga para el grupo, lo cual justificaba su eliminación. Así, el exterminio de personas con discapacidad no solo respondía a creencias culturales, sino también a una necesidad percibida de garantizar la subsistencia del grupo.

En las sociedades europeas de la antigua Grecia, nacer con alguna diferencia física, una apariencia inusual o una debilidad visible no era solo una desventaja: podía significar la muerte. Como relata Aguado (1995), el infanticidio no se limitaba a los niños con deformidades evidentes, sino que alcanzaba incluso a los recién nacidos que simplemente no encajaban con el ideal estético o físico. En Esparta, por ejemplo, los bebés eran presentados ante un consejo que evaluaba si eran dignos de ser criados; si se detectaba alguna "tara", eran arrojados desde el monte Taigeto. En Atenas, el destino no era menos cruel: los débiles y deformes eran abandonados a las puertas de los templos, con la esperanza o más bien la resignación de que alguien los acogiera (Aguado, 1995, p. 47).

Todas estas dinámicas tenían un fundamento ideológico: Grecia rendía culto a la salud, a la simetría del cuerpo y a la fuerza física, entendidas no solo como atributos corporales, sino como expresión de un ideal moral y ciudadano. Como afirma Palacios (2008), se esperaba de los ciudadanos no solo belleza, sino también prudencia, justicia, fortaleza y templanza (p. 44). Esta correspondencia entre cuerpo y carácter configuró un modelo de perfección que, lejos de ser neutro, dio lugar a prácticas de exclusión: quienes no encajaban en ese ideal eran considerados inferiores e indignos de formar parte de la polis. Es inevitable preguntarse cuánto de esa lógica sigue reproduciéndose hoy. Si bien ya no se arroja a las personas “diferentes” por los barrancos, ¿cuántas veces la sociedad continúa empujándolas al margen mediante formas de violencia más sutiles, pero igualmente devastadoras?

Así mismo, en las sociedades asiáticas, particularmente en la India, la percepción de las personas con discapacidades físicas o sensoriales estaba marcada por la exclusión y el rechazo. Según Aguado (1995), aquellos niños nacidos con deformidades o ceguera eran considerados una carga para la sociedad y, en ocasiones, eran arrojados al río Ganges o sometidos a prácticas como el infanticidio.

Cabe mencionar que estas sociedades estaban organizadas bajo un sistema monárquico feudal, fragmentado en múltiples reinos en constante conflicto. El poder de los monarcas se veía limitado por la influencia de los brahmanes, la rigidez del sistema de castas y la estructura feudal de los gobernadores provinciales. Dentro de esta jerarquía, las personas con diferencias físicas o sensoriales a menudo eran marginadas y, en algunos casos, esclavizadas por los señores feudales. Sin embargo, al mismo tiempo surgieron otras prácticas y creencias que ofrecían una perspectiva diferente, por ejemplo, el sistema médico de la India, promovía el bienestar integral a través de técnicas como masajes, baños y ejercicios. Estas prácticas no

solo tenían fines terapéuticos, sino que también buscaban equilibrar las energías del cuerpo y la mente. Lo que generó prácticas de algunos rituales teniendo en cuenta el budismo como religión, la cual tenía compasión y generosidad con algunas personas estigmatizadas, creían que con sus rituales se iban a quitar las deformidades y la ceguera.

En las sociedades de América previa a la conquista de los Olmecas, las personas que tenían algún tipo de discapacidad fueron catalogados como enfermos que debían ser curados, y es por ello que emergen los procedimientos mágicos, donde se incluía elementos racionales como la observación del enfermo, el uso de medicaciones vegetales bien en aplicaciones locales o infusiones y baños de vapor o temazcal con el fin de eliminar esa anomalía que tenía, por la cual era señalado.

Durante siglos y hasta mediados del siglo XX, la discapacidad fue asociada con castigos divinos, donde surgieron prácticas como el exterminio, el infanticidio, por lo que en esta época predominaron enfoques de exterminio y de sacralización mágica Brogna (2009).

Diversos estudios sobre la historia social de la discapacidad han señalado que, con la expansión del cristianismo, las prácticas de exclusión directa propias de ciertos períodos de la Antigüedad se transforman en una lógica moral y asistencial. En este contexto, la discapacidad comienza a interpretarse como castigo divino, prueba espiritual o consecuencia del pecado, al tiempo que se convierte en un medio para ejercer la caridad y la piedad religiosa, sin que ello implique un reconocimiento pleno de derechos o inclusión social (Stiker, 1999; Barnes & Mercer, 2003).

En los siguientes siglos, paulatinamente se va transformando la perspectiva de la discapacidad, con avances y retrocesos, cabe mencionar que en esta época las personas que tenían discapacidad no eran reconocidas como sujetos de derechos. Eran vistas como

minusválidos, personas con deficiencias que no servían para realizar algún tipo de actividad, más que una forma de burla y de distracción a las altas clases sociales.

Luego, con la Primera Guerra Mundial, en Estados Unidos se introduce el concepto de rehabilitación, para las personas que salieron lisiadas de la guerra. En la Segunda Guerra Mundial, el concepto de rehabilitación se extendió a diferentes ámbitos de la medicina, por ejemplo, desde lo psicológico, entendiendo que el conflicto dejó unas consecuencias significativas en la vida de las personas. Durante esta época se vio la discapacidad desde el modelo médico-rehabilitador y normalizador -asistencialista, por lo que surgieron programas para rehabilitar a las personas que tenían discapacidad y así “normalizarlas”. Actualmente, la discapacidad es vista desde un enfoque social, que se centra en la interacción del sujeto con el entorno, el cual tiene barreras físicas, actitudinales, económicas, políticas y culturales que impiden su pleno desarrollo. Esta perspectiva permite reconocer a la persona con discapacidad, como un ser con derechos y múltiples capacidades, habilidades, potencialidades y necesidades de las cuales requiere apoyos para tener una mejor calidad de vida y así “potenciar el respeto por la dignidad humana, la igualdad y la libertad personal, propiciando la inclusión social, y sentándose sobre la base de determinados principios: vida independiente, no discriminación, accesibilidad universal, normalización del entorno y diálogo civil, entre otros.” (Picerni. 2023, p. 100).

En la actualidad, se identificó entre las voces y vivencias, que la discapacidad es una oportunidad de potenciar otros sentidos para desenvolverse en la vida cotidiana,

“A pesar de que cuando quede así, y en estos momentos, pues, tampoco lo tengo como un reto, porque al quedar así, son otros sentidos que vamos despertando, o sea, los que de pronto están dormidos. Se despiertan y nos va a dar más capacidad para continuar la vida”. (Comunicación personal 5. 24 mayo 2025)

También lo asumen como la pérdida o dificultad de un sentido, de una parte del cuerpo: “Para mí la discapacidad es la dificultad que pueda tener en uno de mis sentidos. Pero para mí es un reto tener una discapacidad” (Comunicación personal 6. 24 mayo 2025). Lo que ocasiona que la discapacidad se convierta en un reto para desenvolverse. Sin embargo, para otras personas, es una forma de reinventarse y aprender

Yo no lo tomo como perder. O sea, de pronto es como que por cierto motivo me puede faltar cierta parte de mi cuerpo, pero ahí es donde entran a funcionar otros, otros miembros, otros sentidos. Entonces pues yo tengo que adaptar nuevamente, como para volver a retomar un estilo de vida. Y ahí es donde yo entro a explorar como persona mis capacidades diferentes. Y mirar cómo yo misma, adapto esa situación, para llevar mi vida 100% normal. (Comunicación personal 7. 24 mayo 2025)

Estas percepciones que hay en relación a la discapacidad, permitieron cuestionar la realidad que vive cada persona, las barreras que hay en el entorno, lo que ocasiona dificultad para su desenvolvimiento y se convierte en un reto. La Comunicación personal 8 menciona que:

(...) la barrera no está en nosotros, la encontramos en el momento en que uno interactúa con el medio, porque pues sale a la calle, empezando por las infraestructuras, que de pronto uno quiera ingresar a una empresa laboral, seguro que la empresa todavía no está adaptadas y tienen esas barreras hacia nosotros, porque desconocen las capacidades que tenemos, las barreras yo las tomo más por algo externo hacia nosotros. (24 mayo 2025)

Por eso, cuando se habla de discapacidad, inevitablemente se relaciona con el mitigar barreras para una participación plena. Teniendo en cuenta que esto no es un favor o una concesión, sino un derecho que debería estar garantizado en todos los espacios de la vida.

Aunque en el papel se han logrado avances importantes desde lo legislativo, la realidad cotidiana de quienes viven con discapacidad visual sigue marcada por obstáculos que limitan su autonomía, su independencia y, sobre todo, su dignidad.

Quienes tienen baja visión o ceguera necesitan entornos pensados desde otras lógicas, donde el acceso físico, la información y los servicios estén diseñados para todos y todas, sin exclusión. Sin embargo, muchas veces sus caminos se ven truncados, no por la falta de capacidades, sino por la ausencia de condiciones. Propiciar entornos participativos sin barreras aún no es una práctica común, la conciencia social sigue siendo limitada y las adecuaciones equitativas con sentido colectivo, son más una excepción que una regla. Los espacios siguen hablándole solo a los ojos, ignorando que hay otras formas de percibir, de orientarse, de estar en el mundo. A eso se suma una de las barreras más profundas y persistentes: la actitudinal, esa que nace del desconocimiento, del prejuicio y de la falta de sensibilidad frente a la diferencia.

Sin embargo, más allá de las barreras físicas, actitudinales y sociales que aún persisten, las personas con discapacidad visual han sabido abrirse camino y desempeñar roles profundamente significativos dentro de la sociedad. Son parte viva de un tejido social que se fortalece a medida que se avanza, un entramado donde cada historia, cada talento y cada vocación suma. En este grupo diverso encontramos deportistas que se destacan en disciplinas como ajedrez, natación, fútbol cinco sonoro y goalball; también entrenadores y docentes que comparten su saber en áreas como música, filosofía, ciencias sociales y pedagogía infantil. Hay sociólogos, panaderos, artistas, artesanos, estudiantes de ingeniería de sistemas y realización audiovisual, comerciantes, emprendedores, comunicadores, y personas que con dedicación han asumido el cuidado del hogar como un acto de amor y resistencia. Cada uno,

desde su lugar, aporta una pieza única a esta red que se va tejiendo con compromiso, talento, respeto e integridad.

Durante el mismo recorrido, caminaron los familiares y cuidadoras, siendo esta una participación importante para la configuración de los espacios, son figuras fundamentales que sostienen, acompañan y abren caminos junto a quienes viven la discapacidad visual. Su presencia no es solo compañía, es también fuerza, compromiso y amor transformado en acción. Con sus saberes cotidianos, sus oficios y profesiones ya sean artistas, artesanos, comunicadores sociales, suman al proceso con una sensibilidad que trasciende lo técnico, son madres, abuelas, hermanos, hijos e hijas que también han aprendido a sortear barreras, a leer el entorno desde otras claves, a tejer redes de apoyo con paciencia y creatividad. Su aporte, aunque muchas veces silencioso, es vital: ayudan a que el camino sea más amable, apacible, más habitable y más humano.

Otro actor clave en el andar es el presidente de la Junta de Acción Comunal del Barrio La Pola, cuya voluntad firme y entusiasmo por aportar a la inclusión lo convirtieron en un aliado fundamental. Gracias a su compromiso, la mayor parte de convites encontraron lugar en el salón comunal de la JAC, un espacio que, más allá de sus paredes, se transformó en un territorio simbólico donde florecieron ideas, se entrelazaron voces y se trazaron caminos distintos. Allí, poco a poco, se fue y se va gestando lo que durante años ha parecido inalcanzable en Ibagué: una verdadera unión, un vínculo entre personas con discapacidad visual, una comunidad que no solo comparte vivencias, sino que construye colectivamente nuevos horizontes.

Así mismo y no menos importante, este andar tampoco sería posible sin el apoyo esencial de las familias de las investigadoras. Son quienes, desde sus cuidados y su generosidad cotidiana, hacen que muchas cosas sucedan sin necesidad de ser nombradas. Preparan

alimentos, ayudan en la logística, se encargan de los traslados, están presentes con una palabra de aliento justo cuando más se necesita. Su respaldo fue una fuerza discreta, pero constante, que sostiene desde lo invisible. Fueron, en muchos sentidos, la columna vertebral de este proceso: aquellas manos que no siempre se ven, pero que hacen posible que todo fluya con ternura, compromiso y calidez.

También fueron espera y escucha paciente, son aliento y certidumbre en la penumbra que a veces resulta de la zozobra de no saber si se está yendo por donde es, son la mano tibia que con calma brinda la caricia simbólica de la compañía incondicional, son cómplices perfectos para el ensamble de los pequeños triunfos en lo que es el proceso de seguir y la pregunta animada del *¿Cómo les fue?*, que obtiene siempre la respuesta de que todo va bien y cada vez se suma más gente.

Se suman entonces las ganas de estar, de ser, de pertenecer, de opinar y sugerir de manera frecuente, porque la convergencia permitió habitar en colectivo. Las buenas intenciones son regla general en el entramado de esta investigación que más que un ejercicio que valida un título se convirtió en un eje transformador para la vida de quienes participaron, atravesando emociones, sentimientos y estados de ánimo que son fulgor e impulso para continuar.

En este sentido, las investigadoras se han convertido en tejedoras de sueños, hilando con paciencia y compromiso las voces, vivencias y esperanzas de quienes han hecho parte de este proceso. Su mirada no se ha limitado a lo académico, sino que ha estado profundamente arraigada en lo sensible, en lo humano. Desde sus formaciones —una como educadora especial y otra como psicopedagoga— se ha logrado entrelazar saberes interdisciplinarios con la vida misma, construyendo una propuesta investigativa que nace de la experiencia

compartida y se nutre del diálogo constante entre la teoría y la práctica de las vivencias habitadas por las personas con discapacidad en el territorio de Ibagué.

Este camino ha sido posible gracias a la guía y la palabra oportuna del tutor de esta investigación, un profesor cuya vasta experiencia ha sido faro en medio de las dudas y empuje en los momentos de pausa. Su acompañamiento, sereno pero firme, ha permitido afinar la mirada crítica y profundizar en el sentido transformador de esta apuesta colectiva. En cada conversación, en cada retroalimentación, su presencia dejó huella, reafirmando que la investigación no es solo técnica, sino también vínculo, escucha y construcción conjunta.

En definitiva, esta investigación no se construyó en solitario ni desde la distancia. Se tejió colectivamente con las voces, manos y perspectivas de quienes han habitado los convites como espacios vivos de encuentro y transformación.

Tramas del territorio vivo

“El territorio no se reduce a espacio físico; es memoria y tejido comunitario en movimiento”

Silvia Rivera Cusicanqui



Ilustración 4 Cañón del río Combeima. Corregimiento juntas de Ibagué, Tolima.

Nota. Registro fotográfico del equipo investigador (2025)

Sobre la Cordillera Central de los Andes colombianos, donde el pueblo indígena Pijao vivió durante siglos respetando y ritualizando la naturaleza, donde se consagró desde su cosmovisión lo habitado y se configuraron creencias, formas de hacer y de resistir; el lugar en el que las memorias territoriales aún revelan las formas de nombrar, cuidar y sostener la vida. Donde las montañas imponentes, los bosques densos, los ríos profundos, además de los contrastantes paisajes tropicales y nevados, son muestra clara del poder de la Madre Tierra

para brindar maravillas al ser humano. Sin duda alguna, también fue el escenario de violentas y prolongadas guerras que surgieron como consecuencia de la usurpación de tierras, la imposición de sistemas de creencias, la explotación de recursos naturales y todo tipo de agresiones hacia quienes poblaban este territorio ancestral cuando llegaron los invasores españoles, tal como lo afirmó Dussel (1994) fue: “el comienzo de la domesticación, estructuración, colonización del ‘modo’ como aquellas gentes vivían y reproducían su vida humana”. (p. 47)

Este lugar, es donde actualmente se ubica la ciudad de Ibagué, capital de lo que constituye hoy el departamento del Tolima. Atravesada por el río Combeima, que fluye desde su origen de aguas glaciares nacidas en el Nevado del Tolima, cómodo por su cauce, hasta brindar suaves y constantes arrullos a sus habitantes. Ciudad de festivales musicales de larga trayectoria como el Festival Nacional de la Música Colombiana, además, las fiestas de San Pedro y San Juan; rincón del mundo en el que las danzas folclóricas como el Sanjuanero, el Bambuco y la Guabina que son herencia y mezcla cultural que perdura; donde la lechona se come sin arroz, porque así es la receta original; santuario de árboles de ocobo, inspiradores que llenan de magia sus calles y parques cuando florecen en variados colores, y cuna del dúo musical Garzón y Collazos, además de ser la portadora del nada pequeño título de *Capital Musical de América*.

Musa inspiradora de letras que buscan reflejar de alguna manera lo que significa el territorio para quienes lo habitan, como versa en la guabina *Ibagué Tierra Bendita* del maestro Leonardo Laverde Pulido:

Ibagué, Señora del atardecer

Cuando tu brisa corre por mi piel perfuman tus ocobos

Es tu Sol de primavera un remanso en mi carrera

Todo lo tengo en ti

Ibagué, mi sueño en cada amanecer

Cuando tu nombre digo, sin querer mi corazón se agita

Eres tú, canción y abrazo, todo es calma en tu regazo

¡Eres para mi Tierra bendita!

(Laverde, 2023, 4m33s)

Sumado a todo lo anterior, no sobra mencionar que Ibagué se encuentra a 1285 msnm, se encuentra constituida aproximadamente por 1439 km² entre corregimientos y área metropolitana, está dividida en 13 comunas y centra su economía en el comercio, el turismo, la agricultura y la manufactura de muchos productos, es también casa de la Fábrica de Moneda del Banco de la República, la principal productora de monedas del país.

Además, su territorio se organiza desde el decreto 0823 del 23 de diciembre de 2014, en el que se adopta el Plan de Ordenamiento Territorial de Ibagué, desde donde se brindan orientaciones relacionadas directamente con el bienestar de las personas que habitan este territorio, y aunque hasta este momento se han exaltado mayormente matices positivos de todo lo que es Ibagué, resulta necesario situar otras interacciones que se dan e involucran la garantía de derechos de quienes transitan por sus calles, recorren sus parques y plazas e intentan acceder de maneras dignas y autónomas a los servicios y derechos básicos.

Si bien este decreto menciona que: “El municipio garantizará el acceso universal de los ciudadanos a los servicios sociales (educación, salud, recreación, etc.), como una medida para la inclusión plena de todos los habitantes del territorio” (*Decreto 1000-823 de 2014*, art. 11, tít. 11.1, enun. 2), la realidad cotidiana de las personas con discapacidad visual que habitan y desarrollan sus actividades diarias en Ibagué, es que no se incluyen sus

características físicas y perceptivas en la planeación de los espacios ni se responde a sus necesidades particulares. Cuando se acercan a lugares tan esenciales como centros de salud, espacios de esparcimiento, la alcaldía, la plaza de mercado, secretarías o gobernación es compleja la movilidad y libre autonomía, ya que no se cuenta con los espacios señalizados y adecuados que respondan a sus necesidades, permitiendo su independencia.

Adicionalmente, en el apartado de políticas de largo plazo, este documento de ordenamiento territorial menciona la proyección de acciones encaminadas a la eliminación de todo tipo de barreras. Insistiendo en el necesario contraste que debe hacerse con la realidad tácita de quienes cultivan la vida desde la hostilidad, resulta trascendente mencionar que los espacios físicos hablan y comunican quiénes son bienvenidos y bienvenidas y quiénes no.

No es solo la movilización con autonomía sino el derecho que tienen de participar en la planeación de los espacios de las personas con discapacidad visual, la ejecución de obras, el diseño de servicios y toma de decisiones para una trayectoria que permita la vida digna, porque como lo menciona la consigna *“Nada de nosotros, sin nosotros”* ha sido históricamente un bastón de lucha del movimiento internacional de personas con discapacidad, especialmente desde la década de 1990, como una expresión política que reivindica la participación directa de las propias personas con discapacidad en la toma de decisiones, el diseño de políticas públicas y los procesos que afectan sus vidas, en oposición a modelos asistencialistas y representaciones impuestas por otros.

Aunque se han realizado esfuerzos para dar garantía de derechos a la población, lo cierto es que, gran parte de estos se han mostrado de manera asistencialista, instrumentalizando a la población, dando un refrigerio austero y haciéndoles posar para la foto y vanagloria del político de turno, prometiendo espacios para el desarrollo de actividades, recordando que existen solo en épocas electorales o para fingir que ayudan mientras siguen

perpetuando acciones discriminatorias que desdibujan lo que ha significado su camino de lucha y exigencia de derechos, arrinconándoles a lugares físicos y simbólicos donde las ganas de reclamar lo que les pertenece se han aquietado por interacciones pandas que casi han sido perpetradas para que no exijan lo que les pertenece; **su lugar en mundo**.

Pero no ha sido solo por parte de los políticos, los pocos espacios en Ibagué que cumplen con características que facilitan el desplazamiento, la participación y la autonomía de las personas con discapacidad visual, son ocupados muchas veces por otras personas que, sin priorizar sus características de desplazamiento y ubicación espacial, se convierten en obstáculos y ruletas rusas de un accidente, pues no saben si en el siguiente paso se encuentra una caída o algún riesgo impredecible. No se es consciente de la importancia de un camino despejado, que facilite el andar y que permita generar lecturas del mundo que correspondan a su realidad.

Los andenes son disparejos, las calles están llenas de huecos, los carros y las motos no respetan los espacios de rampla, las baldosas podotáctiles están mal puestas o llenas de obstáculos, la calle peatonal está llena de impedimentos para desplazamientos tranquilos. En festivales la situación resulta ser mucho más compleja; todo está lleno de gente, ruido estridente y los obstáculos multiplicados por mil.

Lo abrupto y escabroso está presente siempre, no solo desde las estructuras de cemento que hablan por las personas que las pensaron, también está en el acto prejuicioso que se manifiesta desde la falta de razón, está en el obstáculo más complejo de superar: la limitación de la resonancia afectiva que ignora lo evidente: que todas las personas deben poder movilizarse por los espacios sin encontrar ninguna barrera que lo impida, porque es su derecho y debe materializarse, ya que la mínima tarea que corresponde al ser humano es ser precisamente eso; ser humanos y humanas con quien está al lado, sin importar su

característica física o perceptiva, no importa si su bastón es blanco, blanco con franjas rojas, verde o si simplemente no lo usa, tiene los mismos derechos que cualquier otra persona.

Derechos como poder salir a la calle a hacer las diligencias cotidianas normales que hace cualquier persona, acceder a nuevas oportunidades de todo tipo, tener autonomía al desplazarse, no encontrarse bolsas de basura como adorno del poste de la luz, que la gente recoja los desechos de sus mascotas, que los andenes sean de una altura y superficie estándar como lo dice una norma técnica NTC 6047, la cual tiene como objeto "establecer los criterios y los requisitos generales de accesibilidad y señalización al medio físico requeridos en los espacios físicos de acceso al ciudadano." (ICONTEC, 2013, Pág 2). Que la comunicación responda a sus formas de percibir la información, que dispositivos y artefactos respondan a sus características, que escuchen y validen sus necesidades generando acciones concretas para que no encuentren barreras de ningún tipo... que puedan configurar el mundo a su acomodo "como espacio colectivo, compuesto por todo el lugar necesario e indispensable donde hombres y mujeres, jóvenes y adultos, crean y recrean sus vidas" (Escobar, 2014, p. 88) para poder acercarse a sus derechos, apropiando el territorio al poder habitarlo con tranquilidad y seguridad.

Tener el derecho de caminar cada calle, poder estar en ambientes más amenos que respondan con amabilidad cercana y respetuosa, que las personas puedan entender que no es solo cuando la discapacidad aparece de manera cercana que hay que actuar, que lo que hacemos desde cada lugar de enunciación importa cuando el territorio habla de esta manera y se muestra hostil para la otra o el otro, no podemos perder de vistas que somos cuerpos que resuenan en sintonías diversas pero componen melodías solemnes al unísono del acto colectivo de facilitarle el camino al prójimo.

El poder existir en el territorio donde se habita, donde se sale a trabajar todos los días, donde hay que ir a la plaza así sea una tarea compleja, caminar esa Ibagué que es hogar en movimiento donde toca salir a hacer lo cotidiano y enfrentar los desafíos sin reparo, donde toca rebuscar porque las personas ciegas no se rinden y tampoco esperan con la mano estirada unas cuantas monedas lastimeras, porque están dotados y dotadas de saberes que no serían tan fáciles de apropiarse para quien no vive la discapacidad. Hay potencia en todo lo que hacen, piensan y viven desde sus lugares de resistencia; resistencia a lo complejo del sendero, a esos ojos que sí ven pero que ignoran, a esas distancias físicas y simbólicas que ponen a prueba la humanidad.

Ibagué es entonces la parcela fértil donde el convite de corazones se afirmó en maneras de leer el contexto, leerlo sin ver, acuerpándolo desde cada realidad, viviéndolo desde esas maneras otras de percibir la información, haciéndolo, como lo señalaría el profesor Escobar (2014) un espacio “(...) material y simbólico al tiempo, biofísico y epistémico, pero más que todo es un proceso de apropiación socio-cultural” (p. 91). La recuperación constante de todo lo que significa y da otros significados al recorrer los espacios desde la discapacidad visual, delata la importancia de que sus formas particulares de relacionarse con el mundo sean mencionadas en voz alta porque importan y aportan: En este colectivo se expresa una trama vital de prácticas y sentidos compuestos por su estética, su lenguaje, su humor jocoso que a veces pareció cruel, la tecnología que usan, la construcción constante de identidad propia y la apropiación de lo que pisan, lo que hacen y lo que no, lo que sus mentes son capaces de imaginar. Todo este entramado compone el espacio de vida donde sus andares encuentran camino y donde, en conjunto, se multiplican los aportes que brindan sus vivencias al proceso investigativo, otorgando matices únicos a la construcción de conocimientos.



Ilustración 5 Participantes del proceso de investigación. Balcón posterior de House Music
 Nota. Registro fotográfico del equipo investigador (2025)

El territorio en consecuencia, es eso que Leidy preguntó el día del segundo convite, cuando pidió que la acompañaran al balcón posterior de Music House;

Profe, ¿Qué hay hacia el frente?

- *Es el paisaje amplio de una parte de Ibagué, lleno de casas pequeñas y una carretera ruidosa, se ven las montañas grandes y verdes.*

¿Y al otro lado? - Señala con el dedo hacia la izquierda

- *Hay un árbol frondoso al lado de una casa grande de ladrillo, la casa tiene dos pisos y una azotea descubierta.*

¿Y al otro? - Señala hacia la derecha

- *A este lado se ve el resto de la construcción del lugar en donde estamos, es un espacio muy grande, casi todo es de madera.*

Tan bonito, profe.

- *Así es, Leidy, Ibagué es muy bonita.* (L, Comunicación personal 8, 12 de julio 2025)

Como consecuencia de lo dialogado entre Leidy y la investigadora, el territorio se configuró como aquello que ella apropió, hizo suyo y reorganizó mentalmente a partir de la descripción ofrecida por otra persona. La pregunta por dónde estaba y qué había a su alrededor emergió como una necesidad legítima, en tanto esa información le pertenecía. De este modo, el territorio fue aquello que ella reconstruyó desde el lugar que habita en el mundo. En diálogo con la comprensión del territorio propuesta por Fals Borda (2024), entendida no como una entidad estática delimitada por fronteras físicas, sino como una construcción social y simbólica, el espacio dejó de ser únicamente físico y palpable para transformarse, de manera temporal, en una elaboración mental realizada por Leidy. Este territorio se constituyó entonces como un lugar para repasar memorias, recoger ideas y producir otras lecturas espaciales de Ibagué, más cercanas, que dialogaran con ella y la reconocieran como parte del territorio y no como una simple espectadora.

Convites y pasos colectivos de vivencias compartidas

“Es que nadie camina sin aprender a caminar, sin aprender a hacer el camino caminando, sin aprender a rehacer, a retocar el sueño por el cual nos pusimos a caminar.”

Paulo Freire, Pedagogía de la esperanza

En los pasos que se fueron dando, los convites se convirtieron en el alma de esta investigación, no solo como una técnica metodológica, sino como espacios de encuentro, construcción y transformación. En cada uno de ellos fue posible ir conociendo a quienes participaron, no solo por lo que decían, sino por lo que traían consigo: sus formas de ser, sus risas que abrían camino, sus voces cargadas de experiencia, sus talentos que se compartían con generosidad, y sus ganas profundas de avanzar, de seguir caminando a pesar de las barreras.

Y es que fueron estos encuentros los encargados de potenciar diálogos cambiantes, sinceros y curiosos, convirtiéndose en los escenarios perfectos que engalanaron cada opinión, cada propuesta y cada chiste suelto, siendo el motivo de espera paciente hasta la próxima vez, porque en ellos se encontró un lugar para ser, encontrarse en el otro y pensar nuevos rumbos para materializar intereses comunes, fueron el escenario de conversas sobre la vida, los amores y las maneras de organizarse para visibilizar su realidad. Se pudo afirmar entonces que “el convite es parte del relacionamiento social que, ineludiblemente, el ser humano conlleva con sus semejantes cuando las condiciones materiales en que se desarrolla la vida así lo ameritan” (Velásques, Montoya, Rivera, 2019). Sin duda alguna, fue la discapacidad visual y lo que implica vivir con ella lo que permitió situar intenciones, concepciones y coincidencias que alimentaron el repertorio investigativo.

En esta interacción viva y continua, surgieron interrogantes fundamentales que orientaron la construcción colectiva del conocimiento: *¿Qué saberes, sentidos, vivencias y formas de vincularse, se reconocen y/o emergen de las voces de las personas con discapacidad visual?*

¿Cómo estas voces pueden contribuir a la transformación de territorios más justos e inclusivos?

Estas preguntas no fueron impuestas desde una mirada externa, sino que nacieron del propio proceso, del diálogo constante con las y los participantes, y de una escucha activa que permitió entender la riqueza de sus trayectorias de vida.

Puntadas previas al compartir (planeación de los convites)

La planeación de los convites no partió de un esquema rígido ni de una programación cerrada, sino de una lectura atenta del territorio y de las realidades que atraviesan la vida cotidiana de las personas con discapacidad visual. Antes de la convocatoria, se realizó un acercamiento al contexto social y territorial, nutrido por la experiencia profesional y personal de las investigadoras en este campo, así como por la identificación de dificultades recurrentes que emergen en el día a día de esta población. Este ejercicio permitió delinear una ruta inicial de trabajo, concebida más como un horizonte orientador que como un plan definitivo, en coherencia con la Investigación Acción Participativa entendida como un proceso situado y en permanente construcción (Fals Borda, 1987).

A partir de allí, los convites se fueron tejiendo en el encuentro con las personas participantes. Los temas no fueron impuestos de antemano ni definidos exclusivamente desde la mirada investigativa, sino que emergieron del diálogo, de las preguntas compartidas y de las experiencias narradas en cada espacio. Las inquietudes, intereses y necesidades expresadas

durante los encuentros orientaron tanto la conformación de los grupos como las temáticas abordadas, haciendo de cada convite un espacio vivo de construcción colectiva.

De este modo, la ruta metodológica se transformó y ajustó progresivamente a partir de lo que se decía, se sentía y se discutía en los convites. Esta forma de proceder permitió que los temas trabajados respondieran a una construcción compartida entre investigadoras y participantes, reconociendo a las personas involucradas no como receptoras pasivas de contenidos previamente definidos, sino como sujetas activas en la orientación del proceso investigativo.

Los convites como práctica situada permitieron sembrar una transformación que comenzó en el reconocimiento de sí, en ver las propias capacidades, habilidades y potencialidades, y que, poco a poco, se extendió hacia el reconocimiento del otro y la otra, hacia esa otredad que también construyó comunidad. En esa trama colectiva, se fueron tejiendo diálogos valiosos, no solo para la investigación, sino para imaginar y construir otros mundos posibles. A continuación, se presentará lo que sucedió en cada uno de estos espacios, como memoria viva de este proceso compartido.

Primer convite. Hoy vemos, mañana no sabemos

Este camino comenzó con tres estudiantes de la maestría en desarrollo educativo y social; dos mujeres y un hombre unidos por un interés común; el poder investigar a la par con personas con discapacidad visual, conocer y reconocer sus formas de vivir y habitar el territorio desde sus características, rescatando prácticas alrededor del encuentro de la palabra y el compartir del alimento que se da en los convites.

Para darle rumbo a esos anhelos, juntaron intenciones que condujeron a ubicar a varias personas en Ibagué, las cuales correspondieron con sus intereses y estuvieron de acuerdo en

reunirse ese fin de semana para dialogar sobre ese algo que llevaría a algún lugar. Hacerlo posible fue fundamental y por eso las investigadoras cumplieron roles de quienes viajan y quien espera su llegada.

Una de las investigadoras es residente de Ibagué, las otras dos personas emprendieron rumbo desde la ciudad Bogotá en un viaje que más que el desplazamiento en carretera implicaría el dialogar sobre lo esperado, las formas para dirigirse a las personas y lo que podrían proponer, llevando no solo maletas, sino también esfuerzos y un sinfín de emociones que llenaban el trayecto de miedos, entusiasmo y sobre todo preguntas.

El primer convite despertó de manera previa una mezcla de emociones profundas. Fue la emoción de lo nuevo, del encuentro con personas desconocidas, de la incertidumbre frente a lo que podría pasar; ¿asistirían? ¿Cómo sería la acogida? ¿Lograríamos propiciar un espacio de confianza? ¿Se lograría la anhelada transformación? ¿Resonarían las ideas?...

Mientras tanto en Ibagué, la investigadora madrugó con energía y cariño a buscar mangos frescos en la plaza de mercado, con la intención de preparar un jugo natural que recibiera con afecto y frescura a quienes llegaran al convite, pidiendo prestado el termo del lugar de trabajo de la tía porque se tenía en que llevarlo y la vida conspiró para que se pudiera usar por unas horas con la condición clara de devolverlo apenas no se necesitara. Cerca de las 11 de la mañana, quienes viajaban se reunieron en casa de la investigadora ibaguereña para ultimar detalles y compartir el almuerzo mientras se esperaba la razón del profe para conectarse a la clase de línea y hablar un poco sobre lo que íbamos a hacer ese día, poco a poco, la hora del encuentro fue acercándose y las emociones fueron más intensas.

Antes de dirigirse al salón comunal del barrio La Pola, pasaron por la plaza de la 28 para hacer una pequeña cata de bizcochos; eligieron algunos con la idea de ofrecer algo cálido, algo que dijera “bienvenidos y bienvenidas”. Finalmente, al llegar al barrio, nos

recibió el presidente de la Junta de Acción Comunal, quien, con una actitud abierta y generosa, expresó su disposición de colaborar y apoyar desde donde pudiera. Así, con nervios y entusiasmo entrelazados, comenzó esta historia tejida desde el encuentro.

Cuando ingresamos al salón comunal se empezó a pensar en la manera de organizar el espacio: cuántas sillas serían necesarias y si alcanzarían, la manera correcta de ubicarlas para que todas las personas se sintieran cómodas y pudieran ser escuchadas, hacer del espacio el lugar más apacible dentro de las posibilidades.

La convocatoria a los encuentros de los convites, se realizó de manera abierta y flexible, en coherencia con los principios de la Investigación Acción Participativa. Para ello, se utilizaron principalmente estrategias de comunicación informal y comunitaria, como la difusión de invitaciones a través de redes sociales (WhatsApp) y el voz a voz entre personas que se iban enterando del proceso. Esta forma de convocatoria no se limitó a fechas o listados cerrados de asistencia, sino que se mantuvo activa a lo largo del desarrollo de los encuentros, permitiendo que cada persona con discapacidad visual interesada pudiera vincularse de manera voluntaria, según su disponibilidad, intereses y motivaciones.

Se había dado la oportunidad de confirmar la asistencia con antelación, para poder tener en cuenta a cada persona en la logística de llegada, ya que, no sería fácil encontrar la dirección por primera vez. Aun así, entre mensajes, llamadas y coordenadas compartidas, fueron llegando poco a poco las personas a eso de las 2 de la tarde. Algunas reconocieron voces familiares en el ambiente, mientras que otras eran nuevas, desconocidas y cargadas de curiosidad y expectativa. El salón comunal se fue llenando de personas; unas llegaron de forma autónoma, otras acompañadas de sus familiares o cuidadoras.

A algunas personas se tuvo que salir a buscarles, pues se sentían desubicadas entre calles que no les eran familiares, pero no tenían miedo en descubrir. Sin lugar a la falta de

certeza y más allá de las pequeñas dificultades, lo que más se sentía era gratitud. Gratitud por el esfuerzo que cada uno y una estaba haciendo: por asumir el reto, por superar barreras, incluso aquellas invisibles como las económicas o emocionales, porque cada alma traía una historia detrás que buscaba ser contada y también las ganas de escuchar la travesía de la otra persona. El deseo de estar allí, de encontrarse, de saber qué era eso del convite y cómo se empezaría a tejer colectivamente, fue la fuerza que movilizó a todos y todas a llegar.

Y con cada llegada, se sentía que algo importante estaba comenzando a nacer. Ese día, llegaron alrededor de 40 personas, y por un momento se pensó que el espacio no alcanzaría para tanto entusiasmo y ganas de participar. La sala se fue llenando de voces, risas y saludos tímidos. Todas las personas querían hablar, escucharse y ser escuchadas. Era evidente que en Ibagué había pocos escenarios donde compartir desde lo humano, desde lo cotidiano, y ese día se convirtió en una oportunidad poco común.

Al comenzar, agradecemos por su masiva participación y la importancia de que estuvieran ese día ahí, hicimos una breve presentación sobre quiénes éramos y qué nos había llevado a intencionar y llevar a cabo este proceso precisamente en este territorio, además, pedimos el consentimiento para poder registrar fragmentos de sus voces por medio de grabaciones, fotografías o videos que serían insumo relevante para la investigación, así mismo como hacer uso de sus nombres. Cabe mencionar que, las palabras no llegaron llenas de tecnicismos que fueran difíciles de descifrar y alejaran el discurso de quienes amablemente nos abrían las puertas de sus corazones, sino desde lo que estaba atravesando el cuerpo en ese momento: se compartió lo que conmovía, lo que impulsaba, y eso generó una conexión inmediata. Se respiró empatía, entre los presentes surgió un ánimo genuino por participar.

Sin embargo, también se hizo evidente una inquietud colectiva: el temor de que las personas volvieran a ser usadas, instrumentalizadas, fotografiadas para agendas ajenas, como

tantas veces había ocurrido bajo promesas politiqueras que nunca se cumplieron. Fue entonces cuando se aclaró con honestidad el propósito real de la investigación. No se venía a imponer, ni a mirar desde afuera y con ojo juzgón.

Este proceso, se construiría con y desde sus trayectos de vida, partiendo de sus voces, de sus ideas tejidas desde el corazón y la razón que serían madeja infinita para iniciar con las puntadas que llevarían a sospechas y descubrimientos. Se trataba de caminar estrechando pasos, reconociendo las fortalezas y también las necesidades para convertirlas en acciones transformadoras concretas. En ese momento, algo cambió: ya no era solo un encuentro, era el inicio de una construcción colectiva con sentido y con raíz.



Ilustración 6 Primer convite, participantes del proceso investigativo

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. 2025

Después de escuchar de manera espontánea, se organizaron tres grupos de conversación en los que se compartieron saberes propios de la población desde sus concepciones de vida.

Las sillas se dispusieron en círculos o algo parecido, invitando a la cercanía y al diálogo abierto. Cada investigadora tomó la responsabilidad de acompañar uno de los grupos, abordando temas centrales: una de ellas exploró qué es la discapacidad visual y cómo se vive en el día a día; otra, reflexionó sobre las formas de acercarse al territorio y lo que este comunicaba; y el tercero se centró en el derecho a la ciudad, todos con preguntas orientadoras que despertaron reflexiones profundas.

Cabe mencionar que, en el primer convite se desarrolló siguiendo una secuencia flexible, pero reconocible. En un primer momento, se realizó la presentación de las personas asistentes y del sentido del encuentro, lo que permitió situar a quienes llegaban por primera vez y propiciar un ambiente de confianza. Posteriormente, se dio paso a los círculos de la palabra, que se llevaron a cabo dentro de los convites como espacios centrales de diálogo colectivo.

Estos círculos se extendieron por más de cuarenta minutos, dado el número de personas participantes y la riqueza de las experiencias compartidas, así como las disposiciones tanto para hablar como para escuchar. La duración no respondió a una planificación rígida, sino a la necesidad de respetar los tiempos de la palabra y del intercambio, en coherencia con el carácter participativo del proceso.

¿Para ustedes qué es un convite? ¿Qué es la discapacidad visual para ustedes? ¿Qué les comunica el territorio?

De estos encuentros de palabra nació un torrente de voces sinceras y cargadas de verdad. Se compartieron circunstancias marcadas por la injusticia, la falta de oportunidades, por esas barreras invisibles pero presentes que a menudo duelen más que las físicas y se materializan en la falta de empatía, conciencia y respeto por sus formas de vida. Las emociones se hicieron palpables: impotencia, frustración, sinsabores comunes que cuestionaron muchas realidades dadas por hecho, pero también invadió una fuerza renovada y un anhelo genuino de transformación. Cada palabra reafirmaba la urgencia de seguir tejiendo desde la colectividad, de transformar ese dolor compartido en acciones concretas, de no dejarse usar por otros intereses que no buscaban lo común.

Cuando los diálogos ya fluían, una de las investigadoras compartió cacahuates traídos desde Bogotá, un fruto seco perfecto para ir comiendo mientras se escuchaban. Para muchas de las personas participantes, era la primera vez que se acercaban a probarlos, la sorpresa y el asombro se reflejaron en sus rostros y ese pequeño gesto abría una puerta hacia la curiosidad por descubrir nuevos sabores y texturas, despertando una emoción sencilla pero poderosa que permitió vivencias desde otros lugares de la percepción.

Luego de ese instante de disfrute, llegó el momento de las presentaciones, bienvenidas y reencuentros. Una a una, cada persona tuvo tiempo de mencionar su nombre cordialmente, este acto significó mucho más que una formalidad. Querían saber quién estaba al otro lado, si también vivía con discapacidad visual y, en ese caso, cómo había llegado a esa condición. No se trataba de curiosidad vacía, sino de empatía profunda, de buscar el reflejo en la experiencia del otro y la otra, de reconocerse en historias que, aunque únicas, compartían un trasfondo común. En ese intercambio sincero empezaron a emerger conexiones: relatos similares, obstáculos compartidos, sentires que se entretajan en una misma andanza. Sin haberlo planeado, comenzaron a formarse los primeros lazos de confianza.

Mientras el diálogo fluía, las investigadoras contaron a las personas para calcular las porciones del jugo preparado esa mañana, las emociones atravesaron el espacio, se escucharon risas, voces cruzadas, también se sintió la preocupación por don Vicente, quien llegó mareado al salón comunal y vomitó varias veces. Cuando le preguntamos qué había pasado nos contó que se pasó de glotón, comió más de la cuenta y al caminar para llegar el calor del mediodía lo mareó y le dio la pálida, pero que ya se sentía mejor. Se brindó agua fría para calmar el bochorno y se acomodó al fondo junto al ventilador mientras se sentía más tranquilo.



Ilustración 7 Mercado de la plaza de la 21. Cata de los diferentes bizcochos que realizan y venden en los municipios del Tolima

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. 2025

Al abrir el termo fugitivo y empezar a servir concienzudamente los jugos en porciones medianamente iguales, alguien rompió la telaraña de voces casi gritando: “¡Huele a mango!”, “¡Es jugo de mango, qué rico!”, respondieron otros, se despertaron así los sentidos y se creó

un ambiente cálido y distendido. Fue un momento para charlar de manera más fraternal, mientras las investigadoras servían el jugo con cuidado, procurando que alcanzara para todas las personas, pues llegaron más de las esperadas. También se compartieron bizcochos, algunos elaborados en pueblos del Tolima, eso permitió resaltar la riqueza y tradición gastronómica de los amasijos propios del territorio.

En este instante de encuentro, entre palabras y sabores, se vio la fortaleza del tejido que empezaba a anudarse, no hubo lugar a duda de que el respeto por la palabra de la otra persona y la juntanza que retoñaron en torno al convite iban a ser el soporte de acuerdos comunes para trochar otras posibilidades.

Los tres círculos de la palabra se extendieron por más de 40 minutos porque había mucho por decir y ganas de escuchar, las voces fluyeron con fuerza, con verdad y necesidad de encontrar eco, siendo espiral que gira, retorna a sus centro para a extenderse con fuerza y coherencia, dando lugar a reflexiones, nuevos saberes y formas de leer a la persona del lado.

Durante estos momentos fue evidente que todas las personas tenían algo importante que aportar, algo importante que contar sobre experiencias propias y ajenas alrededor de lo que significa vivir la discapacidad visual en entornos discapacitantes como los que se presentan en el territorio, compartieron conocimientos previos respecto a sus derechos y las variadas maneras en las que no eran tenidos en cuenta por casi nadie, poniéndoles en situaciones incómodas, violentas y sumamente revictimizantes.

Las cuidadoras y acompañantes de algunas personas con discapacidad visual encontraron un lugar común para mencionar sus experiencias, lo que mencionaron fue brújula para quienes escuchaban, pues se encontraban en las palabras de personas que de una u otra manera viven lo mismo y pasan por situaciones iguales.

Rosa, cuidadora de Rider mencionó de la manera más tranquila, certera y contundente las palabras que solo sus vivencias podrían reflejar: *“Hoy vemos, mañana no sabemos”* (comunicación personal 9, 24 mayo 2025), pues su esposo tiene discapacidad visual hace alrededor de un año y han tenido que aprender a desarrollar sus actividades alrededor de eso, entendiendo las transformaciones de la manera más serena posible, acompañando dulcemente lo que a veces puede sentirse como un laberinto con salidas difusas, pero que pueden ser más claras cuando se está en presencia del amor.

Al terminar, se realizó un cierre colectivo donde las personas expresaron sus sentires, emociones y reflexiones frente a lo vivido en el encuentro. Se compartió que pronto se haría saber la fecha del siguiente convite, con la certeza de que era apenas el inicio de un camino que se quería seguir recorriendo de manera estrecha.

Las investigadoras se quedaron hasta el final, esperando a que se retiraran. Algunas personas fueron recogidas por familiares, otras tomaron transporte público. Fue claro que el cuidado se manifestó desde muchas aristas; endulzar las palabras para que no lastimaran, respetar la participación de la otra persona y agradecerle con un aplauso, sentir compasión por la situación de la otra persona, reconocerse en otro ser y en un pedazo de su historia, Rosa organizando las sillas para dejar el espacio como se había encontrado y mostrando la generosidad de sus actos, la descarga de serotonina que fue curita para el alma por cada broma y chiste alrededor de la discapacidad, cada abrazo genuino de despedida y ese alivio hermanado con el anhelo de la próxima vez.

En ese momento, las investigadoras cruzaron miradas que lo decían todo: la emoción fue inmensa, una alegría profunda envuelta en un fuerte sentido de responsabilidad ética frente al rol que estábamos asumiendo. Aún en el cierre, el espíritu colectivo se mantuvo: quienes aún no se iban, habían llevado manillas, dulces o alimentos para vender,

aprovecharon el espacio para ofrecerlos. Fue un éxito, no solo por las ventas, sino por la solidaridad que se tejía. Se supo que lo hacían para poder costear el pasaje de vuelta a casa y quizá el de volver al próximo encuentro. Y esa red de apoyo mutuo tan poderosamente orgánica lo decía todo.



Ilustración 8 . Participantes en el primer convite, diálogos entre personas con discapacidad visual (PcD) y cuidadoras frente a lo que el territorio les comunica.

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

Mientras se terminaba de recoger las cosas y organizar las últimas sillas, llegó una señora que con generosidad se dispuso a limpiar el salón comunal. Nos contó que lo hacía como parte de un acuerdo, ya que, les prestaban el salón para realizar clases de yoga. Ese gesto nos conmovió. Se conversó un rato con ella contándole un poco de lo acababa de pasar.

Más tarde, ya con el salón vacío y limpio, se llamó al presidente de la JAC para hacer entrega del espacio que se había prestado, él se acercó rápidamente hasta allá dando la oportunidad de agradecer. Luego, las investigadoras se dirigieron a un café cercano mientras la anfitriona dio un recorrido por las calles cercanas contando sus nombres, se hizo una parada en la plaza central para tomar fotos con las amplias sonrisas que dejó el día y su ocaso, al

llegar se mojó la palabra con un par de bebidas fermentadas, se hizo una pausa para reflexionar y permitir sentir cada una de las emociones que suscitó el encuentro, para intentar digerir lo filosas de las experiencias se había tenido la oportunidad de escuchar, vivencias cargadas de palabras que fueron motor y aliento para seguir engranado ideas para continuar. Se habló de las propuestas que habían surgido, del compromiso que cada una sentía vibrando en el pecho y de lo que se debía seguir haciendo para corresponder a las intenciones de quienes participaron en el convite.

Uno de los investigadores se despidió ese mismo día para regresar a Bogotá, ya que, debía cumplir unos compromisos; otra de las investigadoras que había madrugado ese día para llegar a Ibagué decidió quedarse un poco más, conocer el territorio que pisaba por primera vez y dejarse tocar por la historia de estas tierras, ya que, esas tierras cálidas con olor húmedo empezaban a habitar también su corazón. Al día siguiente todo empezó muy temprano, fueron a remojarse al cañón del Río Combeima para disfrutar de los primeros rayos



Ilustración 9 . Desayuno compartido por las investigadoras. Migao, plato tradicional y con fuerte arraigo campesino.

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

del sol, dejando que el agua fría que bajaba fluyendo fuerte despertara y atravesara el cuerpo, luego fueron a buscar en alguno de los restaurantes vistos por el camino un desayuno reconfortante que despidiera a la investigadora con la barriga llena para su retorno a Bogotá.

Volvieron a Ibagué para alistar maleta, despedirse y agradecer por la generosidad de cada acto y palabra, se dio el *hasta la próxima* entre las investigadoras, reafirmando nuevamente el compromiso con lo que se estaba dando y quedando con el pendiente de generar un encuentro entre ellas para dialogar sobre los horizontes y proyecciones para el siguiente momento con las personas que habían participado en eso que fue el inicio de muchas cosas. Y así fue como se llevó a cabo el primer convite, los primeros pasos de este andar.

Segundo convite. Nos falta vista, pero nos sobra risa

Después de los primeros pasos, quedó sembrada una semilla de entusiasmo. Las personas participantes, animadas por lo vivido, comenzaron a buscar información, a proponer ideas, a compartir alternativas para continuar. Algunas fueron enviadas por mensajes de texto o audios a través del chat de WhatsApp, otras fueron comentadas durante encuentros casuales con la investigadora residente en Ibagué. Se empezó a evidenciar que el proceso no solo les había tocado emocionalmente, sino que, ya lo sentían suyo, lo asumían con compromiso como algo colectivo que debía continuar, algo que no podía pararse porque había empezado con fuerza y ganas, las preguntas de cuándo y dónde iba a ser el próximo encuentro visitaban constantemente a las investigadoras, la gente necesitaba volver a encontrarse y debía pasar de nuevo.

Mientras eso sucedía entre participantes, al interior del equipo investigador emergió una situación inesperada. Uno de los investigadores decidió tomar otro camino y desvincularse del proceso. No hubo una explicación clara de sus distancias, solo el silencio

que fue dejando preguntas sin respuesta. Pasaron semanas buscando su palabra, intentando comprender su decisión, tiempo en el que la tristeza, la confusión y la incertidumbre calaron hondo en las investigadoras. Sin embargo, la responsabilidad ética con la comunidad siguió siendo una brújula que guio, indicando que se debía seguir andando con pasos seguros. Así que, con esa convicción, la misma del principio, se decidió seguir caminando y convocar al segundo convite, aunque con miedo, pues las personas podrían no llegar como consecuencia de la espera.

La organización de este nuevo encuentro implicó algunos ajustes. El salón de la Junta de Acción Comunal del barrio La Pola, en el que se dio el primer convite, no estaba disponible para la fecha en la que se tuvo la posibilidad de un nuevo encuentro. Fue entonces cuando, en un gesto de compromiso y generosidad, uno de las participantes propuso un nuevo lugar: *House Music*, un estudio musical donde se realizan ensayos y grabaciones. El sitio, aunque algo oscuro y con una estética bastante particular, ofreció lo más importante: un lugar cómodo donde encontrarnos.

Así fue como el segundo convite tomó forma, con una nueva energía, pero también con la presión latente de cómo abordar la ausencia del investigador que había decidido no continuar.

Entonces, una de las investigadoras viajó desde Bogotá ese viernes por la tarde con la intención de llegar con antelación a Ibagué, poder descansar antes del segundo convite y organizar todo con tiempo. El viaje fue ameno y la llegada tranquila, fue recibida por la comida llena de amor que preparó la mamá de la investigadora Ibaguereña. Al día siguiente muy temprano en la mañana, después de un desayuno cargado de amor se dirigieron juntas a una tienda para conseguir lo que se iba a compartir en el convite.

El padre de la investigadora ibaguereña, haciendo honor a su amabilidad caldense, estuvo muy presto con la intención de ayudar y aportar. En su taxi llevó a las investigadoras a los lugares necesarios para comprar los ingredientes y preparar una limonada con panela, además, ayudó a llevar algunos pasabocas para compartir durante el convite.

La logística fue similar a la del primer convite: estar pendientes de cada llegada, orientar en las rutas, compartir indicaciones claras, sabiendo que el nuevo lugar podía generar confusión para quienes no conocían la zona. Algunas personas llegaron caminando, otras en taxi, en mototaxi o en bus, ya fuera de forma independiente o acompañadas por sus familiares o cuidadoras. Sin embargo, algo distinto y profundamente valioso se hizo visible esta vez: varias personas se organizaron previamente para llegar juntas. Se citaron en un punto de referencia, caminaron acompañadas hasta el lugar del encuentro y, con ello, fortalecieron los lazos que habían comenzado a tejerse en el primer convite. Este pequeño gesto habló de una red que comenzó a consolidarse, no solo desde lo emocional, sino también desde el cuidado mutuo.

Días antes, varias personas expresaron su deseo de llevar algún alimento para compartir con quienes asistieron, esta intención se volvió realidad; el panadero del grupo preparó unos mojicones con bocadillo que llegaron aún tibios y perfectamente empacados de manera individual, dejando ver lo pensado de este acto, otras personas llevaron galletas, dulces y pequeños bocados para quienes asistieron. La mesa se fue llenando de sabores, pero también de gestos de cuidado colectivo. Esta iniciativa espontánea, nacida del deseo genuino de aportar, fue profundamente valiosa. No sólo alimentó el cuerpo, sino también el espíritu de comunidad que poco a poco siguió creciendo con la idea clara de que con hambre no se iba a salir del espacio.

Las investigadoras armaron el corazón para seguir, esto había que hablarlo con las personas, se debía mencionar que ahora iba a haber una persona menos en el equipo investigador, pero que las ganas continuaban intactas. Mientras todo parecía encajar como si nada hubiera pasado, la conversación inevitable continuó asomándose: *¿cómo nombrar la ausencia de quien había sido nuestro compañero?, ¿cómo compartirla sin romper la confianza?, ¿cómo sostener el proceso sin que el tejido se resintiera?* Se debía enfrentar la situación sin reparo y contarles; sin poner ningún matiz, sin insinuar absolutamente ninguno de los sentimientos para no permear a las personas y al espacio que estaba configurándose nuevamente.

Ese día, nuevas voces se sumaron al convite. La invitación abierta y el “voz a voz” que empezó a circular en la comunidad hicieron eco, y así llegaron personas que no habían participado antes, pero que sentían el deseo de hacer parte de esta experiencia colectiva. En total, asistieron 34 personas: algunas nuevas, otras que ya habían estado en el primer encuentro, y también quienes, por motivos personales, no pudieron asistir y enviaron su excusa con afecto y compromiso.

Al llegar, se encontraron con una escalera que bajaba hacia una especie de sótano, por lo que, varias personas contaron los escalones para ir conociendo el espacio, además, había que atravesar el lugar hasta llegar al fondo donde estaban dispuestas las sillas, que igual que en el primer convite, casi hacen falta por el gran número de personas que llegó.

Cerca de las 2:30 de la tarde, luego de que se logró acomodar el espacio, inició el segundo convite. Llegó entonces el momento delicado de abordar, con sinceridad y tacto el tema de la ausencia definitiva del investigador. Fue una conversación necesaria, sentida y tranquila en la que se informó que las personas a veces toman decisiones que las llevan a alejarse y fue necesario hacer un alto sincero para informarles. Algunas personas lo asumieron

con tristeza, incluso como un acto de traición, otras expresaron su confusión ante la falta de respuestas claras, otras hasta hicieron chistes frente al hecho de que los hombres son los que abandonan y es complejo creerles, pero Daniela mencionó que no todos los hombres abandonan y sólo había que entenderlo para andar sin más pausas, incluso se dio el comentario con tono de pregunta de si se había ido porque son personas con discapacidad, definitivamente se desconocen las razones por las que su trayecto se alejó, pero ya había sostén en el grupo y se pudo continuar hilando.

A pesar de todo, lo que emergió de ese momento fue una reflexión poderosa: el camino debía seguir con quienes realmente quisieran andar, con personas que estuvieran dispuestas a seguir tejiendo desde el compromiso y la presencia. Esa certeza, lejos de debilitar, fortaleció al colectivo, porque lo que se estaba construyendo no dependía de una sola persona, sino de la voluntad compartida de avanzar en juntanza.



Ilustración 10 Círculo de la palabra en el segundo convite con los participantes del proceso investigativo

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

Al estar en *Music House*, se sintió de nuevo la potencia del encuentro —y también la del reencuentro— con quienes habían estado en el primer convite. Esta vez, un nuevo espacio que generó curiosidad y sorpresa. Fue un lugar distinto, que además, cuenta con un mirador desde donde se pudo percibir parte de Ibagué rodeada de una franja verde llena de naturaleza. Algunas personas, muy emocionadas aprovecharon para tomarse fotografías, allí mientras otras preguntaron con entusiasmo qué instrumentos se tocaban en ese lugar, qué tipo de música se grababa, quiénes ensayaban... Las preguntas surgían una tras otra, mientras el lugar se llenaba de voces, pasos y energía viva.

Continuando con el convite y después de esa conversación, el primer gesto fue mirar atrás: se retomaron los temas claves del convite anterior y lo que se había construido desde entonces, conscientes de que una de las principales dificultades es hablar mucho y ejecutar poco.

Seguía en el aire el comentario constante de que era fundamental juntarse, desde el respeto por la opinión diferente y desde el deseo de construir para todas las personas que estuvieron ahí, se supo que era necesario dejar de dar vueltas para organizarse en lo concreto para avanzar.

Para romper esa inercia, se planteó una pregunta orientadora que abrió el espacio al diálogo colectivo:

“¿Qué acciones podemos realizar para generar esa juntanza que mencionan?”

Esa pregunta tuvo un efecto catalizador. Desplegó ideas varias, pero también suscitó una necesidad inesperada: alguien recordó que era vital volver a presentarse para comenzar de nuevo sin olvidar lo ya caminado. Muchas personas no se conocían, ni tenían claridad sobre los talentos, habilidades o profesiones de las demás, información que podría ser clave para

tejer colaboraciones fuertes. De modo que, una parte del encuentro se transformó en un ejercicio de reconocimiento, presentación mutua y mapeo de saberes. Algunas personas quedaron sorprendidas al descubrir que sus pares tienen habilidades nuevas, otras muy organizadas y atentas comenzaron a anotar lo escuchado para tenerlo presente en futuras propuestas.

Con ese ejercicio como base, se dio pie a la discusión colectiva sobre cómo unirse de verdad y qué hacía falta para hacerlo. Unas de las personas que asistían por primera vez al espacio, propusieron dialogar sobre un tema que llevó a una tensión real: sostenía la lucha por la restitución de un espacio físico que fue donado hace tiempo para favorecer a la población con discapacidad visual de Ibagué, pero que, por cosas del destino quedó en las manos equivocadas, esa demanda fue absolutamente validada por otra parte del grupo, quienes aseguraron que la restitución del espacio estaba cerca y solo faltaba un poco más de presión, que podría lograrse si se juntaban para manifestarse, sin embargo, otra parte del grupo argumentó que no era ese el fin que querían lograr, no querían un espacio físico, deseaban tomarse los espacios y esa demanda como foco generó posturas encontradas, cada punto fue escuchado sin intervenir para que el nudo fuera aflojando solo. Afortunadamente, gracias al intercambio respetuoso de perspectivas, se llegó a una conclusión compartida: fue necesario pasar de las palabras a esas acciones distintas para llegar a un resultado diferente, entre esas acciones, la clave fue la *colectividad misma*, crear una urgencia compartida que convocara la atención de agentes gubernamentales. Solo así, juntas y con estructura orgánica, las ideas pueden transformarse en fuerza de cambio.

Con el objetivo de centrar las energías y encaminar nuevamente los diálogos, se realizó un ejercicio de calma por medio de la respiración, el cual permitió apaciguar las aguas

que se habían rebotado con la conversación anterior, fue nuevamente necesario volver a las preguntas para ubicar intenciones y volver al rumbo de lo que deseaban lograr.

Se continuó dialogando frente a lo que cada persona estaba dispuesta a aportar desde lo que sabía, Samuel habló claramente sobre la importancia de los diálogos horizontales cargados de afectos para poder vincularse con la otra persona, mencionó su intención de brindar buenos consejos a quien le hiciera falta y animarle a seguir porque de eso se trataba. Leidy mostró su disposición para vender rifas y mencionando que aunque tiene vista cafetera podía hacer comida deliciosa si hacía falta apoyar a alguien del grupo, porque sabía que muchas personas no tenían a veces ni para comer. Daniela manifestó su intención de aportar desde lo que sabía y lo que no, pues hace tiempo había esperado encontrar un espacio de resonancia donde no se sintiera como la única persona con esta discapacidad visual y tenía muchas ganas de aprender y poner en práctica esos saberes.

Alguien le preguntó a Leidy qué es la visión cafetera, a lo que ella respondió: “*porque veo solo bultos, solo bultos*”, (comunicación personal 10, 12 julio 2025) esto abrió un sendero de risas y carcajadas que no pudo tener un desenlace más oportuno que la frase que soltó Julio en medio del mar de regocijo; “*Nos falta vista pero nos sobra risa*” (comunicación personal 11, 12 julio 2025). Y esa afirmación no pudo ser más certera, ya que, hasta ese momento, aunque se había hablado de diversas cosas que lastimaban a las personas, la risa estuvo siempre presente para alentar la charla y refrescarla cuando se dilataba.



Ilustración 11 Cuidadora compartiendo dulces con participantes del segundo convite

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

Julio, luego de ver las varias vueltas que se habían dado, mencionó que lo que podrían hacer para mostrar sus talentos, pasatiempos e intereses de vida podría ser una especie de feria o festival donde se hiciera evidente lo que cada una de las personas sabía hacer y quería contar, reparó en que para hacerse visibles era necesario manifestar que estaban ahí. Esa idea repercutió de manera positiva, la conversación tomó la senda de mostrar lo que poseían para contrarrestar ideas erróneas alrededor de las personas con discapacidad visual.

Una de las propuestas más potentes surgidas durante el segundo convite fue entonces convocar una especie de feria-festival de personas con discapacidad visual: un espacio colectivo donde cada persona pudiera mostrar con orgullo sus talentos y habilidades, desde el

deporte y la cultura, hasta las alternativas que llevaban a cabo para fortalecer su sustento económico, tejiendo en colectivo una narrativa de transformación y reconocimiento mutuo. Ese mismo día, el grupo acordó trabajar sobre ideas concretas, formulando objetivos claros y líneas de acción que garantizaran no sólo su realización, sino la participación activa de todos y todas. Esa propuesta despertó emociones y la posibilidad de sentir que se era parte activa de una construcción colectiva que aportaba otras formas de leer la vida y una esperanza compartida de ser percibidos más allá de sus características perceptivas.

Esta idea no fue sólo simbólica: la literatura sobre festivales comunitarios y ferias de emprendimiento enseñan que los eventos organizados de forma colectiva, potencian el empoderamiento de quienes participan, fortalecen la identidad local y dinamizan la economía del territorio porque:

Donde participan de forma activa los actores y agentes locales, permiten un desarrollo local que logre el bienestar común, construir un tejido social y redes sociales, para de esta forma revalorizar el ejercicio del derecho a la participación en la toma de decisiones para el desarrollo local. (Quispe Fernández et al., 2018, p. 68)

Así, la propuesta surgida en el convite no solo atendió una necesidad expresada durante la sesión previa, sino que, abrió un camino para transformar palabras en acciones reales: identidad, talento, economía local y cohesión comunitaria unidas, paso a paso, en una fiesta de participación activa.

Mientras fluían esas grandiosas ideas, alguien mencionó: *Profe, ¿Y hoy no trajeron cacahuates?* (comunicación personal 13, 12 julio 2025), el fruto seco que se ofreció en el primer convite. Afortunadamente, aún quedaban algunos, así que, se repartieron pasando por cada puesto y permitiendo que cada persona tomara los que quisiera mientras se siguió hablando de lo que cada quien deseaba mostrar al mundo. Poco después, se pasó a disfrutar

del mojicón delicioso que había amasado Humberto, todas las personas le hicieron saber lo delicioso que estaba, dándole gracias a esas manos trabajadoras. Se acompañó con la limonada de panela, hecha esa misma mañana y guardada en la nevera del lugar donde fue el encuentro, ya que hicieron el favor de mantenerla fría para calmar el bochorno del sol que estaba cayendo sobre el balcón posterior de *Music House*, fue el sorbo perfecto para el calor de esa tarde. Hubo un momento preciso para pausar la conversación y saborear el alimento, en un gesto de pausa y encuentro comunitario.



Ilustración 12 Cuidadora abriendo cacahuates para comer mientras se escuchaba a quienes hablaban

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

Mientras tanto, algunas personas aprovecharon para observar y reconocer con cariño el espacio que acogió a todos los presentes en ese momento: el lugar donde estuvieron, adaptado a la reunión, cobijando las conversaciones y el movimiento conjunto. Fue un instante en el que lo sensible, lo que se estaba convirtiendo en ritual, la charla serena pero certera alrededor del alimento, la presencia del cuerpo que se enlazó con lo discursivo, esa

trama de propuestas que se construyó abrazaba y armaba una forma, forma que aunque no estaba definida por completo tenía un sentido.

Las personas seguían conversando mientras terminaban de repartir los demás manjares que habían llegado para componer ese gran banquete de sabrosuras, compartieron los cacahuates hasta que no quedó ni uno.

Hacia el momento de cierre del convite, tras compartir las ideas, degustar el alimento y recoger propuestas, surgió un compromiso colectivo: cada persona asumió una responsabilidad concreta para en el siguiente encuentro continuar tejiendo esa red de afectos y colaboración que se conspiraba. La convocatoria se transformó así en un proyecto compartido, donde el acompañamiento entre encuentros no fue sólo discurso, sino acción y participación, los compromisos quedaron claros, con el propósito de que cada paso fortaleciera la juntanza alimentando ese tejido comunitario.

Cuando concluyó el convite y como sucedió anteriormente, se acompañó a quienes lo necesitaban a tomar transporte, quienes habían atendido a la invitación se fueron retirando del espacio poco a poco, otras personas se quedaron dialogando y ampliando la información que habían podido escuchar sobre la otra persona, encontrando intereses en común que podían llegar a transformarse de alguna manera en juntanzas alternas a los espacios del convite, así, fueron despidiéndose cálidamente y mencionado sus intenciones de seguir participando en los encuentros para dar continuidad a las ideas expuestas, brindando bendiciones y agradecimientos por doquier. Otras personas por iniciativa propia y con la intención de seguir

conociéndose y compartiendo, se dirigieron a un café cercano para prolongar ese momento de cercanía y curiosidad.



Ilustración 13 Segundo convite en Hosue Music compartiendo ideas y alimentos.

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

Rosita, como si de un hábito se tratara, ayudó a levantar las sillas y barrer un poco porque al comer cacahuates había dejado mucho chiquero, se continuó levantando los residuos de paquetes que había por ahí, se botó la basura y el lugar quedó casi mejor que como lo habían encontrado, mejor porque ahora poseía otra magia, la que provocaba tantos corazones latiendo con la misma voluntad.

En el momento en que las personas se retiraron por completo del lugar, se quedaron las investigadoras tomándose un tiempo para reflexionar sobre lo vivido. La alegría que surgía al percibir el empoderamiento de las personas, el surgimiento de liderazgos y ser testigas de cómo cada quien aportaba su granito de arena, reforzó la certeza de que en juntanza se es más fuertes y capaces de construir esa colectividad en movimiento.

Saliendo de ahí, se dirigieron hacia un lugar muy bonito con vista al centro de la ciudad, se tomaron algunas bebidas y conversaron nuevamente sobre lo sucedido, disfrutaron el nuevo aliento que había tenido todo a pesar de la tan inesperada prolongación en el

encuentro, se celebró el compromiso firme y se reafirmó los senderos que transitaban los convites definiendo la fecha para la siguiente reunión. El cansancio estaba ganando la batalla y salieron caminando de ahí para tomar un taxi hacia el barrio, donde vive la investigadora Ibaguereña.

Llegaron directamente a comer algo y descansar, ya que, una de ellas debía volver a Bogotá muy temprano al día siguiente, porque sus obligaciones así lo definieron. En la madrugada, se despidieron entre dormidas quedando con el pendiente de avisar cuando el retorno a casa finalizara, así, se cerró el segundo convite.

Tercer convite. Anudando ideas

Posterior al segundo encuentro, algo especial empezó a suceder; una luz conmovedora pareció tocar a la mayoría de los y las participantes. El entusiasmo ya no se quedó solo en las palabras; comenzó a traducirse en movimiento, en acción concreta. Muchas personas se pusieron manos a la obra, escribiendo sus ideas, preguntándose cómo llevarlas a cabo y, sobre todo, buscando que esas acciones realmente aportaran algo valioso a su comunidad. Algunas, desde su desconocimiento técnico, pero con un fuerte deseo de contribuir, se acercaron a la investigadora que reside en Ibagué. Querían ayuda para darle forma a lo que imaginaban, para canalizar sus inquietudes y transformarlas en propuestas con rumbo.

Daniela, quien había asistido por primera vez a los espacios en el segundo convite, asumió un rol activo: reflexionó sobre su propia vivencia al perder la visión y compartió una verdad sentida —que en ese proceso, lo primero que uno busca es un refugio, un lugar donde encontrarse con otras personas que estén atravesando lo mismo. Para ella, las redes sociales se volvieron clave, aunque también descubrió su vacío: al buscar “personas con discapacidad visual en Ibagué”, no encontró nada relevante. Fue entonces cuando tomó la iniciativa de

crear un grupo de WhatsApp informativo, una página de Facebook y un correo electrónico, con la intención de centralizar allí acciones, recursos y encuentros entre pares.

Aunque no dominaba del todo las herramientas tiflotécnicas, recordó que, durante la ronda de presentaciones del segundo convite, uno de sus compañeros tenía amplia experiencia en ese campo. No dudó en acercarse a él para que le enseñara y apoyara en el proceso, avanzando paso a paso mientras se acercaba la fecha del tercer convite. Este gesto reflejó algo profundo: la fuerza de las redes entre iguales y el valor de los pequeños actos colaborativos.

Paralelamente, otras personas comenzaron a imaginar posibilidades desde sus propios lenguajes: la música, la danza y/o la economía solidaria. Se preguntaban por cómo fortalecer sus propuestas, cómo aportar no solo individualmente, sino también a las demás personas, para que la feria o festival del que se había hablado y que se estaba gestando fuera un verdadero éxito. En este tejido de voluntades y talentos, empezaban a nacer acciones significativas, nacidas del interés común y del deseo compartido de transformar el entorno desde lo colectivo.

La noche anterior al tercer convite, la investigadora residente en Bogotá tomó un bus rumbo a la ciudad musical de Colombia. Sin embargo, el trayecto no fue como se esperaba; duró muchas más horas de lo habitual porque salir en bus por el sur de la capital del país es algo así como una odisea. Fue así como, en plena madrugada del sábado, finalmente arribó a Ibagué, donde fue recibida con los brazos abiertos por su compañera. Ambas lograron descansar un poco antes de iniciar la jornada de ese día.

Afortunadamente, la tarde del viernes se habían adquirido los ingredientes necesarios para el tercer convite, gracias a la compañía de don Ferney, papá de la investigadora ibaguereña, quien fue clave para el apoyo logístico en esta etapa del proceso. Con su guía

tranquila y compañía cercana, aunque afanosa pudimos concretar la bebida tradicional de caña y algunos pasabocas para compartir durante el convite.

A las siete de la mañana, las investigadoras ya estaban organizando los materiales y alistando la bebida fresca para llevar al encuentro. Mientras tanto doña Mabel, mamá de la ibaguereña, nos preparaba con cariño y dedicación el desayuno que llenaría de fuerzas, cuidando cada detalle cómo solo una madre sabe hacerlo.

Una vez todo estuvo listo, nos dirigimos hacia el salón comunal. Allí, el presidente de la Junta de Acción Comunal ya nos esperaba con todo dispuesto y organizado para la llegada.

Este convite fue distinto. Por primera vez, el reloj nos convocaba en la mañana porque era el espacio en el que el salón comunal estaba disponible. Cambiar el horario fue un salto hacia lo inesperado. Esto ocasionó que algunas personas no pudieran asistir, ya que, tenían compromisos laborales o personales que atender, pero otras llegaron, rostros nuevos atraídos por el rumor de algo que se estaba gestando con amor y constancia.



Ilustración 14 Tercer convite, Investigadora realizando grabación de voces

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

Como siempre, se reunieron dando inicio en escucha, en abrazo y con disposición, hicieron memoria del encuentro anterior, como quien vuelve a tocar la fibra de un tejido para reconocerlo y seguir bordando con paciencia. Cada voz que llegaba se sumaba al canto invisible de una comunidad que, poco a poco, siguió reconociéndose en el arte de encontrarse y vincularse.

Las nuevas voces fueron llegando, una a una, como semillas llevadas por el viento. Se presentaron con humildad, pero también con una fuerza serena. Había algo especial en sus palabras: no eran solo nombres o historias sueltas, sino hilos que buscaban unirse al tejido común. Cada quien, desde sus vivencias, saber y sabiduría, expresaba con claridad cómo deseaba aportar, cómo soñaba con fortalecer el vínculo que ya se venía tejiendo en este espacio vivo de encuentro.

Después de estas presentaciones, el semicírculo se llenó de propuestas. Como brotes en tierra fértil, comenzaron a emerger ideas, planes, caminos posibles. No eran soluciones impuestas desde fuera, sino respuestas nacidas desde adentro, desde el territorio y su palpitar. Cada propuesta era un reflejo de lo que habían identificado como necesidad urgente, como llamado profundo del lugar que habitan.

La atmósfera se volvió cálida, vibrante. Las ideas no solo fueron escuchadas, fueron acogidas con entusiasmo, como quien reconoce algo propio en la palabra del otro. Y así, poco a poco, comenzaron a conformarse comités, pequeños grupos que resonaban con los gustos y pasiones de quienes los integraban: el comité de emprendimiento, el deportivo, el cultural, el de comunicación... Allí, en esos espacios recién nacidos, las ideas empezaron a tomar cuerpo colectivo.

Aunque su perspectiva y sentir estaba puesta en la expoferia —una meta a corto plazo para mostrar lo construido—, lo que realmente se gestaba era más profundo. Había un anhelo

silencioso de transformación, de impacto real en sus vidas, en las de sus familias, en su comunidad entera.

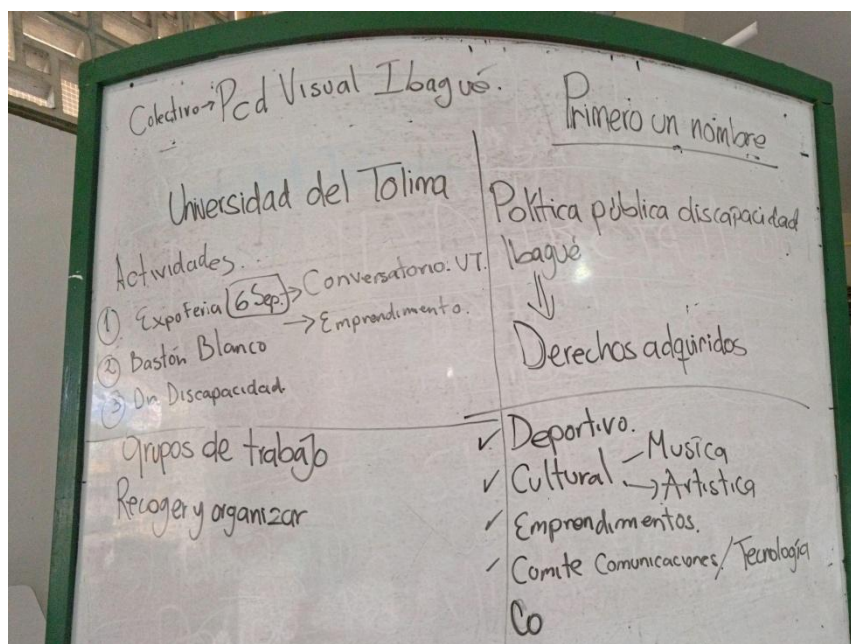


Ilustración 15 Tablero con ideas que florecieron durante el intercambio de saberes.

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

Una de las ideas centrales fue trabajar para el colectivo desde lo que se sabía a nivel individual, desde cada andar y buscando la manera en que podía multiplicarse ese saber al ser compartido. Rosita y su hija Juliana son artistas en potencia, Jaiver y Alejandro son deportistas consagrados, Jairo tiene una amplia experiencia en el magisterio, Blanca sabe tejer en varias técnicas, Alberto participa en espacios donde se habla de los derechos de las personas con discapacidad, Rider sabe mucho sobre procesos organizativos, Daniela quiere que se reconozca a quienes están ahí más allá de la discapacidad, Dana insiste en que hay que hacer uso de los medios comunicativos para hacer eco de lo que ahí se está gestando, hay un gran potencial en cada persona.

Leidy resaltó que había que hacerlo en colectivo para que no se repitan historias donde solo una persona saca provecho y Julio, como siempre con sus frases en contra de la

monotonía le agregó: “*Eso... me gusta la gente con visión*” (comunicación personal 13, 26 julio 2025) y alguien más le respondió: “*Ay, paila, se equivocó de lugar*” (comunicación personal 14, 26 julio 2025), dando origen a una de las tempestades de carcajadas que fueron los convites.

Algo empezaba a tomar forma. Y en medio del bullicio y la emoción, entre las voces se escuchaban frases que parecían brotar del alma:

— *¡Esto empezó a coger forma!*

— *¡El rompecabezas se está armando!*

(Comunicación personal 15, 26 julio 2025)

Y así era. Cada palabra, cada gesto, cada compromiso, era una pieza que encontraba su lugar. No se trataba sólo de organizarse, sino de reconocerse. De sentir, con certeza, que el sueño compartido se estaba haciendo posible. Mientras las ideas fluían y se entrelazaban en el aire como hilos invisibles, también se compartía el alimento. El convite no era solo de palabras y sueños, también lo era de sabores, de gestos silenciosos que decían “*aquí estoy para ti*”. Ya casi se volvía costumbre —una de esas que nacen del corazón y no de la norma— que, por iniciativa propia, cada quien llevara algo para ofrecer al otro. Galletas, dulces y bocados llenos de sentido, circulaban de mano en mano como una forma más de decir “*somos parte de lo mismo*”.



Ilustración 16 Tercer convite, diálogo dado entre una de las investigadoras y uno de los comités que surgieron.

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

Muchas cosas sucedían en paralelo, Daniela y Alejandro tuvieron la oportunidad de seguir dialogando respecto a lo que deseaban compartir relacionado al deporte y el uso de tecnologías que le permitieran a Dani ampliar su panorama, ella quiere escribir muchas cosas y tiene ganas de comerse el mundo porque por muchos días se sintió sola, triste y sin ánimos de nada, pero compartir con otras personas con particularidades e ideas comunes le ha hecho interesarse por formular algún tipo de proyecto para su gente, desde sus conocimientos como licenciada en ciencias sociales, desea aportar todo lo que pueda al colectivo.

Se continuaba hilando ideas, escuchando comentarios, vivencias, una avalancha de conocimiento y ganas de actuar, se armaron pequeñas reuniones dentro de ese gran encuentro, empezaron a surgir compromisos, se seguía afirmando que lo que se proyectaría sería una muestra de todo lo que sabían hacer y querían contarle a Ibagué. En medio de risas y acuerdos, se intercambiaron números de contacto, se formaron grupos de WhatsApp, se nombraron liderazgos espontáneos.

Así mismo, desde el convite anterior, una semilla había quedado vibrando en el aire; la curiosidad por el ajedrez. No fue una propuesta formal ni un plan estructurado, sino más bien un eco suave, una idea que tocó corazones atentos. Y ese día, como si el deseo hubiera madurado en silencio, algunas personas llegaron con sus tableros bajo el brazo, con las piezas cuidadosamente guardadas, como quien lleva un tesoro para compartir. Empezaron a suavizar sus voces, comenzaron a desplegar los tableros. No hubo apuro, ni prisas. Solo el tiempo del juego y de la enseñanza.

La escena era casi poética: se explicaba con calma la función de cada pieza, mientras las otras personas escuchaban con atención, reconociendo en el movimiento del alfil o en la fuerza del peón, una nueva forma de descubrir el mundo.



Ilustración 17 Tres participantes del convite, están aprendiendo y jugando ajedrez adaptado.

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

La paciencia se volvió puente, y el ajedrez, más que un deporte, se convertía en símbolo de estrategia, de escucha y de respeto por el ritmo ajeno.

No se trató solo de aprender a mover las piezas, sino de compartir el tiempo, de construir otro tipo de diálogo donde el silencio también hablaba. Ese gesto sencillo —enseñar ajedrez a la compañera— fue una nueva muestra de que el tejido comunitario seguía fortaleciéndose en lo cotidiano, en lo aparentemente pequeño, donde lo humano brillaba con más fuerza.

Así, entre jugadas y sonrisas, el convite seguía latiendo, incluso después de haber “terminado”, porque lo que nace desde el corazón, no tiene horario ni límites, solo caminos que se siguen abriendo, paso a paso, jugada a jugada. Se descubrió que los convites no terminaban cuando se dejaba de dialogar sobre el tema central que había originado el encuentro o cuando se finaliza el alimento, por el contrario, continuaba dándose cuando se encontraban en la otra persona, sus gustos e intereses, se prolongaba en el querer seguir ahondando en lo que se es en el mundo desde sus características, qué les gusta hacer, cómo lo hacían, qué les puede doler y de qué manera podrían aliarse para que esos pesares fueran más livianos.

Al llegar el momento de cierre, se recogieron las voces que habían florecido durante la mañana. Se hizo memoria de lo vivido, se tejieron compromisos y se reafirmaron las rutas que los subgrupos seguirían andando. Pero, como suele pasar cuando el encuentro es genuino, algunas personas no quisieron irse de inmediato a pesar de que estaba cerca la hora del almuerzo. Se quedaron conversando, compartiendo un poco más, porque en el fondo sabían que el convite no terminaba cuando se despedían porque el lazo se sostenía.

Empezaron a recoger las sillas, limpiar la mesa y levantar cualquier cosa que pudiera percibirse como desorden, se limpió el tablero sin antes volver a leer lo que estaba ahí escrito

a manera de recordatorio de lo que debía seguir sucediendo, las investigadoras se quedaron hablando con Jaiver y Stiven mientras se siguieron despidiendo y ayudando a salir a tomar transporte a quienes aún estaban en el salón comunal.

Mientras esperaban a que saliera la última persona ocurrió algo poderoso y profundamente simbólico: Stiven esperaba con paciencia a Ángel, un compañero que había asistido a los anteriores convites pero ese día no había podido llegar por otros compromisos. Ambos comparten una particularidad —la discapacidad visual—, pero lo que los unía en ese instante iba más allá, porque se trataba de “negocios”. Esperaban alegremente que llegara Ángel con las gelatinas de pata blancas que vendía para apoyar económicamente en su hogar y tener autonomía para conseguir lo básico, porque aunque en el primer convite Stiven vendió algunas manillas, se dio cuenta que se demoraba mucho tiempo en hacerlas y no les ganaba casi nada, pero esta solidaridad nacida del intercambio entre manos amigas, de la necesidad hecha oportunidad, aquel gesto, aparentemente simple, revelaba todo un universo de confianza, de apoyo mutuo, y de la fe en lo que cada uno puede construir con el otro.

Cuando las gelatinas llegaron no lo hicieron solas, porque como si fuera una caravana, Gloria y otros compañeros llegaron al salón comunal para salir de ahí de manera colectiva, ese día las investigadoras se enteraron que el esposo de Gloria había fallecido y por eso no estaba saliendo mucho de su casa pues la tristeza la invadía, sin embargo, poder verla de nuevo e invitarle a que volviera a los espacios logró sacarle una especie de sonrisa que dejó ver que la idea resonaba en su interior, se le contó un poco de lo que sucedió ese día, extendiendo la invitación al siguiente convite. Jaiver aprovechó para comprarle a Stiven un paquete de gelatinas, finalizando el espacio comercial aprovecharon para despedirse y salir de ahí en juntanza para seguir con los planes de su día.

Ese instante fue un recordatorio vivo de que este proceso va más allá de las actividades, se trata de reconocerse en el otro sin importar diferencias, de encontrar en las particularidades un punto común. Porque cuando el vínculo es verdadero, no pregunta por lo que falta, sino que celebra lo que cada quien es y puede ofrecer. Y así, sin grandes discursos, el convite volvió a dejar su huella. Una huella tejida de afecto, de escucha, de colectividad viva.

Las voces se despidieron, los abrazos cerraron círculos, las risas se fueron diluyendo en la tarde. El espacio quedó limpio, ordenado, tal y como había sido recibido. Ese gesto de respeto y cuidado fue también una forma de agradecer. Nada se dejaba al azar; todo tenía un sentido profundo.

Como el espacio se realizó en la franja de la mañana, pareció más corto que los anteriores, pero fue tan sustancioso por los horizontes que se estaban vislumbrado que se percibió con la real potencia que tuvo. Cerca de la 1:00 de la tarde, el salón comunal fue quedando en silencio. Todo lo que ocurrió antes, durante y después del convite dejó una huella honda en el corazón de las investigadoras. Había algo que conmovía más allá de las palabras: esa certeza silenciosa de que el tejido comunitario no era una metáfora, sino una realidad que se iba revelando en cada gesto, en cada mirada, en cada acto de entrega. Ver cómo, desde las acciones más pequeñas, se seguía construyendo un *nosotros y nosotras*, era como presenciar el germinar de una semilla largamente cuidada.

Habían pedido que cerraran el salón comunal al terminar el encuentro, se cerró el gran portón con la fuerza que se habían contagiado durante la reunión, pusieron el candado con el truco que indicaron y se procedió a esperar a don Ferney en el parque, como siempre, transportó a las investigadoras con su carisma tranquilo y presencia generosa de regreso a casa, preguntando cómo le fue y escuchando pacientemente por el camino.

En el calor del hogar, mientras el almuerzo preparado por el hermano de la investigadora ibaguereña humeaba sobre la mesa, se abrió un nuevo espacio; el de la reflexión. Entre cucharadas y pausas, se habló de todo lo que había emergido en el encuentro, de las voces que resonaron, de los vínculos que se afianzaron y de las pequeñas acciones que lo transforman todo.

Cuando se terminó el almuerzo, la investigadora visitante alistó su maleta para emprender viaje hacia Bogotá, como siempre, con la barriga llena y el corazón contento por todo lo sucedido en tan corto espacio de tiempo. Don Ferney la llevó hasta el terminal y al preguntarle cuánto se le debía de la carrera, él solo reparó en disponer su mano como quien se despide y dijo: *“Reina, que le vaya bien”* (comunicación personal 16, 26 julio 2025), con su acento paisa tan cálido sin permitir que se pagara el servicio.

Así culminó el tercer convite: no con un punto final, sino con una respiración profunda. Porque lo vivido no se acababa al cerrar ese pesado portón, sino que se quedaba latiendo en los cuerpos, en las memorias, y en los caminos que faltan por recorrer. Fue, sin duda, un día donde el tejido volvió a crecer, más firme, más vivo, más nuestro.

Comprender los decires: sentidos y voces

"La ceguera no es la tiniebla total. Decir que es una noche es abusar, una noche llena tal vez de vagas luces."

Jorge Luis Borges. La Ceguera

Este apartado abre un camino de trocha; sinuoso, vivo, atravesado por pasos, voces y memorias. Un sendero en el que la discapacidad visual deja huellas profundas, no solo en la mirada o en el cuerpo, sino en el andar colectivo de quienes han transitado territorios marcados por la exclusión, la resistencia y la dignidad.

En el transcurso de esta travesía investigativa emergieron dos puntos de referencia que orientaron el sentido del recorrido: *"Discapacidad visual: huellas del andar"* y *"Pluriverso de sentido"*. Estos no fueron definidos de antemano, sino que surgieron de un proceso de análisis sistemático y situado de las voces de las personas participantes. Las conversaciones, relatos y expresiones verbales compartidas durante los convites fueron transcritas y organizadas en una matriz de análisis elaborada en Excel, lo que permitió clasificar, agrupar y contrastar las voces a partir de sentidos recurrentes, tensiones compartidas y significados que emergían de manera reiterada.

Este ejercicio analítico no buscó fragmentar las experiencias vividas, sino reconocer núcleos de sentido que atravesaban los relatos y daban cuenta de una experiencia colectiva. En este proceso, los puntos de referencia se configuraron como categorías construidas inductivamente, es decir, nacieron de las propias voces y no de marcos conceptuales preestablecidos. *"Discapacidad visual: huellas del andar"* reunió aquellas narraciones vinculadas a las trayectorias de vida, las experiencias corporales y los modos de habitar el mundo desde la discapacidad visual; mientras que *"Pluriverso de sentido"* congregó los

relatos relacionados con la diversidad de saberes, percepciones y formas de significar el territorio y la experiencia compartida.

De este modo, los puntos de referencia no operaron como categorías cerradas ni excluyentes, sino como ejes interpretativos que permitieron organizar, comprender y dar profundidad a la riqueza del material empírico, en coherencia con una perspectiva participativa y situada del análisis.

Ambos puntos de referencia brotaron directamente de los convites, entendidos como espacios de encuentro, diálogo y creación colectiva, donde la palabra se volvió camino y la escucha, territorio compartido. En el marco de la Investigación Acción Participativa (IAP), estos encuentros posibilitaron que las personas con discapacidad visual no fueran solo voces consultadas, sino constructoras de sus propios relatos, protagonistas de una narrativa tejida a muchas manos y a muchos sentidos.

El primer punto de referencia, *Discapacidad visual: huellas del andar*, evoca esas trayectorias singulares y compartidas que desafían lecturas únicas sobre la discapacidad. Cada testimonio convoca otras formas de habitar el cuerpo, de nombrar la autonomía, de relacionarse con el entorno y de enfrentar o transformar la exclusión. Desde allí, se dibuja una comprensión más amplia, más situada, más humana.

El segundo punto de referencia, *pluriversos de sentido*, recoge sus lecturas del mundo reconociendo en ellas diversidad y contundencia, provocando comprensiones sensibles desde sus lugares de enunciación. No se trata de fragmentos de historias pandas, sino de un tejido múltiple y afectivo que brota de lo cotidiano. Son los pasos, los silencios, las resistencias y las búsquedas de quienes al habitar su diferencia, configuran también otras formas de ver, de sentir, de ser y estar desde la pluralidad.

En esa diversidad de sentidos y experiencias, emergieron voces que reclaman por una transformación urgente en las formas de representación y participación de las personas con discapacidad visual. No se trata solo de “*hacerse visibles*”, sino de problematizar y cuestionar los significados sociales asignados a la discapacidad visual y construir colectivamente nuevas narrativas ancladas en la dignidad, la agencia y el reconocimiento de sus epistemologías.

Discapacidad visual: huellas del andar

El **24 de mayo**, el convite abrió sus puertas como quien abre el alma: con el corazón dispuesto y los oídos atentos. Fue un llamado a la escucha profunda, a la reflexión compartida, a la empatía que brota cuando las palabras no solo se dicen, sino que se sienten.

En este espacio anudado colectivamente entre voces, silencios y miradas internas, personas con discapacidad visual hilvanaron sus historias, tejieron comprensiones, bordaron memorias. Conversaron no solo sobre lo que significa “discapacidad”, sino sobre cómo se encarna, se habita, se transforma. Sus relatos conformaron un tapiz complejo y vital, que desbordó los márgenes de lo médico o lo funcional. Hablaron desde lo íntimo y lo social, desde la emoción y la resistencia. Desafiaron estereotipos. Rompieron moldes. Y en cada palabra dejaron entrever mundos posibles, plurales y sensibles.

Lo que sigue es una reconstrucción que busca honrar esas voces. Un recorrido narrativo que retoma sus propias palabras, organizadas en tres caminos de comprensión: la discapacidad como pérdida, como reto y como reflejo del entorno. Cada tramo de este recorrido invita también a mirar más hondo, a descubrir lo que estas formas de entender la discapacidad revelan sobre la subjetividad, la identidad y el entramado social que se habita.

La discapacidad como pérdida: el eco de una vida interrumpida

En los relatos de algunas de las personas que asistieron al convite, la discapacidad visual emerge como un quiebre repentino, como una herida abierta entre lo que fue y lo que ya no podrá ser igual. Se habla de pérdida, sí, pero no solo de la vista. Se habla de la libertad de moverse sin depender, del gesto cotidiano que antes pasaba desapercibido y hoy se convierte en reto. Se habla de una forma de estar en el mundo que se desvanece.

William lo expresó sin rodeos, con la voz de quien ha transitado por el despojo:

“Yo entiendo por discapacidad pues perder muchas, mucha movilidad, muchas cosas de la vida cotidiana, no poderlas realizar. Entonces se pierde la capacidad de actuar”. (comunicación personal 16, 24 mayo 2025)

Steven, desde otro rincón de la memoria, dejó caer su experiencia como una frase quieta y pesada:

“Es como perder la capacidad de hacer varias cosas que hacíamos”.
(comunicación personal 17, 24 mayo 2025)

Y Samuel, con palabras que sonaron técnicas pero que brotaron de lo más íntimo, también dio cuenta de esa ruptura:

“La discapacidad [...] no me permite ver bien [...] no puedo desenvolverme como se desenvuelve una persona que ve bien”. (comunicación personal 18, 24 mayo 2025)

Lady Viviana, en cambio, dejó entrever no solo lo que se perdió, sino lo que aún duele y pesa:

“Donde quiera que vaya, me siento sola [...] es una discapacidad que no he podido superar”. (comunicación personal 19, 24 mayo 2025)

En estas voces se dibujó un paisaje común: el de la vida detenida, trastocada. Un eco constante de lo que alguna vez fue habitual y hoy parece lejano. La nostalgia se mezcló con la frustración, y en cada palabra se sintió el deseo de recuperar algo, aunque fuera simbólicamente, de aquel pasado que se fue sin aviso.

Estos relatos dialogaron con el modelo médico de la discapacidad, una mirada que ubica la diferencia en el cuerpo, que ve la pérdida como déficit y el dolor como algo que debe ser corregido o rehabilitado. Aquí, la narrativa se construyó desde la carencia, desde el “ya no puedo”, desde el “antes sí”.

Pero más allá del modelo, lo que se escuchó en estos relatos es el duelo. Un duelo por la independencia extraviada, por la familiaridad de los espacios, por las certezas de una vida que cambió de forma abrupta. No se trata solo de una mirada médica o funcional, sino de una vivencia profundamente humana, donde el dolor de la pérdida no es solo físico, sino existencial.

En este tránsito, las personas aún buscan los recursos para rearmarse. Están en ese umbral, donde el lenguaje aún recuerda lo perdido, pero también, poco a poco, comenzó a nombrar lo que puede volver a construirse.

La discapacidad como reto, adaptación y resignificación

En otros relatos, la discapacidad no apareció solo como pérdida, sino como un cruce de caminos, donde la vida se hace más sensible, más audaz, más consciente. Lo que antes era certeza se convierte en desafío.



Ilustración 18 Julio y Nilson van caminando por la carrera tercera peatonal del centro de la ciudad musical de Colombia

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

Jairo Iván lo nombró con fuerza, como quien planta los pies en la tierra y no se deja vencer:

“Para mí es un reto tener una discapacidad. Es un reto”. (comunicación personal 20, 24 mayo 2025)

Gloria, aún entre las sombras del duelo, sostuvo con dignidad su cotidianidad:

“Yo hago de todo en la casa. [...] Atiendo a mi esposo que también tiene trombosis”. (comunicación personal 21, 24 mayo 2025)

William reconoció lo que muchos descubren en el proceso:

“Los seres humanos tenemos capacidad de adaptación y pienso que nos toca irnos acostumbrando”. (comunicación personal 22, 24 mayo 2025)

Y Steven, con una voz que mezcla cicatriz y esperanza, habló de horizontes nuevos:

“Sí me ha dolido mucho [...] pero en parte también ha sido algo bueno [...] yo nunca pensé en el deporte, en el estudio [...] ahora estoy en la liga, practico fútbol [...] la experiencia está buena. Vive uno cosas que antes no vivía, ni pensaba”. (comunicación personal 23, 24 mayo 2025)

Nancy, nacida en la oscuridad, crecida entre exigencias y aprendizajes, simplemente declaró:

“La discapacidad para mí es como si no existiera [...] yo tengo mil capacidades [...] yo tengo una vida normal. Prácticamente normal”. (comunicación personal 24, 24 mayo 2025)

Estas palabras configuraron un nuevo mapa. No es un terreno llano ni exento de obstáculos, pero está lleno de señales que apuntan hacia la reconstrucción. La discapacidad ya no fue el final de una historia, sino un capítulo distinto, con nuevas rutas, nuevos ritmos, nuevos sentidos.

Aquí emergió con claridad el modelo biopsicosocial, que no reduce la discapacidad al cuerpo, ni la encierra en lo individual. En estos relatos, se entrelazó lo emocional, lo físico y lo social, como hilos de una misma trama.

Estas historias se percibieron como crónicas de resistencia cotidiana. Mostraron como el “no puedo” va cediendo ante el “sí pude”, y cómo las personas, con o sin apoyo, reconfiguraron su mundo. Este enfoque hizo recordar que la identidad no es estática ni

predeterminada: se construye en el hacer, en el insistir, en el descubrir que también hay fuerza donde hubo fractura. La discapacidad, en estas voces, se volvió posibilidad.

La discapacidad como construcción social: barreras externas, no internas

En esta tercera mirada, la discapacidad se reveló no como una marca del cuerpo, sino como una herida que la sociedad aún no ha sabido cerrar. Las verdaderas limitaciones no nacen en la piel, ni en los sentidos, sino en los bordes de un territorio que excluye, en las miradas que reducen, en los caminos que no se abren.

Gloria lo dijo con la claridad de quien ha caminado muchos obstáculos invisibles:

“La barrera no está en nosotros, la encontramos en el momento en que uno interactúa con el medio [...] yo digo que las barreras las tenemos más que todo en nuestro entorno exterior”. (comunicación personal 25, 24 mayo 2025)

Y lo aterrizó en su día a día, donde cada paso es una negociación con la indiferencia:

“Los andenes están invadidos por negocios [...] si uno dice algo, la gente le falta el respeto [...] eso me pasa a mí cotidianamente”. (comunicación personal 26, 24 mayo 2025)

Ángel ofreció otra forma de ver, que nació desde la ausencia de visión:

“Al quedar así, son otros sentidos que vamos despertando [...] podemos hacer cosas hasta más que una persona que ve”. (comunicación personal 27, 24 mayo 2025)

Steven, con ironía y experiencia, narró su propio mapa de navegación urbana:

“Yo cuando voy andando no me estrello casi con los carros [...] ya siento el carro y cojo para la izquierda”. (comunicación personal 28, 24 mayo 2025)

Jairo Iván, con voz de explorador del cuerpo, habló de las herramientas invisibles que ha aprendido a afinar:

“Nuestra capacidad neuronal es impresionantemente poderosa [...] uno puede ejercitar el tacto, el oído, la percepción del espacio”. (comunicación personal 29, 24 mayo 2025)

Estas voces, lejos de la resignación, construyeron denuncia y potencia. Se rebelaron contra la narrativa que pone la discapacidad dentro del cuerpo. Señalaron con firmeza que es el territorio el que no escucha, el que no se adapta, el que no abre puertas. Estos relatos configuraron el modelo social de la discapacidad, una perspectiva que desplazó el problema del individuo hacia el entorno que lo limita. Aquí, la discapacidad se convirtió en una lupa que reveló las fallas de una sociedad que no ha sido pensada para todos y todas.

Estas historias fueron una mezcla de crítica y creatividad. Denunciaron las barreras físicas, sociales y simbólicas, pero también iluminaron los caminos que las personas han inventado para resistir y avanzar. Hay en estos testimonios una sabiduría corporal, un conocimiento táctil y sonoro que desborda cualquier definición médica.

Pluriversos de sentido

La pluralidad de sus interpretaciones despertó nuevas sensibilidades, proponiendo otras comprensiones, siendo también la invitación corresponsable a pensarse el mundo desde sus reflexiones, que tensionaron las prácticas relacionales que invisibilizan y anulan la diversidad radical de su existencia, además de sofocar la riqueza de estas concepciones que representaron significativos aportes epistemológicos y políticos para la construcción de otros mundos posibles.

Por esto, se permitió recorrer el jardín de las memorias para resaltar las voces de quienes amablemente permitieron una cercanía a sus interpretaciones de la realidad y los significados que construyen a partir de esta.

Decires que aclaran el sendero

El sábado 24 de mayo no pasó como un día normal en la vida de las personas que se reunieron en el salón comunal del barrio La Pola, se encontraron con la generosidad de los relatos de quienes atendieron a la invitación, que sin pretextos, dio origen a importantes y coherentes enunciados, a contundentes formas de percibir y leer el mundo, desde los contextos en los que desarrollan su vida las personas que dieron inicio a este camino, con la guía de sus palabras.

Repasar la empatía invisible.

Desde vivencias situadas y encarnadas, se pudo atravesar de alguna manera los testimonios de quienes, a través de las relaciones concretas con el territorio de Ibagué, sus objetos urbanos y algunas de las personas con las que cohabitan, han conocido los impedimentos que atentan contra sus cuerpos y sus formas de desplazamiento, haciéndoles creer que su discapacidad es algo individual y no el producto del entorno social y cultural.

Aquí encontramos denuncias claras de personas que se reconocen como sujetos de derechos, que insisten tajantemente en que, la discapacidad es contextual y relacional y no algo inherente a las personas.

Gloria, recordó que el problema va más allá de las infraestructuras, nos dejó ver que existen relaciones sociales hostiles que muestran la falta de reconocimiento hacia sus particularidades;

“uno trata de abordar los andenes y los andenes están invadidos por la infinidad de negocios y si uno dice algo, a veces a la persona le falta el respeto”
(comunicación personal 30, 24 mayo 2025)

Además, Rider enfatizó en los problemas técnicos del diseño de espacios, que no responden a las características de las personas y que ponen en riesgo su integridad en toda la dimensión de la palabra:

“en las EPS los andenes llenos de carros y los corredores vuelto nada, que si no se accidenta con el carro lo hace con los huecos del andén” (comunicación personal 31, 24 mayo 2025)

Agregando a esto, Rosa enunció lo problemático del pensamiento hegemónico que sitúa a las personas en lugares simbólicos que limitan más que cualquier obstáculo físico:

“No hay una conciencia ciudadana, nos hace falta cómo entender y estar en este papel tan importante que son las personas con discapacidad” (comunicación personal 32, 24 mayo 2025)

Teniendo como foco la falta de humanidad de esos imaginarios que marginan y priorizan a unos cuerpos sobre otros, una de las cuidadoras manifiesta que tristemente;

“Las personas realmente han perdido mucho la empatía, la conciencia, la humanidad porque es ponerse la mano en el corazón y decir, juepucha, me voy a bajar del ascensor o voy a dejar que una persona con discapacidad se suba al ascensor porque yo no tengo prioridad” (comunicación personal 33, 24 mayo 2025)

Sabiendo que, la discapacidad suele ser invisible hasta que se experimenta en carne propia, Rosa planteó la necesidad de ponerse en el lugar de la otra persona desde la humanidad compartida;

“no nos ponemos en los zapatos de la persona que realmente lo está viviendo, cuando nos toca vivirlo es que nos duele, lo sentimos y pensamos que no estamos preparados.” (comunicación personal 34, 24 mayo 2025)

Estas voces evidenciaron un diseño de mundo hegemónico que legitima la marginación física, práctica y simbólica, reproduciendo exclusiones y entramados de hostilidad, indiferencia y falta de conocimiento. Sin embargo, también emergieron resistencias desde el discurso que insistieron en la empatía, reclamando giros éticos y políticos en las formas de habitar en colectividad. Sin duda alguna, buscaron la capacidad de sentir con el otro y la otra, para entretejer mundos donde la diferencia sensorial se convierta en fuerza vital para imaginar sociedades más justas, pero sobre todo, sensibles.

Ánimos de dignidad compartida.

Existir en comunidad reconociendo sus fragilidades y las formas en las que las habitaron, concibiendo el mundo no desde la individualidad sino desde el reconocimiento de una comunidad, donde la inclusión no fue discurso, sino práctica; donde la diversidad sensorial fue principio de diseño social; donde la organización comunitaria de personas con discapacidad visual se convirtió en tejido político de una trama de relaciones, acuerdos,

liderazgos, conflictos y capacidades colectivas dadas cuando las personas deliberan, deciden y actúan para transformar una situación.

Haciendo explícita la brecha entre lo que se dice, lo que se hace y lo que se vive, una de las personas visibilizó desde su experiencia y relacionamiento con las instituciones la desigualdad y la exclusión;

“Esas son las personas que dicen que defienden la inclusión, entre comillas, porque pues son como... es algo hipócrita porque tal inclusión para los discapacitados no existe” (comunicación personal 35, 24 mayo 2025)

En el mismo tono, otra persona expuso las contradicciones estructurales de las instituciones. Atravesada por a la emoción, mostró la importancia de que la arquitectura, además de las prácticas sociales y culturales respondan a la diversidad sensorial sin importar cuál sea;

“Claro, pero hay algo que es triste. Y es que dentro de la misma alcaldía hay personas con discapacidad que trabajan en la alcaldía; visuales, físicas, sordas. Hay una cantidad de personas trabajando ahí y aun así, ni siquiera dentro de la misma alcaldía están los espacios para ellos” (comunicación personal 36, 24 mayo 2025)

Sin perder de vista la importancia de la crítica externa, Fabián resaltó la identidad y pertenencia que existen para visibilizar sus formas de vida, pero dejó claro también que, ha existido de su parte una pasividad que desafía lo organizativo;

“yo sí pienso que la comunidad o a las personas con discapacidad visual nos ha hecho falta organizarnos y unirnos” (comunicación personal 37, 24 mayo 2025)

Rosa ampliando en lo anterior, problematizó a la colectividad, con una pregunta retórica puso en el escenario la falta de voz pública de la comunidad, pero no dejó de lado que evidenció un potencial colectivo;

“Mi pregunta es ¿o será que no nos hemos pronunciado? porque yo creo que no debe ser 3, 4, yo veo aquí mucha gente” (comunicación personal 38, 24 mayo 2025)

Estas nociones orientaron en la posibilidad de leer las situaciones desde otro marcos relacionales que evocaron una vida más digna, se reconoció y problematizó que no se existe como ser individual, más bien se es parte de otros posibles, donde se hizo evidente que la inclusión no puede ser concebida como un estado administrativo ni como un acto aislado, sino como un proceso de relación entre instituciones y comunidades, entre personas diversas, entre voces individuales y colectivas que revelaron posibilidades de resistencia.

Semillas de organización.

La urgencia de la vida material, el transporte, el ingreso diario necesario, los recursos para subsistir... Todo esto, lejos de ser problemas individuales, fueron necesidades asumidas como cuestiones comunes que deben resolverse mediante la acción conjunta. El 12 de julio se reveló en el convite una ontología relacional que desafió las lógicas individualistas y propuso una forma distinta de habitar el mundo; una en la que el *nosotros* y *nosotras* fue un horizonte de existencia compartida, interdependiente y creativa de profunda comprensión de la vida en común como tejido relacional que cuestionó y reorganizó las reglas del juego desde la pluralidad de mundos posibles.

La comunidad se reconoció a sí misma en este proceso de entretrejer lo colectivo, donde el diálogo, el apoyo mutuo y la circulación de conocimientos constituyeron la base para pensar existencias desde sus formas propias de ser y actuar.

Enjambre de saberes comunitarios.

Hablar de rompecabezas, de artesanías, de grupos de ajedrez o música, es reconocer que cada aporte, por pequeño que parezca, es una pieza necesaria en la construcción de un todo más amplio. La comunidad se convirtió así en un entramado de múltiples hilos que, al entrelazarse, produjeron fuerza, sentido y pertenencia, pues las formas de vida se sostuvieron en la interdependencia y el cuidado mutuo. Es cuidar entonces desde otras maneras de hacer las cosas, cuestionando paradigmas y proponiendo cambios en las formas de relacionamiento para permitir a la colectividad ser conjunto y fragmento.

Apareció entonces la cercanía como principio que constituye colectividad, Rider rechazó tajantemente la fragmentación e invitó a conocer el mundo desde el vínculo;

“La unidad es la base fundamental de una comunidad, de un colectivo. Si no hay unidad, no hay comunidad, no hay colectivo. Entonces lo que decía la compañera, tenemos que unirnos.” (comunicación personal 39, 12 julio 2025)

Sumando reflexiones, Samuel propuso que lo comunitario se sostiene en la palabra compartida y dicha sin temor, pues se refuerza la confianza mutua;

“Entonces la base para que sea un buen colectivo, un buen grupo, una buena asociación, es tener un buen diálogo, una buena comunicación, saber decir las cosas sin miedo.” (comunicación personal 40, 12 julio 2025)

Apareció también el reconocimiento que Alejandro hizo de la temporalidad de actores externos, frente a la permanencia que afirmó el ser del grupo como base estable y auténtica;

“Y en últimas, los que hablamos somos nosotros. Yo siempre le he dicho a los muchachos, a todo el mundo, le he dicho aquí, los valiosos somos nosotros, porque los que están de momento, apenas se acaba el contrato, se van.” (comunicación personal 41, 12 julio 2025)

Además, Rider reconoció que el juntarse se transforma en práctica y compartir de saberes, pues el colectivo nace y se hace en la medida que se da el acto de encontrarse;

“Unirnos, es entretrejer nuestros saberes, entretrejer, apoyarnos como personas. El solo hecho de agruparnos, de venir aquí, estamos contribuyendo.” (comunicación personal 42, 12 julio 2025)

Rosa sugirió entonces multiplicar los espacios de encuentro, reafirmando que la comunidad se fortalece cuando se generan prácticas culturales y productivas conjuntas;

“Dentro de nosotros mismos establezcamos, así como hay un grupo de ajedrez, así como hay el de natación, así como hay el de la música, bueno vamos a buscar el grupo de artesanías.” (comunicación personal 43, 12 julio 2025)

Metaforizando la diversidad de saberes e intenciones, Julio destacó el valor de la diferencia para la articulación de procesos que busquen progresar en el tiempo, desde el reconocimiento de las ideas individuales;

“Me doy cuenta que aquí lo que hay es un rompecabezas, que hay que armarlo. Está muy bueno este rompecabezas, de verdad. Hay un sentir, unos por un lado de... con unas ideas y otros tienen otras ideas, pero yo creo que hay que empezar por lo poquito para llegar a más.” (comunicación personal 44, 12 julio 2025)

Y para que el proceso fuera progresivo, Daniela reveló que el saber no es propiedad de una sola persona, por lo que debe construirse y circular de manera colaborativa, integrando recursos tecnológicos a favor de la colectividad;

“Si no tienen idea ni nada, pues me escriben y yo con mucho gusto les puedo colaborar. Y si yo no sé, pues investigamos en YouTube y en Internet.”(comunicación personal 45, 12 julio 2025)

La juntanza, el diálogo, la permanencia, el entretejido de saberes, la multiplicación de espacios, la valoración de la diversidad y la circulación del conocimiento fueron enunciados que revelaron que el colectivo no existe por decreto ni por norma, sino porque se hace y rehace en el vínculo. La comunidad apareció como un pluriverso de relaciones vivas, que se nutrió tanto de lo cultural como de lo afectivo, lo político y lo tecnológico, más allá de la suma de experiencias individuales, apareció un entramado de saberes, afectos y prácticas que, como en un rompecabezas, solo cobraron sentido en la medida en que estrecharon cercanías.

Estar presentes y hacerse ver.

No fue suficiente coexistir, fue necesario que ese “nosotros y nosotras” se reconociera en el espacio público logrando interpelar al Estado y la sociedad. El reclamo por “hacerse visibles” no fue únicamente un gesto de inclusión, sino la afirmación de un modo propio de existir y de participar en lo público, se proyectaron así horizontes políticos donde la organización fue una condición necesaria para interpelar a las instituciones, sus prácticas y sus imaginarios encarnados que desplazan a las personas a lugares de invisibilidad.



Ilustración 19 Círculo de personas compartiendo ideas que fortalezcan el vínculo

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

Daniela reconoció que esta voz colectiva es legítima no solo si hay reconocimiento jurídico de algún tipo, sino que también es sumamente válida por el reconocimiento social y relacional que se puede lograr;

“Un colectivo puede ser, ni siquiera tiene que ser algo como tan legal para que nos organicemos y nos mostremos visibles hacia los demás, pues yo creo que por ahí podríamos empezar.” (comunicación personal 46, 12 julio 2025)

Para ella, esta visibilidad no fue individual, fue colectiva en la medida en que es un derecho de todas las personas el aparecer en la esfera pública;

“Quien quita que nosotros más adelante nos organicemos como colectivo y podamos exigirle de una manera más organizada al municipio, a la gobernación y porque no hacernos visibles de pronto frente a nuestro país. ¿Por qué no?”

(comunicación personal 47, 12 julio 2025)

Por lo mismo, la organización también pudo ser atribuida como algo individual, según Julio, debe existir agencia distribuida donde la acción emerja del “nosotros y nosotras”;

“Los medios de comunicación van a tener que buscar vengas, ¿y esto dónde salió? ¿y cómo salió? Van a tener que decir ¿quién es el gestor de estas cuestiones? Y la gestión, ¿quién es el gestor de esa gestión? No va a ser uno ni dos, yo creo que vamos a ser todos y estamos bien creando entre todos una situación de organización.”

(comunicación personal 48, 12 julio 2025)

La visibilidad no se redujo a reclamar un lugar legal o formal, sino a construir presencia colectiva capaz de incidir en decisiones y narrativas. La organización, entonces, se concibió como una forma de resistencia, un modo de aparecer ante los otros y otras como comunidad con voz propia, con capacidad de gestión y con legitimidad para transformar sus condiciones de vida.

Solidaridad para la vida digna.

Lo relacional se dejó ver entonces en la convicción de que las dificultades materiales no pueden ser enfrentadas en soledad, sino en red. Las rifas, los proyectos de economía solidaria, el “hagámosle” conjunto, revelaron que la acción colectiva es también una estrategia de sostenimiento vital. La comunidad apareció como un espacio de cuidado y de construcción de alternativas económicas y sociales, donde el esfuerzo de cada persona se convirtió en posibilidad, es, en suma, una apuesta por la vida digna en común frente a la precariedad.

Reconociendo las desigualdades que pueden llegar a limitar la participación, el nosotros y nosotras llegó a sostener la acción conjunta, desde la palabras de Julio fue importante no perder de vista las condiciones materiales de la vida;

“No dependiendo de uno solo ni de dos, sino que entre todos, todos, todos estemos ahí con voz y voto, con argumentos, con iniciativas, con ideas y con acciones. ¿Cierto? Porque, por ejemplo, yo siempre pienso, soy de los bendecidos como ustedes, que podemos movernos a una situación de estas como la de hoy. Pero ¿cuántos no tienen para un bus?” (comunicación personal 49, 12 julio 2025)

Apareció el apoyo económico solidario como práctica de acción colectiva, Leidy propuso una circulación de recursos para buscar sostener a quienes más lo necesitan desde una agencia propia;

“Entonces los invito a todos los que podamos de verdad, si llegan a realizar algo en concreto, cuenten conmigo para el tema de ventas de rifas, para ayudar a estas personas de escasos recursos por razón de la invidencia.” (comunicación personal 50, 12 julio 2025)

Lo que llevó a que Alejandro pusiera en primer plano la acción, para no quedarse solo en el discurso, sino activar una praxis colectiva que hiciera visible algún cambio;

“Y si nos ven unidos y nos ven la necesidad, podemos hacer muchas cosas. Entonces solamente, ¿con qué iniciamos? ¿Qué hacemos de primero? Y listo, hagámosle.” (comunicación personal 51, 12 julio 2025)

Samuel reafirmó así que, la autonomía y la autogestión son prácticas relacionales que construyen desde dentro, pues no pueden esperar a recibir algo para empezar a actuar;

“Es que nosotros no podemos depender de un espacio físico para realizar lo que estamos esperando a obtener, porque a nosotros nadie nos va a dar nada.”
(comunicación personal 52, 12 julio 2025)

Proponiendo la economía solidaria y el emprendimiento como alternativa colectiva para responder a lo expresado por otras personas, Daniela problematizó las condiciones materiales que no pueden separarse de la organización comunitaria;

“Entonces es que de pronto nos sentemos a replantearnos eso. Muchas personas aquí no tienen un ingreso, alguna cosa, pero entonces es plantearnos un proyecto de emprendimiento.” (comunicación personal 53, 12 julio 2025)

Aquí resonó una gran particularidad de la IAP; partir de las necesidades concretas de las comunidades para transformar sus condiciones de vida desde la organización misma. La comunidad, entonces, se convirtió en una estrategia de sostenimiento vital, donde la solidaridad y la práctica colaborativa fueron la base para resistir la precariedad y construir alternativas. Entonces, lo enunciado por las personas se convirtió en el insumo adecuado para contribuir a lo vinculante del relacionamiento humano que no permite banalidades, sino que

busca alternativas sustentables que permitan la movilización que no se queda solo en buenas intenciones.

Trenzando la siembra de horizontes

La comunidad no se pensó desde individuos aislados, sino desde la trama relacional que articula acción, dignidad y territorio. Allí se desplegó una forma de existir donde el futuro se autogestionó, la dignidad se vinculó y el territorio se apropió como condición de vida colectiva, el 26 de julio se reveló un horizonte político y social en el que el futuro se tejió en colectivo, el reconocimiento se afirmó en comunidad y el territorio se convirtió en cuerpo vivo de resistencia y dignidad.

Autogestión del porvenir.

Reconocer que el porvenir no se espera pasivamente, sino que se construye desde la acción organizada y la corresponsabilidad. El futuro se volvió un proyecto común, levantado con las manos y sostenido por la convicción de que solo en colectivo es posible transformar la vida cotidiana, aquí se resaltó que el organizarse, distribuir tareas, unirse y autogestionarse son expresiones de un modo de existir donde la comunidad como tejido vivo se proyectó en acciones y en futuro compartido.

Rider supo que la comunidad ya disponía de recursos, que el reto no estuvo en lo que hizo falta, sino en organizar en juntanza lo existente, en ordenar y articular lo común;

“Dese cuenta que tenemos material apto para hacer cosas muy bonitas y muy exactas. Alguien por ahí dijo, es recoger y comenzar a organizar” (comunicación personal 54, 26 julio 2025)

Así mismo, mostró el valor del *saber-hacer* colectivo, del conocimiento situado que vino de las experiencias propias, del saber que no fue una competencia sino algo que emergió de la relación con la otredad;

“Lo que se sabe hacer, nuestro saber exponerlo, hacerlo” (comunicación personal 55, 26 julio 2025)

Reconociendo sus saberes, Julio presentó con humildad su intención de contribuir desde lo propio, supo que cada aporte tiene valor en esta red comunitaria;

“lo que yo pueda aportar en la parte de comunicación, cuenten conmigo, no sé hasta dónde, porque me siento un poco digámoslo, tal vez humilde o sencillo comparado con los estudios de las personas que están aquí y que ya han avanzado bastante, pero si ustedes ven que en algo puedo ayudar, estoy ahí.” (comunicación personal 56, 26 julio 2025)

Para que los saberes pudieran resaltarse tuvieron que organizarse. Según Daniela, esta organización brotó de la colectividad misma, reforzando y reconociendo la autonomía, pero exigiendo corresponsabilidad;

“Si se llega, digamos, a acomodar un proyecto, una propuesta, obviamente sería acomodar grupos de trabajo, de gestionar nosotros mismos para nosotros mismos.” (comunicación personal 57, 26 julio 2025)

Jairo reconoció así la importancia de lo colectivo, sabiendo que eso no borra lo individual. Encontró necesario que las responsabilidades fueran distribuidas, cobrando sentido estas acciones como parte de un horizonte común coherente;

“Y que queden tareas precisas para poder después desarrollarlas ahí en casa, cada uno.” (comunicación personal 58, 26 julio 2025)

Para él, los esfuerzos individuales reconocieron el valor de las ideas colectivas, procurando que la creación compartida del futuro surgiera siempre de un diálogo propositivo y horizontal;

“a mí me parece bien que hayan propuestas porque esas ideas son las que van a fundamentar el destino de lo que se pretende hacer acá” (comunicación personal 59, 26 julio 2025)

Además, simbolizó la fusión de voluntades hacía una misma dirección, metaforizando la potencia común de la juntanza;

“Nosotros sí podemos estructurarlo de tal manera que podamos crear un puño de equipo.” (comunicación personal 60, 26 julio 2025)

Estos discursos mostraron en conjunto que la comunidad se concibió con gran agencia para tejer recursos, saberes y voluntades que dieron nuevo valor a lo situado, que no se organizó solo para resistir la exclusión, sino para crear futuros propios, donde la fuerza estuvo en el entramado común que se articuló y afirmó como posibilidad.

Reconocimiento vinculante.

Ese horizonte de futuro no pudo desligarse del reconocimiento vinculante, porque la organización carece de sentido si no es sostenida en la dignidad y en la afirmación de cada persona como parte de un “nosotros y nosotras” que se supo valioso desde un principio. El reconocimiento aquí no fue formal ni externo, sino un acto de pertenencia y cuidado que integró a quienes tienen distintas habilidades, situando la resistencia en el vínculo afectivo y comunitario.

El solo pertenecer fue más allá; se resaltó la importancia de que cada persona supiera por qué estaba ahí y qué aportaría, para Daniela se trató de tomar posición dentro del conjunto para dar más propósito a la acción comunitaria;

“Lo que yo quiero es que, hombre, si nosotros vamos a hacer esta actividad y este proyecto, que a cualquiera que le pregunten, venga usted qué hace aquí, que sepa responder.” (comunicación personal 61, 26 julio 2025)

Evocando a una invitación abierta y libre de jerarquías, también reflejó que no se necesitaría una gran formalidad, bastaría con el deseo de compartir y querer hacer parte de una actividad común para fortalecer los vínculos;

“Si ustedes quieren estar, participar, hacer, que sean partícipes de este grupo, con mucho gusto, yo les puedo agregar y por ahí podemos empezar la comunión sencilla de esta actividad tan bonita que estamos haciendo” (comunicación personal 62, 26 julio 2025)

Escuchando a Daniela, Leidy reconoció de ella sus formas de cuidado, pues identificó su orientación hacia lo común, sabiendo que las prácticas de gratitud y reconocimiento vinculan estrechamente:

“Entonces, o sea bonito porque ella no está siendo egoísta, está siendo chévere porque está pensando en todos, el equipo, la felicito por eso” (comunicación personal 63, 26 julio 2025)

Julio también permitió ver que el reconocimiento mutuo no depende de las habilidades individuales, porque la comunidad incluye desde el vínculo afectivo, integrando y cuidando más allá de lo que sepa cada persona:

“Es muy importante, muy importante entender que hay compañeros que de pronto no tienen o no han adquirido ciertas habilidades, pero ¿cómo hacemos para que no se nos desvincule en esos compañeros porque se sientan identificados con una causa? Diga, somos familia, o sea, usted de pronto no tiene habilidades en esto o en lo otro, pero somos familia y lo integramos a esta familia.” (comunicación personal 64, 26 julio 2025)

Con el ánimo de ampliar las posibilidades comunicativas y de organización, Jaiver propuso un lenguaje común que sostuviera la organización, alineando sentidos, narrativas, formas de nombrar la experiencia y fortaleciendo la identidad colectiva que les permitió vincularse:

“mejor dicho, que todos hablemos prácticamente el mismo idioma frente a los procesos que llevamos” (comunicación personal 65, 26 julio 2025)

Estos fragmentos resaltaron que la comunidad se fundamentó en dignidad, pertenencia, cuidado, inclusión y reconocimiento mutuo, reafirmando que la existencia colectiva habitó en el estar y actuar juntos y juntas. La pertenencia se resignificó como un acto de corresponsabilidad, además, el reconocimiento y la gratitud aparecieron como prácticas de cuido colectivo, fortaleciendo la identidad y el horizonte compartido.

Reencuentro con el territorio.

Toda acción colectiva y toda búsqueda de reconocimiento reclamaron lugares físicos y simbólicos. Estos no pudieron darse sin la reapropiación del territorio; visibilizarse en lo público, apropiarse de los espacios locales, hablar un lenguaje común y sembrar presencia afirmaron que la comunidad tiene derecho a existir en el mapa social y político. El territorio

no fue solo escenario, sino parte constitutiva de un nosotros y nosotras, un espacio que se habitó, se resignificó y se defendió.

Para Daniela, hubo una falta de representación y visibilidad pública en el hecho de no encontrar nada en un espacio digital, reconoció que el ser colectivo también depende de aparecer ante otros y otras;

“cuando yo hice el ejercicio de entrar a Facebook y buscar discapacidad visual en Ibagué, yo no encontré nada” (comunicación personal 66, 26 julio 2025)

Pero para ella no se trató solo de reunirse, la comunidad también buscó incidir siendo reconocida, pues ser vistos y vistas es ser validados y validadas por otros actores sociales;

“Visibilización de las personas con discapacidad visual en Ibagué. Ese es el objetivo macro que nosotros tenemos” (comunicación personal 67, 26 julio 2025)

Sin embargo, no bastó con ser visibles, fue necesario apropiarse del espacio local pues el territorio no era neutral. El territorio constituyó al colectivo inscribiendo comunidad y un sentido compartido;

“Y segundo, pues, otros objetivos ahí vendrían como los generales, crearía yo, el tema de la apropiación territorial, de generar espacios para que se conlleve ese tema de la apropiación territorial” (comunicación personal 68, 26 julio 2025)

Para Julio, hacer presencia en el territorio fue entonces dignificación colectiva. No se trató de solo una feria de emprendimientos, fue construir otras formas de ser vistos y vistas resignificándose en clave positiva desde sus saberes;

“Esa idea puede sonar ya en las redes como: ¡Ya viene, ya llega! Expoferia 2025, para todos ustedes. ¡Esperela! ¡Discapacidad con capacidad! ¡Ibagué tendrá una nueva visión!” (comunicación personal 69, 26 julio 2025)

La comunidad con discapacidad visual en Ibagué buscó existir públicamente mediante la apropiación territorial y la creación de un lenguaje compartido, pues la identidad colectiva no se limitó al espacio íntimo, sino que necesitó proyectarse hacia el territorio, las redes y la sociedad para afirmarse como personas políticas y comunitarias. Estas reflexiones recordaron que ser comunidad es aparecer, habitar y resignificar juntos y juntas, porque la identidad colectiva existió en los vínculos que se tejieron con el territorio, con los otros actores sociales y con la sociedad en general.

Sentipensar las andanzas

“Caminante, son tus huellas el camino y nada más; Caminante, no hay camino, se hace camino al andar”

“Proverbios y cantares” (XXIX) Antonio Machado

Cada paso que se dió en este camino tuvo un sentido; ninguno fue casual ni quedó al azar. Todos fueron proyectando y dando forma a un proceso investigativo que no nació como un ejercicio aislado o estrictamente académico, sino como el resultado de un entramado vital en el que se cruzaron vivencias personales, comunitarias y políticas. La decisión de trabajar desde la Investigación-Acción-Participativa (IAP) respondió a una necesidad urgente: concebir la investigación desde la vida misma, desde los vínculos que transforman y sostienen, y no desde la mirada distante de un investigador externo que observa y clasifica sin involucrarse en la trama humana que late en cada experiencia.

Las preguntas por el “cómo” y el “para qué” de este camino se respondieron en los encuentros con la población con discapacidad visual del territorio de Ibagué que, más que participantes, se convirtieron en protagonistas de una travesía compartida. La intención investigativa, en este sentido, se proyectó hacia la transformación de la realidad social a través de prácticas que permitieron el vínculo, el sentipensar y el revalorar el territorio como espacio habitado en dignidad.

Por ello, fue importante analizar y reflexionar sobre cómo la IAP se vio reflejada en cada paso, en donde emergieron puntos de referencia como faros de comprensión, también, qué aportes académicos y políticos se desprendieron de la experiencia y, sobre todo, cómo la acción transformadora del vínculo abrió un horizonte de continuidad que no cierra con el último convite acompañado, sino que anunció un “continuará” en permanente construcción.

La IAP como faro en el andar

La IAP, como lo planteó Fals Borda (1987), no es una receta metodológica ni un manual de pasos a seguir. Es, ante todo, una postura ética y política frente a la investigación: el reconocer que el conocimiento no puede producirse desde el aislamiento, sino desde el encuentro con la gente y en beneficio de ella. En esta investigación, esa postura se tradujo en un diseño metodológico planificado con rigor y apertura, organizado en ciclos de acción y reflexión, y dispuesto a ajustes constantes conforme a las realidades y dinámicas que se fueron construyendo colectivamente.

En coherencia con ello, la planeación inicial definió un marco de orientación que definió los propósitos del proceso y sus preguntas orientadoras; los principios de participación y vinculación de la población con discapacidad visual, sus cuidadoras y familias; los acuerdos éticos para el manejo de la palabra, la confidencialidad y el uso de la información; los ajustes razonables en las maneras de registrar la información; y una ruta tentativa de encuentros. Sin embargo, dicha ruta se asumió como flexible, de manera que los contenidos, ritmos, énfasis y decisiones se ajustaron mediante evaluación colectiva permanente, evitando imponer una secuencia fija ajena al grupo.

Teniendo en cuenta lo anterior, este proceso investigativo se expresó en la creación de espacios horizontales de diálogo —los convites como técnica— donde la palabra circuló libremente, y donde las jerarquías tradicionales del saber se desdibujaron. La población con discapacidad visual, sus cuidadoras y familias, quienes históricamente han sido tratadas desde un enfoque asistencialista o reducidas a estadísticas de exclusión, fueron reconocidas aquí como sujetos activos y productores de conocimiento. Las investigadoras, por su parte, no asumieron el rol de expertas que llevaron respuestas, sino el de acompañantes que caminaron al lado, dispuestas a ser transformadas por la experiencia.

El sentido más trascendente que surge es que la investigación no se limitó a ser un recurso metodológico aplicado de manera instrumental, sino que se convirtió en un acto de vida y resistencia. Cada convite permitió la posibilidad de reconocerse mutuamente en la palabra, en la escucha, en la memoria y la acción compartida.

Cada encuentro trascendió la formalidad de una actividad previamente pensada para convertirse en un acontecimiento vital: allí se entrelazaron historias personales, se despertaron memorias colectivas y se abrió la puerta a nuevas formas de pensar la acción comunitaria. Los diálogos no fueron simples encuentros, sino espacios donde emergieron emociones, narrativas y aprendizajes que dieron sentido a la experiencia de vida en común.

Para asegurar la rigurosidad sin perder la apertura, el proceso se organizó en convites, cada uno con propósitos, productos y decisiones de ajuste que permitieron la construcción de confianza, definición de reglas de cuidado, acuerdos de participación y delimitación de temas de interés común. A partir de esto, se identificaron colectivamente vivencias, necesidades y tensiones priorizando aquello que el grupo reconoció como urgente y significativo. En cada espacio dialógico se entrelazaron historias, memorias y aprendizajes; cada convite produjo el registro de las voces de las personas con discapacidad, sus familias y cuidadoras.

Además, se dieron momentos de lectura colectiva de lo vivido para identificar ejes emergentes, cuidando que las interpretaciones no fueran impuestas por las investigadoras sino negociadas con el grupo, hubo reorientación de actividades, acuerdos para nuevos convites y proyección de acciones colectivas posibles, de acuerdo con lo que el proceso fue mostrando.

El ajuste metodológico se basó en la valoración breve cuando hubo cambio de ruta y al cierre de cada encuentro; también en la llegada a acuerdos colectivos que redefinieron situaciones. De este modo, la flexibilidad no fue improvisada, sino una forma de planeación situada en la que la ruta se sostuvo sobre un marco claro, pero se reconfiguró cuando el

proceso lo exigió. En cuanto a la producción y sistematización de información, cada convite generó insumos que fueron organizados en categorías emergentes y puntos de referencia a partir de los registros de audio realizados por las investigadoras, además, la interpretación se orientó por la identificación de núcleos de sentido y narrativas compartidas.

Desde esta perspectiva, la investigación dejó de ser entendida como una tarea de recolección de datos para transformarse en un proceso de construcción de vínculos significativos. Vínculos que no solo impactaron a la comunidad participante, fortaleciendo su organización y su capacidad de proyectarse colectivamente, sino que también transformaron a quienes investigaban, confrontando sus propias certezas, prejuicios y maneras de comprender las realidades.

Lo que se produjo, entonces, no fue únicamente conocimiento académico, sino un saber vivo, tejido en la interacción, que tuvo la potencia de permanecer en el tiempo como semilla de futuras acciones colectivas. Cada propósito emergente en el andar, marcó el rumbo de lo posible, las vivencias empapadas de conocimientos dieron paso a un entramado de colectividad que abrió camino a transformaciones que exigen paciencia y maduración, así, en medio de los recorridos, las voces y los silencios, se revelaron otras formas de habitar, de vincularse, de entenderse y de crear lenguajes comunes que movilizan.

Tejiendo: puntos de referencia y teóricos.

En el proceso investigativo emergieron una serie de puntos de referencia que no fueron impuestos desde un esquema previo, sino que surgieron de la experiencia misma en diálogo con distintos marcos teóricos. Estos puntos de referencia no deben entenderse como simples conceptos, sino como lentes vivos que permitieron comprender la complejidad de la realidad y abrir un pluriverso de sentidos donde lo académico y lo comunitario se encontraron.

El vínculo, en clave levinasiana, se configuró en la base ética de la investigación. No fue una relación instrumental ni condicionada a la reciprocidad, sino una responsabilidad infinita ante el otro que se concretó en prácticas sencillas y significativas: escuchar con atención, sostener la confianza, cuidar en lo cotidiano. Desde ahí, el vínculo se convirtió en el cimiento de todo el proceso, pues sin la apertura radical hacia la alteridad no habría sido posible que las voces y los sentires de la población con discapacidad visual se desplegaran con libertad. El vínculo, entonces, mostró que la investigación no se sostuvo en la neutralidad, sino en la capacidad de dejarse afectar por el otro y la otra asumiendo ese encuentro como una transformación mutua.

El convite, como práctica cultural profundamente arraigada en el contexto tolimense, trascendió lo culinario para configurarse como una estrategia metodológica y un acto político. Reunirse a comer y conversar no constituyó un hecho anecdótico, sino una forma concreta de resistencia frente al individualismo impuesto por la modernidad, el cual como señalan diversos autores, convoca a los sujetos a pensarse como entidades autónomas y responsables de su propio destino, debilitando progresivamente los vínculos comunitarios y las responsabilidades colectivas (Bauman, 2003; Beck, 1998; Taylor, 2006). En contraposición, el convite reafirmó la potencia del estar-juntos, del compartir y del encuentro como prácticas que sostienen la vida colectiva.

En este espacio, la palabra circuló como saber legítimo, se reconoció el valor de cada voz y se habilitó un escenario de reconocimiento mutuo. Este gesto se articula con la noción de *sentipensar* propuesta por Fals Borda (1987), en la que la producción de conocimiento no se reduce a la razón abstracta, sino que emerge del entrelazamiento entre lo sensible y lo racional, entre el cuerpo y la palabra, entre la emoción y el pensamiento. Así, el convite se constituyó simultáneamente como un acto de investigación y como una práctica de resistencia

cultural, en la que el conocimiento se produjo desde la experiencia compartida y la construcción colectiva de sentido.

El territorio, en la línea de Escobar (2010), fue comprendido como entramado de historias, memorias y prácticas sociales. No se redujo a un espacio físico, sino que se reconoció como territorio vivo, susceptible a ser configurado y habitado desde sus saberes, luchas y exclusiones. Para las personas con discapacidad visual, el territorio se resignificó de manera particular: no se habita sólo desde la vista, sino desde la tactilidad, el sonido, el olfato, la memoria sensorial. Esta comprensión crítica permitió visibilizar cómo lo urbano ha sido diseñado desde un paradigma de la visión que margina otras formas de percibir y transitar el territorio. Replantear el habitar el territorio desde esta diversidad de percepciones se convirtió, entonces, en una acción política que interpeló las estructuras de exclusión y propuso imaginar territorios más incluyentes.

Estos puntos de referencia no se presentaron de forma aislada ni desconectada de lo teórico. Por el contrario, se articularon con un marco plural de referencias: Levinas y su ética de la alteridad; Fals Borda con la IAP y el sentipensar, y Escobar con la noción de territorio como construcción socio-cultural. Lo relevante es que estos autores no fueron citados de manera ornamental ni usados como legitimadores externos, por el contrario, se articularon como lentes conceptuales que dialogaron permanentemente con la experiencia vivida en los convites. Desde la ética de la alteridad de Levinas, el encuentro con las personas con discapacidad visual no fue entendido como un ejercicio de representación ni de comprensión total del otro, sino como una relación ética en la que la voz, el cuerpo y la experiencia del otro interpelaron de manera directa a las investigadoras, cuestionando miradas previas y descentrando posiciones de saber.

De igual forma, la Investigación Acción Participativa y la noción de *sentipensar* propuesta por Fals Borda permitieron comprender el proceso investigativo como una práctica situada, en la que el conocimiento no emergió únicamente del análisis racional, sino del cruce entre emoción, corporalidad, memoria y palabra. Las experiencias compartidas en los convites tensionaron la idea de investigación como recolección de datos, evidenciando que conocer implicó escuchar, acompañar y dejarse afectar por lo que allí acontecía.

Finalmente, la noción de territorio desarrollada por Escobar fue interpelada desde las prácticas cotidianas de las personas con discapacidad visual, al evidenciar que el territorio no se habita únicamente desde lo visual ni se define solo por coordenadas físicas. Las narraciones, desplazamientos y descripciones sensoriales permitieron resignificar el territorio como una construcción socio-cultural y sensorial, atravesada por memorias, sonidos, texturas y afectos, revelando formas de habitar el espacio que desbordan las concepciones hegemónicas del territorio.

En este sentido, estos referentes teóricos no operaron como marcos cerrados, sino como categorías abiertas que fueron cuestionadas, ampliadas y resignificadas a partir del diálogo con la realidad concreta de las personas participantes, permitiendo una lectura situada y crítica del proceso investigativo.

En este sentido, puede afirmarse que lo que surgió en el proceso no fue un universo cerrado de significados, sino un pluriverso de sentido. Un entramado donde lo académico y lo comunitario, lo local y lo teórico, lo sensible y lo racional, lo individual y lo colectivo, se encontraron para producir conocimiento vivo. Este pluriverso no clausuró el significado de cada uno de los puntos de referencia, sino que los mantuvo abiertos, en movimiento y en constante recreación a partir de las voces de la comunidad.

Saberes que dialogan y resistencias que se tejen (reflexión académica y política)

En el plano académico, esta investigación se atrevió a romper con uno de los supuestos más arraigados de la tradición científica: la idea de que la investigadora debe mantener distancia frente a su objeto de estudio. En este proceso no hubo “objeto”, porque nadie fue reducido a ser observado ni clasificado; lo que hubo fueron personas que dialogaron, que compartieron sus memorias, emociones y saberes en igualdad de condiciones desde la diferencia.

Se abrió entonces un gesto de humildad: se reconoció que el conocimiento no se gesta únicamente en las aulas ni en los textos especializados, sino que brotó en los territorios, en la experiencia de la vida cotidiana y en los saberes que históricamente han sido marginados. Este aporte es profundo, porque validó epistemologías situadas y otorgó dignidad a voces que, por mucho tiempo, fueron silenciadas o invisibilizadas por la lógica hegemónica de la producción académica.

Pero la investigación no se detuvo en lo académico. En el plano político, se convirtió en un verdadero acto de resistencia. Denunció de manera clara las múltiples barreras que enfrentan las personas con discapacidad visual en Ibagué: desde la inaccesibilidad del espacio urbano hasta la exclusión simbólica que se manifestó en la indiferencia social, el asistencialismo institucional y la instrumentalización política de sus necesidades. Frente a estas realidades, la comunidad no se limitó a nombrar el dolor; respondió con acciones

colectivas, con la fuerza del vínculo y de la juntanza, con la organización y con la decisión firme de seguir encontrándose para no dejar que la fragmentación social apagara su voz.

Así, el insumo que emerge de esta investigación se configura como un aporte significativo para la construcción de futuras políticas públicas en el territorio de Ibagué, orientadas al reconocimiento y la inclusión de las personas con discapacidad visual.



Ilustración 20 . Participantes dialogando, intercambiando chistes, risas e ideas.

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

De esta manera, la IAP reveló su dimensión política más profunda: no es una metodología neutra ni aséptica, sino una práctica que toma partido. Se posiciona a favor de la dignidad, de la justicia y de la autonomía de las comunidades. En este caso, investigar fue también hacer política, entendida no como disputa electoral, sino como la capacidad de

transformar la vida colectiva a través de la palabra compartida, de la acción conjunta y el vínculo que da sentido al horizonte de resistencia y esperanza.

La acción colectiva que transforma

La acción transformadora que se nombra y, sobre todo, se vive en esta investigación es el vínculo con el otro, un vínculo que se despliega en clave de unión y de confianza mutua. No se trata de un ideal abstracto ni de un discurso vacío sobre la importancia de estar juntos, se trata de una experiencia concreta que se manifiesta en los gestos cotidianos, reunirse en los convites, compartir alimentos, prestar oído a la palabra del otro, reconocerse en su historia y dejarse afectar por ella. Es allí, en lo pequeño y lo cercano, donde la unión adquiere densidad política y se convierte en motor de transformación.

Lo que se transforma en este proceso tiene varias dimensiones. En primer lugar, cambia la autoimagen de la comunidad. De ser percibida y de percibirse a sí misma como fragmentada, aislada e incluso instrumentalizada por discursos externos, pasó a reconocerse como un sujeto colectivo con capacidad de incidir y resistir. Ese tránsito no es menor: implica desplazar la mirada de la vulnerabilidad hacia la agencia, de la marginalidad hacia la potencia de la organización.

En segundo lugar, se transforma la relación entre academia y comunidad. Allí donde antes predominaba una lógica extractiva —en la que el investigador llegaba, recogía datos y se retiraba—, ahora emerge un vínculo de confianza y reciprocidad.

La proyección de este proceso abre un “continuará” inevitable. Los convites, resignificados como práctica cultural y política, no se agotan en el marco de la investigación: pueden sostenerse en el tiempo como espacios de encuentro, de formación crítica y de resistencia frente al individualismo y la exclusión. El vínculo que emergió en estos espacios se proyecta como semilla de futuro: invita a consolidar propuestas colectivas, fortalecer redes de apoyo, exigir derechos, imaginar territorios más accesibles y participar activamente en la vida política de la ciudad.



Ilustración 21 Convite tres, ideas y reflexiones

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

Así, la acción transformadora no se limita a lo ocurrido durante la investigación. Se convierte en horizonte y en promesa, en la certeza de que lo vivido no concluye aquí, sino que abre caminos para seguir tejiendo comunidad. En esta continuidad se cifra la verdadera potencia del vínculo y de la unión: no como palabras bonitas, sino como prácticas que siguen resonando, multiplicándose y proyectándose hacia nuevas formas de vida colectiva.

En conclusión, lo que este proceso investigativo nos deja es la certeza de que la IAP, asumida con convicción ética y política, no se limita a ser un método académico, sino que se convierte en una experiencia vital capaz de abrir caminos de transformación. Aquí la investigación no describió desde la distancia, sino que se atrevió a entrar en la vida misma de

la comunidad, a dejarse atravesar por sus voces y a caminar junto a ellas en la construcción de un futuro compartido.

El aporte académico no se reduce a incorporar teorías ya escritas, sino que se sitúa en la validación de categorías emergentes que surgieron del propio proceso: el vínculo, el convite, la unión, el territorio y el sentipensar. Cada una de estas categorías abrió un horizonte distinto, y juntas conformaron un pluriverso de sentido, un entramado de significados donde lo académico dialoga con lo comunitario, lo racional con lo sensible, lo individual con lo colectivo. Ese pluriverso no cierra ni congela las categorías, sino que las mantiene vivas, en movimiento, interpeladas siempre por la experiencia.

En el plano político, el proceso investigativo dejó al descubierto las exclusiones que atraviesan la vida de las personas con discapacidad visual —las barreras urbanas, la indiferencia social, el asistencialismo institucional—, pero al mismo tiempo reveló la fuerza de la organización comunitaria. La resistencia se expresó en la unión, en el vínculo, en la decisión de seguir encontrándose. Lo político, en este sentido, no se limitó a denunciar; se encarnó en prácticas de dignidad y en gestos de futuro.

La acción transformadora que se nombra y se proyecta es clara: la unión como fuerza vital que resiste y que abre camino. Lo que se transforma no es solo la mirada sobre la discapacidad, sino la manera de hacer comunidad, de habitar el territorio y de relacionarse con la academia.

Y, sobre todo, queda abierto un “continuará” plural, un horizonte en construcción donde caben múltiples voces, memorias y sueños. Ese pluriverso de sentido que emergió en la investigación es también una invitación: a seguir sentipensando juntos, a seguir tejiendo vínculos que dignifiquen, y a imaginar territorios donde la diversidad no sea vista como barrera, sino como potencia creadora de mundos posibles.

Adicionalmente, se hace necesario abrir un encuentro de **lectores de vida**, un espacio donde esta investigación pueda respirar más allá de las páginas escritas. Allí, cada voz que dio forma al proceso encontrará su lugar, como hilos que se entrelazan para tejer un sentido común. No se trata solo de socializar resultados, sino de permitir que la palabra compartida revele la fuerza de quienes caminaron este trayecto y otorgaron a la investigación su verdadero pulso vital.

Por último, es importante señalar que, en el transitar de este proceso, algunas puertas se cierran mientras otras se abren, y que en el andar colectivo emergen nuevos umbrales que fortalecen lo vivido en los convites y en cada encuentro cargado de sentido. Allí, la trama continúa tejiéndose con la comunidad, para la comunidad y desde la comunidad de personas con discapacidad visual en el territorio de Ibagué, junto a sus familias y cuidadoras. Es un tejido que no concluye, sino que va haciendo puntadas en cada gesto, en cada palabra y en cada paso compartido.

Es importante resaltar que, las personas con discapacidad visual comprendieron que esto no es un final, sino el principio de nuevos rumbos. Con el paso de los días y por iniciativa propia quienes participaron en los convites, continúan reuniéndose en el salón de la JAC del Barrio La Pola, guiados y guiadas por sus intereses particulares y colectivos, por anhelos compartidos que marcan un hito importante en la continuidad de su proceso autónomo de organización. Entonces, es evidente que los procesos se consolidan paulatinamente, gracias a cada aporte de tiempo, intenciones, acciones y las ganas de seguir encontrándose para sembrar en juntanza semillas de futuro.

Referencias

- Aguado, A. (1995). Historia de las deficiencias (pp. 33–65). Escuela Libre Editorial - Fundación ONCE. <http://sid.usal.es/idocs/F8/8.1-5051/librohistoriadelasdeficiencias.pdf>
- Anónimo. (2009). Civilización India. http://indiacivilizacion.blogspot.com.co/2009/04/organizacion-politica_07.html
- Báez, A. P. M. (s.f.). El Convite: un viaje por los sonidos y las voces de los territorios rurales. En La Pedagógica Radio. Reflexiones y experiencias de la radio educativa en la Universidad Pedagógica Nacional (1.^a ed., pp. 89–110).
- Barnes, C., & Mercer, G. (2003). *Disability*. Polity Press.
- Brogna, P. (Comp.). (2009). Visiones y revisiones de la discapacidad. Fondo de Cultura Económica.
- Corporación Jurídica Libertad. (s. f.). El convite en la construcción social del territorio en las laderas de Medellín: “Las manos que construyen el barrio” [Cartilla]. Corporación Jurídica Libertad. <https://cjlibertad.org/comunicaciones/Cartilla%20Convite.pdf>
- Cortés Urquijo, L. M. (2020). El convite campesino: Una apuesta agroecológica para la soberanía alimentaria y la resistencia en Sumapaz. *El Fogón*(06), 43–52.
- Decreto municipal 1000-823 de 2014. (23 de diciembre de 2014). Por el cual se adopta la revisión y ajuste del Plan de Ordenamiento Territorial del municipio de Ibagué y se dictan otras disposiciones. https://www.asocapitales.co/wp-content/uploads/2020/11/Ibague_Decreto823_POT_2014.pdf

Denzin, N. K., & Lincoln, Y. S. (2012). *The SAGE Handbook of Qualitative Research* (4.^a ed.). SAGE Publications.

Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (2020). Discapacidad. Tolima excel- DANE. <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/discapacidad>

Dussel, E. (1994). 1492: El encubrimiento del otro: Hacia el origen del mito de la modernidad. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/358537679_El_Encubrimiento_del_Otro_Hacia_el_Origen_del_Mito_de_la_Modernidad_Enrique_Dussel

Escobar, A. (2010). *Territorios de diferencia: Lugar, movimientos, vida, redes*. Envión Editores.

Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia* (Colección Pensamiento Vivo). Ediciones UNAULA. Recuperado de https://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/escpos-unaula/20170802050253/pdf_460.pdf

Fairclough, N. (2001). *Language and power* (2.^a ed.). Longman.

Fals Borda, O. (1985). *Conocimiento y poder popular: Lecciones con campesinos de Nicaragua, México y Colombia*. Siglo XXI Editores.

Fals Borda, O., & Rahman, M. A. (Eds.). (1991). *Acción y conocimiento: Cómo romper el monopolio con investigación-acción participativa*. CINEP. <https://sentipensante.red/letras/accion-y-conocimiento/>

Fals Borda, O. (1987). *La investigación-acción participativa: Política y epistemología*. Tercer Mundo Editores.

Fals Borda, O. (2024). El territorio como construcción social. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 15(2), 439-447. <https://doi.org/10.5209/geop.99416>

Flick, U. (2007). *Introducción a la investigación cualitativa* (2.ª ed.). Morata.

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.

Goffman, E. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada* (Cap. 1). Amorrortu.

González, J. A. (s.f.). ¿Qué es CONVITE?

https://www.academia.edu/31139109/Que_es_CONVITE

González-Grandón, X. A., & Suárez-Gómez, A. (2023). Hacia una pedagogía fenomenológica del sentipensar. *Estudios pedagógicos (Valdivia)*, 49(especial), 287–305.

<https://www.scielo.cl/pdf/estped/v49nespecial/0718-0705-estped-49-especial-287.pdf>

Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa* (Vols. I y II). Taurus.

Instituto Colombiano de Normas Técnicas y Certificación [ICONTEC]. (2013). *Accesibilidad al medio físico: Espacios de servicio al ciudadano en la administración pública: Requisitos* (NTC 6047:2013). ICONTEC.

<https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Programa%20Nacional%20del%20Servicio%20al%20Ciudadano/NTC6047.pdf>

Laverde, L. (2025). *Ibagué Tierra Bendita* [Canción]. En *Ahora y Aquí*. Dueto Tierra Viva.

[https://www.youtube.com/watch?v=3-MFHMwfiqY&list=RD3-](https://www.youtube.com/watch?v=3-MFHMwfiqY&list=RD3-MFHMwfiqY&start_radio=1&ab_channel=DuetoTierraViva-Topic)

[MFHMwfiqY&start_radio=1&ab_channel=DuetoTierraViva-Topic](https://www.youtube.com/watch?v=3-MFHMwfiqY&list=RD3-MFHMwfiqY&start_radio=1&ab_channel=DuetoTierraViva-Topic)

- Levinas, E. (2000). Totalidad e infinito: Ensayo sobre la exterioridad (A. Neuman, Trad.). Salamanca: Ediciones Sígueme. (Obra original publicada en 1961)
- Madrid, J. (1989). Tratamiento social de los deficientes. *Pedagogía Social: Revista Interuniversitaria*, (5). <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2577273>
- Madrigal, R. (2005). La medicina americana precolombina. *Revista Médica Electrónica*.
- Martínez Reyes, C. R., & García Gualda, S. M. (2024). Somos territorio: análisis situado de La “Juntanza” como forma de cuidado comunitario para la prevención de violencias, implementado en el municipio de Bello (Colombia). *Pacha. Revista de Estudios Contemporáneos del Sur Global*, 5(14), e240310.
<https://doi.org/10.46652/pacha.v5i14.310>
- Mejía, M. R. (2014). La educación popular: Una construcción colectiva desde el Sur y desde abajo. *Archivos Analíticos de Políticas Educativas*, 22(62).
- Palacios, A. (2008). El modelo social de la discapacidad (Cap. 1). Cermi.
<http://www.tiempodelosderechos.es/docs/jun10/m6.pdf>
- Pérez Rodríguez, C. V. (2024). Relación Estado – comunidad: “Los convites comunales en la contratación pública: un estudio de caso” (Trabajo de maestría, Universidad Nacional Abierta y a Distancia – UNAD). Repositorio UNAD.
<https://repository.unad.edu.co/bitstream/handle/10596/66994/cvperezr.pdf>
- Picerni, C. (2023). Accesibilidad, conceptos generales para nuestro territorio. En M. C. Campra (Ed.), *Debates y tensiones en el campo de la discapacidad, desde una perspectiva social* (1.ª ed., pp. 98–114). <https://fcm.unr.edu.ar/wp-content/uploads/2024/03/LIBRO-Discapacidad-Completo.pdf#page=98>

Portillo, L. (2005). Organización social de la cultura de India.

<http://www.historialuniversal.com/2009/12/organizacion-social-cultura-india.html>

Quispe Fernández, G., Ayaviri Nina, D., & Maldonado Vargas, R. (2018). Participación de los actores en el desarrollo local en entornos rurales. *Revista de Ciencias Sociales (Ve)*, 24(3), 62–82. <https://doi.org/10.31876/rsc.v24i3.24922>

Román Rivas, M. M. (2023). Experiencias corpóreo-sensoriales de personas con ceguera adquirida: Cuerpo, discapacidad visual y género [Tesis de maestría, FLACSO Ecuador]. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/19677>

Sétrin, C. (2015). Jorobados, cojos, tuertos, mancos y sordos: héroes literarios con diversidad funcional. <https://bibliotecavilareal.wordpress.com/tesoros-digitales/discapacidad-1/>

Suárez Ortiz, D. (2022, 26 de enero). El convite campesino en Boyacá. La Cola de Rata. <https://www.lacoladerata.co/cultura/www-lacoladerata-co-ensayo/el-convite-campesino-en-boyaca/>

Stiker, H.-J. (1999). *A history of disability*. University of Michigan Press.

UNICEF. (2014). Definición y clasificación de la discapacidad. Cuadernillo 2 (Adaptación por UNICEF LACRO, 2018). <https://www.unicef.org/lac/media/7391/file>

Universidad de Boyacá. (2024). Fortaleciendo los Pilares Comunitarios: "El Convite Comunal" Se Abre Camino. [Obtenido de https://www.uniboyaca.edu.co/es/centro](https://www.uniboyaca.edu.co/es/centro)

Van Dijk, T. A. (2003). *Ideología y discurso*. Ariel.

Villa, E. (2019). Sentir, pensar, actuar, camino del científico social. Fals Borda y la construcción del sujeto de la transformación. *Revista Kavilando*, 11(2), 455–463.

Anexos

Anexo 1. Rastreo documental de investigaciones de maestrías, doctorados, artículos investigativos previo al proceso investigativo.

BASE DE DATOS DE INFORMACIÓN									
Nº	CATEGORÍA	AÑO	AUTOR/AUTORES	TIPO DE DOCUMENTO	PAIS	NOMBRE DE DOCUMENTO	CITAS/ASPECTOS RELEVANTES A RESALTAR	UBICACIÓN	REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA
1	DISCAPACIDAD	2014	Israel Sebastián Iñiguez Landy, Juan Andrés Piro Morán, María Victoria Traveja**	TESIS DE MAESTRÍA	ECUADOR	"INVISIBILIDAD Y NO VIOLENCIA. La Experiencia Urbana de personas ciegas en la ciudad de Cuenca"		https://repositorio.facsosandes.edu.ec/handle/12488/374	Iñiguez Landy, Israel Sebastián. 2014. Invisibilidad y no violencia: la experiencia urbana de personas ciegas. Tesis de maestría. Frasco sede Ecuador.
2	DISCAPACIDAD	2019		ARTÍCULO	COLOMBIA			https://www.repositorio.cebs.org/bitstream/handle/123456789/123456789	Ferrari, M.B. (2019). Encuentro entre la discapacidad y la descolonialidad. <i>Revista Colombiana de Ciencias Sociales</i> , 10(7), pp. 487-521. DOI: https://doi.org/10.15446/rccs.107
3	DISCAPACIDAD	2019	Marcela Beatriz Ferrari	ARTÍCULO	ARGENTINA	La discapacidad y el planteo de la descolonialidad			Ferrari, M.B. (2019). La discapacidad y el planteo de la descolonialidad. <i>Revista Colombiana de Ciencias Sociales</i> , 10(7), pp. 487-521. DOI: https://doi.org/10.15446/rccs.107
4	DISCAPACIDAD	2007	Torres Holguín, Jorge Fernando	TESIS DE MAESTRÍA	COLOMBIA	ENTORNOS EDUCATIVOS DE INCLUSIÓN	Capítulo 4. Accesibilidad, conceptos generales para nuestro territorio + Cristian Puentes	https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/129568	Debatos y tensiones en el campo de la discapacidad, desde una perspectiva social. <i>Discapacidad Completa</i> , pp. 66-98
5	ACCESIBILIDAD	2021	Ana Clara Iriarte	LIBRO	COLOMBIA	Debatos y tensiones en el campo de la discapacidad, desde una perspectiva social		https://www.unal.edu.co/esp/contenidos/2024/03/18/DiscapacidadCompleta.pdf#page=68	Debatos y tensiones en el campo de la discapacidad, desde una perspectiva social. <i>Discapacidad Completa</i> , pp. 66-98
6	DISCAPACIDAD	2021	Paula Mara Daniel, Benicé Pérez Ramírez, Alexander Yaza de los Ríos	LIBRO	ARGENTINA	¿Quién es el sujeto de la discapacidad? exploraciones, configuraciones y potencialidades		https://sedici.unsa.edu.ar/handle/10915/111778	Daniel, P. M., Pérez Ramírez, B. & Yaza de los Ríos, A. (2021). ¿Quién es el sujeto de la discapacidad? exploraciones, configuraciones y potencialidades. <i>Discapacidad Completa</i> , pp. 66-98
7	DISCAPACIDAD	2020	Alexander Yaza de los Ríos	ARTÍCULO	COLOMBIA	Aidaxa y baa wa wajáji wa wa: relatos, visiones y entramados sobre "discapacidad" desde dos mundos indígenas en Colombia		<a href="http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci-articulo&pid=0013-1285(202003)10(01)<0001-0001>1-0">http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci-articulo&pid=0013-1285(202003)10(01)<0001-0001>1-0	Yaza de los Ríos, A. (2020). Aidaxa y baa wa wajáji wa wa: relatos, visiones y entramados sobre "discapacidad" desde dos mundos indígenas en Colombia. <i>Nómadas</i> , 10(1), 81-95
8	DISCAPACIDAD	2013	Jorge A. Victoria Maldonado	ARTÍCULO	MÉXICO	EL MODELO SOCIAL DE LA DISCAPACIDAD: UNA CUESTIÓN DE DERECHOS HUMANOS		https://www.scielo.org.mx/pdf/3md/v18n1/v18n1a8.pdf	Maldonado, V. & Jorge, A. (2013). El modelo social de la discapacidad: un imperativo de derechos humanos. <i>Discapacidad Completa</i> , pp. 66-98
9	DISCAPACIDAD	2015	Sonia Marcela Rojas Campos	ARTÍCULO	COLOMBIA	DISCAPACIDAD EN CLAVE DECOLONIAL Una mirada de la diferencia		https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/129568	Campos, S. M. R. (2015). Discapacidad en clave decolonial: Una mirada de Antioquianos y Postcoloniales. <i>Discapacidad Completa</i> , pp. 66-98
10	ACCESIBILIDAD	2007	Fernando Alonso	ARTÍCULO	ESPAÑA	¿Por qué que suprimir barreras: conceptos y argumentos para una accesibilidad universal		https://www.repositorio.cebs.org/bitstream/handle/123456789/123456789	Alonso, F. (2007). ¿Por qué que suprimir barreras: conceptos y argumentos para una accesibilidad universal. <i>Discapacidad Completa</i> , pp. 66-98
11	ACCESIBILIDAD CUERPO-TERRITORIO	2017	Manuel Aparicio Payá	ARTÍCULO	ESPAÑA	APROXIMACIÓN BIOTICA A LA ACCESIBILIDAD UNIVERSAL DESDE EL ENFOQUE DE LAS CAPACIDADES DE NUSSBAUM		https://www.repositorio.cebs.org/bitstream/handle/123456789/123456789	Payá, M. R. (2017). Aproximación biótica a la accesibilidad universal desde Nussbaum. <i>Biomedio</i> , 15(1), 11-20
12	TECNOLOGÍA	2020	Rogelio Haebant	ARTÍCULO	MÉXICO	Del cuerpo-territorio al territorio-cuerpo (De la tierra): contribuciones decoloniales		https://www.repositorio.cebs.org/bitstream/handle/123456789/123456789	Haebant, R. (2020). Del cuerpo-territorio al territorio-cuerpo (de la Tierra): representaciones sociales. <i>Biomedio</i> , 18(1), 287-301

Ilustración 22 Matriz de registro documental

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

Puede acceder a la matriz en el siguiente enlace:

https://docs.google.com/spreadsheets/d/1W319_iQPhbEIIxfiWpRaL-WCo5pTInDN/edit?usp=drive_link&oid=106573000007247654434&rtpof=true&sd=true

Anexo 2. Transcripciones de las voces de las personas de los convites

Primer convite:

https://docs.google.com/document/d/1uVU0W8VNTf3j0UKWxtmt4B2bLIWRiyqW/edit?usp=drive_link&oid=106573000007247654434&rtpof=true&sd=true

Segundo convite:

https://docs.google.com/document/d/1yBnEwki1GHwCWKyizVQDtbVvuBuyPoXc/edit?usp=drive_link&oid=106573000007247654434&rtpof=true&sd=true

Tercer convite:

https://docs.google.com/document/d/11BkuRroCMYE4K145L6SJ0IsQa64CYU5d/edit?usp=drive_link&oid=106573000007247654434&rtpof=true&sd=true

https://docs.google.com/document/d/1_UQCCFRs8Cup4LpPuhe5TelJgPu-iVW2/edit?usp=drive_link&oid=106573000007247654434&rtpof=true&sd=true

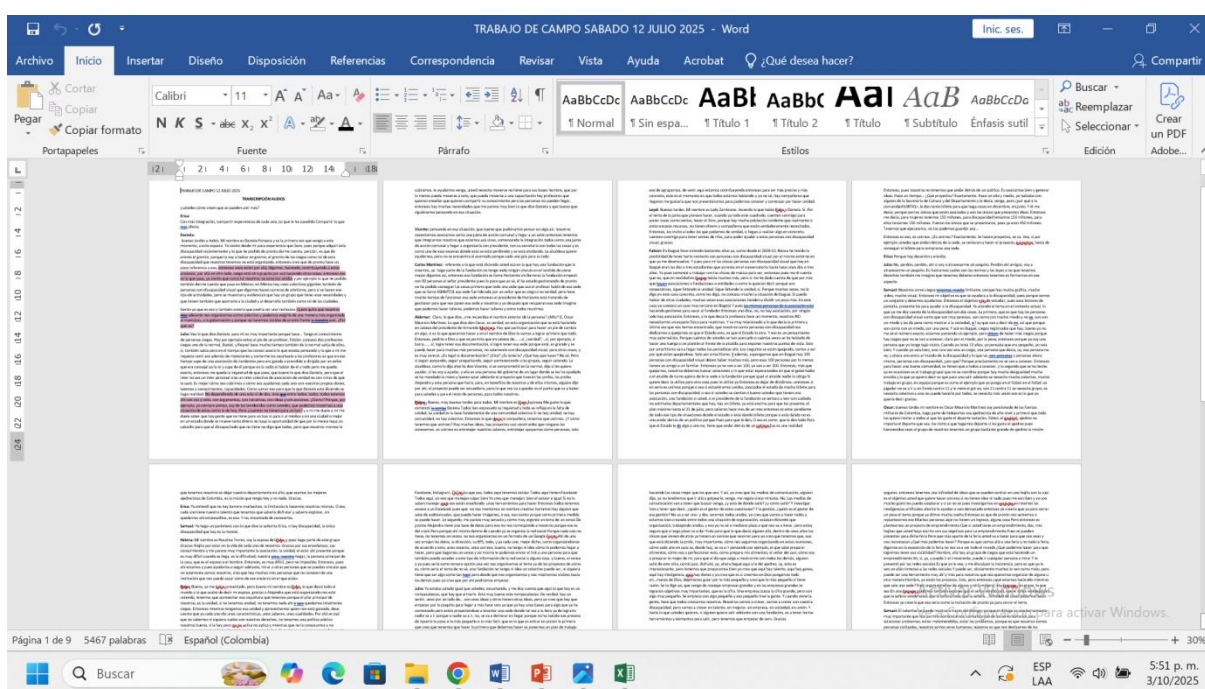


Ilustración 23 Pantallazo de transcripciones de las voces de los participantes del proceso investigativo.

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

Anexo 3. Organización de voces a través de una matriz

FECHA	CATEGORÍAS	QUIEN LO DIO	FRAGMENTO	ANÁLISIS INDIVIDUAL	ANÁLISIS	
24/05/2025	ONTOLOGÍA RELACIONAL	Rosa	No hay una conciencia ciudadana, nos hace falta cómo entender y estar en este país.	La inclusión no depende solo de la persona con discapacidad, sino del entorno.	Estas voces reclaman un	
		Fabián	Si una persona ciega ve con un bastón y puede desplazarse por la ciudad sin ningún	conecta con el modelo social de la discapacidad, no es la ceguera en sí, la que	conecta con el modelo social de la discapacidad, no es la ceguera en sí, la que	
		Rosa	No nos gobiernan en los asuntos de la persona que realmente lo está viviendo, cuando	la discapacidad suele ser invisible hasta que se experimenta en carne propia.	Muestra que el universal	
		Cuidadora	Las personas realmente han perdido mucho la empatía, la conciencia, la humanidad	lo que debería ser un gesto mínimo de solidaridad se convierte en un obstáculo	el monoculovista de la mod	
		Rosa	Cuando uno va a la plaza a marcar es todo todo eso, todo eso, todo eso, todo eso, todo eso	la experiencia cotidiana de la plaza de mercado muestra un entorno diseñado	Muestra cómo el diseño	
	ONTOLOGÍAS DE LA DIGNIDAD COMPARTIDA (Formas de ser en el mundo)	Feder	En las que los andenes llenos de carros y los corredores vacíos nada que si no lo que si	denuncia la negligencia urbana e institucional, la invasión del espacio	denuncia que el universal	
		Gloria	uno trata de abordar las andenes y los andenes están invadidas por la infinidad de	El espacio público no está pensado para la movilidad accesible, además, existe	Denuncia que el monocul	
		Magnolia	¿tanto somos discapacitados o no todos podemos llevar una vida normal y a que por el	visión de igualdad y empoderamiento: la discapacidad no debe ser entendida		
		Fabián	yo si pienso que la comunidad o a las personas con discapacidad visual nos ha hecho	como limitación de la vida plena. Se resalta la capacidad de agencia y la	necesidad de crear mund	
		Rosa	¿Cuántas personas en este momento están sufriendo esta oscuridad, cierto? De un	la ceguera no es una realidad ajena, cualquiera podría vivirla. Es una invitación	afirma la idea pluriversa	
12/07/2025	ENJAMBRE DE SABERES COMUNITARIOS	Rosa	Claro, pero hay algo que es triste. Y es que dentro de la misma alcaldía hay personas	incluso donde debería existir mayor conciencia e inclusión — una alcaldía que	Muestra cómo incluso in	
		Cuidadora			lvo espacio institucional	
	SOSTENIBILIDAD COMPARTIDA	Rider	La unidad es la base fundamental de una comunidad, de un colectivo. Si no hay unidad,	La unidad aparece como principio ontológico: sin ella, la comunidad no existe.		
		Rider	unimos, es entrelazar nuestros saberes, entrelazar, apoyarnos como personas. El solo	se explicita el sentido de entrelazo: la unión no es abstracta, sino práctica, en		
		Daniel	Entonces la base para que sea un buen colectivo, un buen grupo, una buena asociación,	la comunicación se entiende como práctica fundante del colectivo. El diálogo		
		Alejandro	Y en últimas, los que hablamos somos nosotros. Yo siempre le he dicho a los	se reivindica el valor del colectivo frente a la temporalidad de actores externos.		
		Rosa	dentro de nosotros mismos establecimos, así como hay un grupo de andres, así como	El ejemplo de los grupos funciona como metáfora de diversificación.		
INSURRIDIDAD PÚBLICA	Julio	me doy cuenta que aquí lo que hay es un rompecabezas, que hay que armarlo, todo mu	La imagen del rompecabezas es una metáfora relacional sobre la comunidad.			
	Daniela	si no tienen idea ni nada, pues me escriben y yo con mucho gusto les puedo colaborar y	se expresa una epistemología relacional: el saber no es propiedad de uno, sino			
	Julio	No dependiendo de uno solo ni de dos, sino que entre todos, todos estamos ahí	vincula la democracia interna, lazo y voto compartido con las condiciones			
	Ledy	Entonces los invita a todos los que podemos de verdad, si llegan a realizar algo en	El apoyo económico solidario se plantea como práctica de acción colectiva. La			
	Alejandro	Y si nos ven unidos y nos ven la necesidad, podemos hacer muchas cosas. Entonces	pone en primer plano la urgencia de la acción. El colectivo no se queda en el			

Ilustración 24 Matriz de organización de las voces de los participantes

Nota. Registro fotográfico del equipo de investigación. (2025)

Puede acceder a la matriz en el siguiente enlace:

https://docs.google.com/spreadsheets/d/1KaUdLW-gG_QhIrs0M4Afn7rFNerBNVP5/edit?usp=drive_link&oid=10657300007247654434&rtfpof=true&sd=true